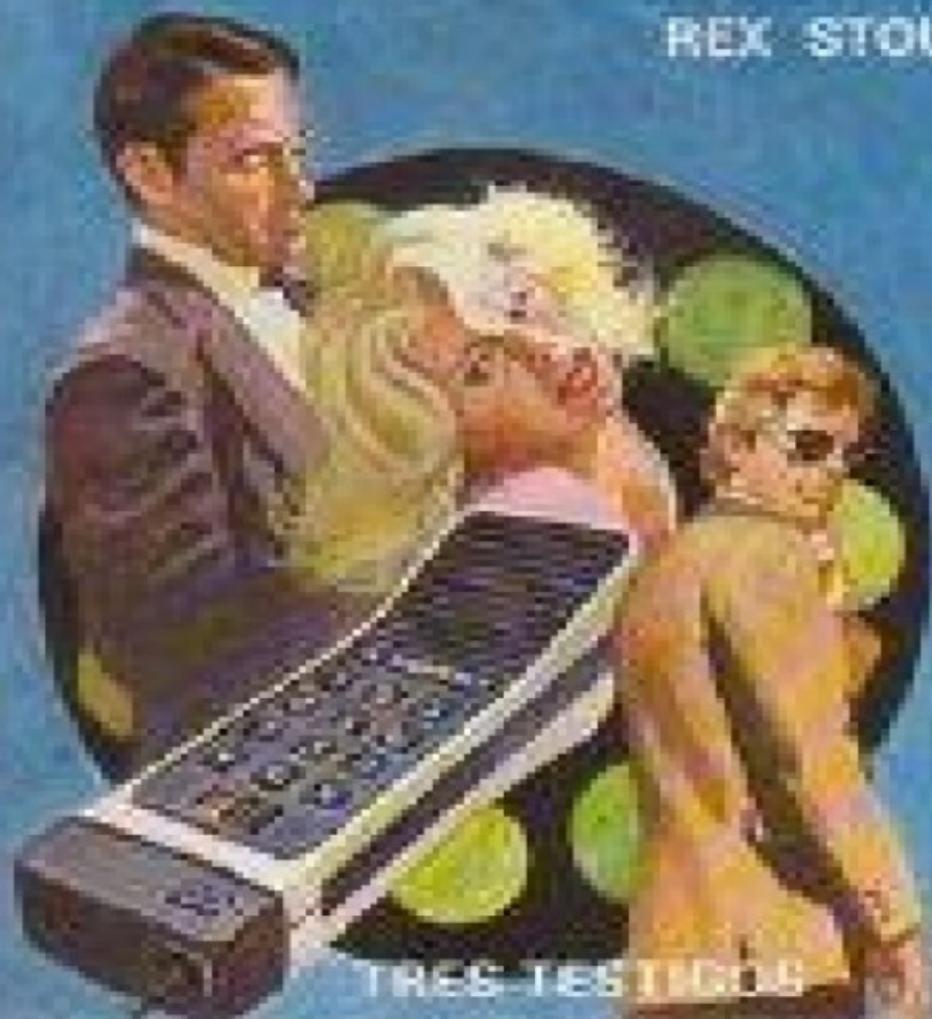




# NERO WOLFE

REX STOUT



THREE TESTIGOS

# Rex Todhunter Stout

## Tres testigos

*(Three Witnesses)*

EL TESTIGO SIGUIENTE.  
CUANDO UN HOMBRE ASESINA  
MORIR COMO UN PERRO

# **EL TESTIGO SIGUIENTE**

# CAPÍTULO PRIMERO

Anteriormente había tenido algunos contactos con el fiscal sustituto del distrito Irving Mandelbaum, pero hasta entonces no le había visto actuando en un estrado. Aquella mañana, mientras le observaba en su tarea de intentar persuadir al jurado de que era preciso condenar a Leonard Ashe por el asesinato de Marie Willis, se me ocurrió pensar que era bastante bueno y que sin duda sería mejor a medida que el juicio

adelantara. Algo regordete y de baja estatura, bastante calvo y provisto de grandes orejas, no era precisamente un tipo impresionante pero sí sistemático y de reflejos rápidos que actuaba siempre con seguridad desprovista de insolencia y usaba con mucha frecuencia el efectivo truco de detener su oratoria unos momentos para mirar al jurado como esperando alguna sugerencia. Cuando vacilaba, y esto no ocurría muy a menudo, volvía su espalda al juez y a la defensa para que así no pudieran ver su cara, aunque desde donde yo estaba sentado en la audiencia se la veía perfectamente.

Aquél era el tercer día de la vista y

acababa de llamar a su quinto testigo. Se trataba de un tipo pequeño con cara de miedo que había dado su nombre, Clyde Bagby, prestado juramento y tras sentarse fijaba sus asustados ojos oscuros en Mandelbaum como si hubiese abandonado ya toda esperanza.

El tono de Mandelbaum fue tranquilizador:

—¿Cuál es su profesión, señor Bagby?

El testigo tragó saliva y contestó:

—Soy el presidente de la «Bagby Answers Inc.».

—¿Por Inc. entiende usted, asociada?

—Sí, señor.

—¿Dirige usted su firma?

—Yo dirijo la mitad de las operaciones y mi mujer se encarga de la otra mitad.

—¿Cuánto tiempo hace que funciona su negocio?

—Cinco años, pronto hará cinco años y medio.

—¿Y qué clase de negocio es éste? Por favor, cuénteles al jurado algo acerca de ello.

Los ojos de Bagby se dirigieron con rapidez hacia la izquierda, en donde el jurado se mantenía en silencio, pero volvieron nerviosamente a posarse sobre su acusador.

—Es un negocio de contestaciones

telefónicas, eso es todo. Usted sabe bien de qué se trata.

—Sí, es posible, pero estoy seguro de que alguno de los miembros del jurado no estarán muy familiarizados con este tipo de operaciones. Por favor, descríbanos su negocio.

El testigo se chupó los labios.

—Bien, usted es una persona o una firma o una organización y naturalmente tiene usted un teléfono. Pero no tiene la posibilidad de tener a todas horas una persona junto a su receptor y no obstante desea saber qué llamadas le han hecho en su ausencia. Es entonces cuando usted se dirige a una oficina encargada de un servicio como el nuestro. Hay varias

docenas de ellas en Nueva York y muchas cubren todos los sectores de la ciudad con innumerables sucursales dedicándose a grandes operaciones. Mi servicio, «Bagby Answers Inc.», no es tan importante, ya que estoy especializado en particulares, casas y departamentos en lugar de firmas u organizaciones de gran envergadura. Tengo oficinas en cuatro distritos diferentes: Grameray, Plaza, Trafalgar y Rhinlander. No puedo trabajar desde un despacho central porque...

—Perdone, señor Bagby, pero no es necesario que nos metamos en problemas técnicos. ¿Está una de sus oficinas entre las calles 68 Este y 69

Manhattan?

—Sí, señor.

—Describanos el funcionamiento de esta oficina.

—Bueno, es el despacho más moderno que tengo, abierto hace solamente un año y es también el más pequeño; mejor dicho, no se trata de un despacho sino de un apartamento, esto a causa de la ley del Trabajo. Ustedes sabrán que no se puede tener mujeres trabajando en una oficina después de las dos de la madrugada a menos de tratarse de un servicio público y sin embargo yo debo dar a mis clientes un servicio permanente toda la noche. Por eso en mi local de la calle 69 tengo cuatro

operadoras para los tres cuadros de distribución y las cuatro viven en el apartamento. De esta manera puedo tener una de guardia desde las ocho de la tarde hasta las dos de la mañana y otra desde las dos en adelante. A partir de las nueve de la mañana frente a cada cuadro se coloca una operaria y durante todo el día funciona así.

—¿Los cuadros de distribución están instalados en una de las habitaciones del apartamento?

—Sí, señor.

—Explique al jurado cómo realizan las operadoras su trabajo.

Bagby lanzó una mirada nerviosa a los componentes del jurado y se volvió

hacia su interlocutor.

—Pues sencillamente es un cuadro similar a los instalados en cualquier hotel, con hileras de agujeros para las clavijas de contacto. Naturalmente fue instalado por la Compañía Telefónica de forma especial para poder conectar con los teléfonos de mis clientes. Cada cuadro atiende el servicio de sesenta clientes. Para cada cliente hay un agujerito con una luz, la correspondiente clavija y una pequeña, tarjeta con su nombre. Cuando alguien marca el número de alguno de nuestros clientes se enciende la luz del casillero respectivo e inmediatamente se establece una conexión sincronizada con el timbre del

teléfono del cliente. El número de zumbidos que la muchacha debe contar antes de contestar depende del cliente de que se trate. Algunos desean que conteste después del tercer zumbido, otros prefieren esperar más. He tenido un cliente al que la señorita le contaba quince timbrazos. Ésta es la clase de servicio que presto. Otras firmas de mayor importancia, las que tienen decenas de miles de clientes, no pueden hacer eso; están más comercializadas, yo en cambio, considero a cada cliente como un caso especial de sagrado cometido.

—Gracias, señor Bagby —exclamó Mandelbaum girando su cabeza y

sonriendo con gesto amable al jurado. Luego volvióse de nuevo hacia el testigo y continuó—: Pero no estoy intentando profundizar en la buena marcha de su negocio, me interesa sólo la mecánica. Cuando aparece la luz de uno de sus clientes en el tablero y la muchacha cuenta el número prescrito de zumbidos, ella conecta con la línea, ¿no es verdad?

Me pareció que tal vez Mandelbaum exageraba un poco al detallar tanto sus preguntas y volví la cabeza hacia mi derecha para observar a Nero Wolfe y ver si él estaba de acuerdo. Su perfil me hizo dar cuenta inmediatamente que en aquella ocasión se encontraba ligado a su papel como un mártir y sin humor

para estar de acuerdo con nada ni con nadie.

Era de esperar. A aquella hora de la mañana, siguiendo su costumbre, su único deseo podía ser estar en las habitaciones dedicadas a sus plantas, cerca del tejado de su vieja casa de piedra oscura en la Calle 35 Oeste y dando órdenes a Theodore en bien de su celebrada colección de orquídeas y quién sabe si ensuciándose las manos él mismo.

A las once, después de lavarse las manos, tomaría el ascensor y bajaría hasta su oficina situada en la planta, arrellanaría su desmesurado cuerpo detrás de su mesa de trabajo, llamaría a

Fritz para que le trajese cerveza y comenzaría a dictar órdenes a Archie Goodwin, es decir a dictarme órdenes a mí. Me daría todas las instrucciones que creyese oportunas y que en aquel momento le apeteciesen, desde escribir una simple carta a máquina hasta trabajos mucho más complicados, todo ello, siempre en beneficio de su reputación como el mejor detective privado del Este de San Francisco. Una vez terminadas sus primeras tareas aguardaría con ansiedad a que Fritz le trajese la comida.

Pero todo esto eran meras suposiciones porque la realidad era bien distinta, ya que había sido requerido por

el Estado de Nueva York para comparecer en el estrado y testificar en la vista de la causa contra Leonard Ashe. Detestaba abandonar su casa y particularmente lo detestaba cuando se veía obligado a hacerlo para asistir a un juicio. El hecho de verse obligado a acudir a una citación para testificar, era algo que sólo hubiese aceptado con gusto de esperar beneficios económicos de sus clientes, pero de todos los allí presentes no había nadie que pareciese ir forrado de dinero.

Leonard Ashe se había presentado un día, aproximadamente dos meses antes, en la oficina para contratar los servicios del afamado detective, pero a

última hora se había vuelto atrás. De esta forma no le quedaba a Nero Wolfe ni la perspectiva de unos buenos honorarios ni siquiera la de aumentar su fama. Y lo mismo me ocurría a mí, ya que si yo había sido citado era en un exceso de seguridad, pues no sería llamado a menos que Mandelbaum decidiera que el testimonio de Wolfe debía ser corroborado y en verdad esto era cosa muy poco probable.

No constituía un placer contemplar el hosco semblante de Wolfe y por lo tanto decidí volver mi mirada hacia los protagonistas.

Bagby estaba contestando:

—Sí, señor. La señorita conecta y

responde a la llamada con frases como «Residencia del señor Smith, dígame:» o «Apartamento del señor Jones al habla». Luego dice que el señor Smith no está, comunica el mensaje que el señor Smith ha dejado o toma nota de lo que le comunican.

Bagby se pasó la mano por la cabeza y terminó diciendo :

—Ya lo ven, nuestro servicio está perfectamente especializado en su cometido.

Mandelbaum asintió con la cabeza.

—Sí —dijo—, creo que nos ha dado una clara visión del mismo. Ahora, señor Bagby, tenga la bondad de mirar hacia aquel caballero que se sienta allá

en la sombra junto al oficial. Él es el demandado en la vista de esta causa. ¿Le conoce usted?

—Sí, señor.

—¿Dónde y cuándo se conocieron?

—En julio vino a mi oficina de la Calle 47. Primero llamó por teléfono y luego vino.

—¿Puede decir qué día de julio?

—El doce. Un lunes.

—¿Qué es lo que le dijo?

—Me hizo que le explicara el funcionamiento de mi servicio, lo hice así y me dijo que le interesaba para el teléfono de su domicilio en un apartamento de la Calle 73 Este. Me pagó por adelantado y en el acto los

honorarios de un mes y quedó cerrado el trato para un servicio de veinticuatro horas diarias.

—¿Deseaba algún servicio especial?

—De momento no habló de nada especial, pero dos días después contrató a Mane Willis ofreciéndole quinientos dólares si...

El testigo fue interrumpido desde dos direcciones distintas simultáneamente.

El abogado defensor, un campeón llamado Jimmy Donovan cuyo nombre había sonado victorioso en numerosos grandes casos criminales durante los diez últimos años, abandonó su silla con

la boca abierta dispuesto a objetar. Al propio tiempo Mandelbaum con la mano indicó al testigo que no siguiera.

—Un momento, señor Bagby. Cíñase estrictamente a mis preguntas. ¿Aceptó usted a Leonard Ashe como cliente?

—Desde luego, no había razón para no hacerlo así.

—¿Cuál era el número del teléfono del domicilio?

—Rhinlander      dos-tres-ocho-tres-ocho.

—¿Asignó a su nombre y a aquel número de teléfono un lugar en su cuadro de distribución?

—Sí, señor. Uno de los tres cuadros de mi apartamento de la Calle 69 Este,

es el del distrito de Rhinlander.

—¿Cuál era el nombre de la empleada que atendía el cuadro que correspondía al teléfono de Leonard Ashe?

—Marie Willis."

Una sombra de agitación y murmullo recorrió la sala. El juez Corbett meneó la cabeza y frunció el ceño al tiempo que Bagby proseguía:

—Desde luego por la noche sólo hay una muchacha de guardia para atender a los tres cuadros a alternar en su servicio según las llamadas, pero durante el día cada muchacha está al servicio de su propio cuadro por lo menos durante cinco días a la semana y si me es

posible durante seis. De esta forma, logran conocer cada una a sus clientes.

—¿Y el número de Leonard Ashe pertenecía al cuadro de Marie Willis?

—Sí, señor.

—¿Aparte de los servicios rutinarios de un cliente normal, hubo algo que hiciese atraer su atención personal hacia Leonard Ashe o hacia su teléfono?

—Sí, señor.

—¿Qué fue eso y cuándo? Primero, ¿cuándo?

Bagby pareció meditar un momento hasta estar seguro de que no se equivocaba.

—Fue el jueves, tres días después

de que Ashe concertara el servicio, es decir, el quince de julio. Marie me llamó, me citó en mi despacho diciéndome que tenía que verme en privado para tratar algo muy importante. Le dije que si podía esperar hasta las seis en que dejaría el servicio y me dijo que sí. Por lo tanto, un poco antes de las seis llegué al apartamento de la Calle 69 y nos metimos en su habitación para poder hablar a solas. Me dijo que Ashe le había telefonado el día anterior proponiéndole encontrarse con él en algún sitio para tratar de algunos detalles acerca del servicio que debía prestar con su número de teléfono. Ella le dijo que tal discusión debía llevarse a

cabo conmigo, pero él insistió mucho...

Una voz agradable de potente barítono, interrumpió:

—Si Su Señoría permite —cortó Jimmy Donovan otra vez en pie— opino que el testigo no puede testificar sobre lo que Marie Willis y el señor Ashe se dijeron cuando él no estaba presente.

—Verdaderamente, no puede —replicó rápidamente Mandelbaum—, pero lo que está haciendo es testificar lo que Marie Willis le dijo a él.

El juez Corbett asintió, diciendo:

—Eso debe quedar claro, ¿entiende usted, señor Bagby?

—Sí, señor —se apresuró a responder Bagby—, comprendo a Su

Señoría.

—Entonces adelante. ¿Qué le dijo la señorita Willis y qué le dijo usted a ella?

—Bien, me dijo que había accedido a reunirse con Ashe porque él era un productor teatral y ella deseaba ser actriz. Hasta entonces yo no había conocido aquella afición. La cuestión es que ella fue a su oficina de la Calle 45 tan pronto como terminó su trabajo. El señor Ashe le habló y preguntó diversas cuestiones y finalmente le dijo —esto es lo que ella me dijo a mí— que deseaba que escuchara todas las llamadas que se hicieran durante el día al número de su casa. Todo lo que ella tenía que hacer

era esperar siempre a que se encendiera la luz de su correspondiente clavija y comenzara a sonar el zumbido. Luego debía esperar a que cesaran los zumbidos, esto significaba que alguien había descolgado el auricular y aquél era el momento para conectar y escuchar la conversación. Cada tarde a última hora, él la telefonaría para conocer los resultados. Todo esto es lo que le propuso Ashe a Marie Willis. Ella dijo que él contó quinientos dólares en billetes y se los ofreció diciéndole que le daría otros mil si accedía a su proposición.

Bagby se detuvo para tomar aliento. Mandelbaum preguntó:

—¿Le dijo a usted la muchacha algo más?

—Sí, señor. Me dijo que no sabía qué hacer y que no le interesaba disgustar a Ashe, pero que no obstante le dijo que le diera uno o dos días para pensarlo. Pasó una noche y al día siguiente tenía ya decidido lo que debía hacer. Me dijo, que desde luego se dio cuenta de que lo que Ashe quería en realidad era verificar las llamadas telefónicas que le hicieran a su mujer y precisamente Marie no podía espiar a aquella mujer, porque Robina Keane, que así se llamaba la esposa de Ashe, había renunciado dos años antes a su carrera de actriz para casarse con él y

Marie veneraba a Robina Keane como a su máspreciado ideal. Todo esto es lo que me dijo Marie y añadió también que había decidido hacer tres cosas. Debía contármelo todo a mí porque Ashe era mi cliente y ella trabajaba para mí. Debía también contárselo a Robina Keane para que estuviera prevenida ya que sin duda Ashe perseguía algo espionando a su mujer. Se me ocurrió que la verdadera razón que Marie tenía para contárselo todo a Robina Keane podía ser que ella esperaba...

Mandelbaum no le dejó seguir.

—Lo que se le ocurrió pensar a usted, señor Bagby, no nos interesa de momento. ¿Quiere decirme cuál es la

tercera cosa que Marie decidió hacer?

—Sí, señor. Me dijo que pensaba ir a decirle a Ashe que se lo había contado todo a su mujer, porque era una muchacha que tenía palabra y le había prometido a Ashe al principio de su conversación que todo lo que él le dijera lo escucharía en plan completamente confidencial. Así pues, quería decirle que había creído necesario romper su promesa.

—¿Le dijo su empleada cuándo intentó hacer aquellas tres cosas?

El testigo movió la cabeza y contestó:

—Había cumplido ya su primer proyecto contándomelo a mí. Me dijo

que había llamado a Ashe y le había dicho que a las siete estaría en su oficina. El tiempo era muy justo, pues a las ocho debía volver a estar frente al cuadro telefónico. También a mí me faltaba tiempo pues mi intención era disuadirla de su proyecto. Fui con ella ciudad abajo en un taxi hasta la Calle 45 en donde radicaba la oficina de Ashe e hice lo que pude, pero todos mis esfuerzos fueron inútiles y no logré que cambiara de opinión.

—¿Y qué es lo que usted le dijo?

—Intenté por todos los medios que cambiara de idea. Si ella llevaba a cabo su programa hasta el fin, podía incluso causar un perjuicio a mi negocio. Intenté

persuadirla para que me dejase actuar a mí. Yo iría a visitar a Ashe y le diría que ella me había contado su proposición y que en vista de ello no me interesaba como cliente, allí terminaría todo y se olvidaría lo ocurrido. Todo fue inútil; Marie estaba completamente decidida a prevenir a Robina Keane y para hacer eso había roto su promesa a Ashe. Estuve insistiendo hasta que entró en el ascensor que debía conducirla a la oficina de Ashe, pero fracasé en todos mis intentos.

—¿Subió usted también con ella?

—No, eso no hubiera arreglado las cosas. Estaba completamente decidida y ante aquella obstinación, ¿qué podía yo

hacer?

En efecto, pensé mientras volvía la vista hacia Wolfe. Sus ojos estaban cerrados y no parecía preocuparse demasiado por la marcha de las declaraciones. Volví pues la cabeza en otra dirección para observar cómo reaccionaba el caballero que se hallaba sentado en la penumbra junto al oficial. Aparentemente miraba sin pestañear hacia Leonard Ashe. Profundas arrugas surcaban su huesudo rostro en el que resaltaba una enorme boca y dos ojos hundidos. Verdaderamente era una cara que podía constituir un excelente modelo para los artistas.

Siguiendo mi inspección hacia la

izquierda mi mirada se detuvo ahora en la mujer que se sentaba en la fila delantera de la audiencia.

Nunca había adorado a Robina Keane como a mi ideal, pero la había admirado en un par de revistas; además su primera y hasta entonces única aparición en el estrado había sido perfecta. Lo mismo en el caso de que en realidad fuera resueltamente fiel a su marido como en el caso de que no ocurriese así, su actuación había sido perfecta. Vestía de forma discreta y se sentaba también discretamente aunque no por eso intentaba pretender que no era joven y hermosa. Sin duda, a aquella altura del juicio todos los presentes

dedicaban su tiempo a las conjeturas y el blanco de las mismas eran aquella mujer y su no tan joven y mucho menos bello marido.

Por un lado podía pensarse que para ella todo su mundo era él y que Ashe había estado equivocado al sospechar de su esposa, pero en el otro extremo aparecía la posibilidad de que ella había abandonado las tablas, sólo para tener más tiempo para dedicarse a ciertas promiscuas actividades y Ashe había sido un idiota al no darse cuenta antes.

Yo no hubiera sabido por quién inclinar mi voto. Mirándola a ella, podía pensarse que se trataba de un ángel y al

mirarle a él se veía fácilmente que algo grave le había ocurrido dejándole en un estado lamentable, aunque podía imaginarse que dos meses seguidos de sentirse acusado de un crimen sin una carga pesada capaz de hacer sentir sus efectos.

Mandelbaum no cesaba de preguntar:

—¿Entonces no subió usted con Marie Willis a las oficinas de Ashe?

—No, señor.

—¿Subió, tal vez, después cuando ella hubo bajado?

—No, señor.

—¿Vio usted a Ashe aquella noche?

—No, señor.

—¿Habló usted por teléfono con él aquella noche?

—No, señor.

Viendo a Bagby, y yo estaba acostumbrado a ver muchos personajes semejantes, se me ocurrió pensar que o estaba diciendo la pura verdad o se trataba de un experto embustero y no me parecía que fuese esto último.

Mandelbaum siguió preguntando:

—¿Qué hizo usted tras haber visto a Marie Willis entrar en el ascensor y subir hacia la oficina de Ashe?

—Me fui a una cena de compromiso con un amigo, en un restaurante, el Hornby, de la Calle 52 y después sobre las ocho y media fui hasta mi oficina de

Trafalgar en la Calle 86 y Broadway. Allí tengo instalados seis cuadros y me comenzaba a trabajar una muchacha para el turno de noche. Me estuve allí un rato con ella y al salir tomé un taxi para ir a casa y cruzando el parque me llevó hasta mi apartamento en la Calle 70 Este. Hacía poco rato que había llegado cuando la policía me llamó por teléfono para decirme que Marie Willis había sido encontrada asesinada en mi oficina de Rhinlander. Salí inmediatamente y llegué allí lo antes que pude: frente a la puerta se apretujaba una gran multitud y un oficial me acompañó escaleras arriba.

Se detuvo un momento para tragar

saliva al tiempo que se pasaba la mano por la barbilla.

—No la habían movido, habían sólo quitado el cordón de la clavija que habían encontrado alrededor de su cuello, pero no la habían movido de postura y allí estaba, caída sobre la alfombra frente a su cuadro de distribución. Me esperaban para identificarla y tenía...

Esta vez nadie interrumpió al testigo. Alguien me tiró de la manga murmurándome al oído:

—Vámonos ya.

Nero Wolfe estaba ya en pie al pronunciar aquellas palabras y se aprestaba a salir. A pesar de su gran

volumen Wolfe se movía con rapidez y tuve que apresurarme para poderle seguir hacia la puerta y enfocar el pasillo sin poder prestar ya ninguna atención al desconcierto que aquella súbita decisión levantaba en la sala.

Estaba convencido de que de pronto su impulsivo carácter había sentido alguna necesidad vital que le impedía seguir por más tiempo sentado en su asiento, tal vez telefonar a Theodore para decirle o preguntarle algo acerca de una orquídea. Pero no fue así, pues pasó el teléfono de largo, llegamos al ascensor y apretó el botón para descender. Rodeados de gente por todas partes no le hice ninguna pregunta, no lo

creí conveniente.

Llegamos a la planta y la carrera continuó hasta salir al exterior. Una vez en la acera se decidió a hablar.

—Vamos a tomar un taxi, pero primero quiero decirle unas palabras.

—No, señor —repliqué firmemente—. Primero voy yo a decirle unas palabras. Mandelbaum puede terminar con aquel testigo de un momento a otro y la deliberación no será larga, además es interesante saber lo que piensa decir Donovan. Si usted quiere un taxi puede irse a su casa, pero...

—No me voy a casa. No puedo.

—Exactamente, esto es lo que yo pienso, no se puede usted marchar; va a

parecer una deserción y sólo vamos a lograr que su nombre quede mal parado. Además yo también he sido citado y me voy a volver a la sala. ¿A dónde piensa usted ir?

—A la Calle 68 Este y 69.

Le miré con los ojos muy abiertos pues temía que se le hubiese ocurrido aquello.

—Sí —siguió diciendo—, ya se lo explicaré por el camino.

—No, porque yo me vuelvo a la sala.

—No puede ser, le necesito y debe acompañarme.

Como a todo el mundo le ocurre me gustaba saber que alguien me necesitaba

y así pues decidí no abandonarle. Crucé la acera en dirección a la calzada, me dirigí hasta el taxi estacionado más cerca de nosotros y abrí la portezuela. Wolfe me siguió y se sentó en el interior, di la dirección al taxista y nos pusimos en marcha.

—Vamos —le dije a Wolfe—, me ha dicho usted que tiene algo que contarme y me imagino que debe tratarse de cosas muy interesantes.

—Es posible que se trate de algo descabellado.

—Seguro que sí, creo que lo mejor será que nos volvamos.

—Escúcheme, me refiero a la tesis del señor Mandelbaum: de acuerdo que

el señor Ashe puede muy bien haber asesinado a esa muchacha, de acuerdo también que su estado de ánimo acerca de la fidelidad de su esposa pueda situarle en condiciones maniáticas anormales. Pero ante todo el señor Ashe no es ningún imbécil. Bajo las circunstancias reseñadas, y creo que podemos fiarnos de la palabra del señor Bagby, me resisto a creer que Ashe fuera tan estúpido de ir a aquel lugar y a aquella hora y matar a la muchacha. Usted estaba presente cuando me llamó aquel día para contratar mis servicios. ¿No lo cree usted así?

—En parte estoy de acuerdo con lo que usted dice, pero por otro lado,

acostumbro a leer los periódicos e incluso he charlado con Cohen de la Gaceta acerca de ello. No es necesario pensar que Ashe fuera a aquella oficina con el propósito de matarla. Su historia puede ser ésta: un hombre le llamó por teléfono —una voz que él no reconoció— diciéndole si podrían encontrarse en la oficina de Bagby de la Calle 69 y él pensó que sin duda allí hablarían con Marie de aquel asunto y fue de esta manera como Ashe se tragó el anzuelo. Al llegar a la oficina de Bagby la puerta estaba abierta y Marie estrangulada con un cordón arrancado del cuadro de distribución atado fuertemente a su cuello. Abrió la ventana y gritó

llamando a la policía. Para admitir esto, hay que admitir desde luego que Bagby mintió ahora cuando dijo que él no había hablado por teléfono con Ashe aquella noche y que Bagby es tan negociante que prefiere asesinar a una empleada antes que perder un cliente.

—¡Bah! No me gusta demasiado, como tampoco me gusta estar sentado en un banco de la audiencia con una mujer maloliente detrás de mi cogote. Pronto me hubiese llegado el turno para actuar de testigo y mi testimonio no hubiese hecho otra cosa que corroborar el del señor Bagby como usted supone. Creo que si el señor Ashe resulta acusado de asesinato siguiendo la tesis del señor

Mandelbaum, se cometerá un error judicial y no quiero tener parte en el mismo. Ha sido difícil ponerse en pie y salir de la sala., pero ahora ya estamos fuera y no quiero irme a casa porque allí me pescarían para devolverme a mi idiota papel de testigo.

Cada vez le miraba más sorprendido.

—Vamos a ver si le comprendo. Usted no quiere ser cómplice de la condena de Ashe por asesinato y no quiere serlo porque duda de si en realidad él es culpable. Por lo tanto, lo que usted hace es huir. ¿No es cierto?

El obeso Wolfe hizo un extraño gesto, retorciendo su cuello sentenció:

—Seguro; será declarado culpable.

No hablemos más del asunto.

—Un momento, a mí me queda todavía algo por decir. Si usted espera que yo le acompañe en una huida que puede acabar en una citación y una multa que no le quedará más remedio que pagar, no intente hacerme callar y diga también usted que dudamos de la culpabilidad de Ashe; pero que es fácil que saiga mal parado porque sabemos que Mandelbaum no se hace cargo de un caso, si no lo ve muy claro a su favor; diga también que a nuestra cuenta bancaria no le iría mal un buen empujoncito y que ese empujoncito nos lo podría dar Ashe por poco agradecido

que fuera si lográsemos encontrar algo que pudiese resultar un puñetazo en la nariz de Mandelbaum. El camino a seguir debería ser para usted el de encomendarme a mí unas cuantas gestiones, irse a su casa, descansar un poco, leerse un libro y comerse una buena comida, pero eso no puede hacerlo porque le pillarían. Por lo tanto, debemos comenzar las gestiones ahora los dos juntos. Me siento de nuevo optimista, el día es maravilloso y hay que admitir que aunque en realidad la mujer que teníamos detrás olía demasiado, tengo buena nariz y sé que se trataba de «Flor de Pasión Tissot» de ochenta dólares la onza. Bueno, ¿qué

vamos a hacer a la Calle 69?

—No lo sé.

—En verdad confieso que yo tampoco.

# CAPÍTULO II

Era un viejo edificio de aspecto poco atractivo, fachada de ladrillos pintada de amarillo aproximadamente en los tiempos en que comencé a trabajar para Nero Wolfe. Cinco pisos sin ascensor.

La puerta, en la que se leía «Bagby Answers Inc.» se me abrió fácilmente al apretar el tirador.

Tras cruzar un pequeño y destartalado vestíbulo y ascender unos cuantos escalones, desembocamos en pleno despacho: la puerta estaba abierta

y cedí el paso a Nero Wolfe, pues no sabía si su intención era presentarnos como lampistas o como vendedores de cepillos.

Al tiempo que Wolfe se dirigía a una muchacha sentada frente a un pupitre yo aproveché para dar una ojeada al local.

No había duda de que nos encontrábamos en el escenario del crimen. Las tres ventanas del fondo daban a la calle y en la pared opuesta se alineaban tres cuadros de distribución atendidos por tres muchachas provistas de auriculares. Las tres volvieron sus cabezas para observarnos.

La otra muchacha se hallaba sentada junto a un aparato telefónico normal y

sobre su pupitre se veían una máquina de escribir y otros accesorios de oficina.

Wolfe le estaba diciendo:

—Mi nombre es Nero Wolfe y acabo de salir de la sala de la Audiencia en donde Leonard Ashe está siendo juzgado.

Y mirándome a mí explicó:

—Es mi ayudante el señor Goodwin.

Estamos realizando unas comprobaciones acerca de todas las personas que han actuado de testigos a lo largo de la vista, ya sea en defensa de Ashe o llamados por el fiscal ¿Ha actuado usted de testigo?

Wolfe adivinó la respuesta antes de

que la muchacha hablase. Ésta inclinó levemente su cabeza para responder:

—No, no he sido llamada.

—¿Cuál es su nombre, por favor?

—Pearl Fleming.

—Por lo tanto, usted no trabajaba todavía aquí el quince de julio.

—No, entonces estaba en otra oficina, aquí sólo funcionaban los tres cuadros y una de los tres atendía las llamadas normales de la oficina.

—Ya comprendo —replicó Wolfe en tono de fastidio, abominando sin duda de su mala fortuna. Luego pregunto—: ¿Están aquí las señoritas Hart, Velardi o Weltz?

A pesar de esforzarme no me fue

posible reprimir un gesto de admiración, aunque en realidad nada de aquello fuera para asustarse. En verdad que los tres nombres que acababa de oír habían acaparado durante varias semanas páginas enteras en los periódicos, pero también era cierto que Wolfe no olvidaba nunca cualquier nombre relacionado con un asesinato y el sistema interior de su cerebro funcionaba incluso mejor que el de Saúl Panzer.

Pearl Fleming señaló hacia los tres cuadros:

—El del fondo es el de la señorita Hart, la señorita Velardi atiende el del centro y el otro es el de la señorita

Yerkes. Ésta es la última que ha entrado en esta oficina pues ha venido para reemplazar a la señorita Willis. La señorita Weltz no está hoy, tiene su día libre. Ellas sí que han sido citadas, pero...

La muchacha se detuvo y volvió la cabeza. La mujer que atendía el cuadro del fondo acababa de quitarse los auriculares, se había levantado y se dirigía hacia nosotros.

Debía tener aproximadamente mi edad, sus ojos eran pardos y penetrantes, sus mejillas aplastadas y poseía una barbilla tan afilada que hubiera podido servir de rompehielos en caso de haber sido una morsa.

—¿No es usted el detective Nero Wolfe? —preguntó al llegar a nuestro lado.

—El mismo —respondió él—. ¿Y usted es Alicia Hart?

Ella no contestó y volvió a preguntar:

—¿Qué anda usted buscando?

Wolfe retrocedió un paso, no le gustaba tener a alguien tan cerca de él, pero menos si se trataba de una mujer.

—Deseo una información, señora. Deseo preguntarle a usted, a Bella Velardi y a Helen Weltz unas cuantas cosas.

—No tenemos ninguna información.

—Si es así no podré obtener nada,

pero de todas formas voy a intentarlo.

—¿Quién les ha enviado aquí?

—No nos envía nadie, actuamos por nuestra cuenta. Hay un error cardinal en la afirmación de que Leonard Ashe asesinó a Marie Willis y no me gustan los errores. Mi curiosidad se ha despertado y cuando siento curiosidad sólo me curo de una manera: conociendo la verdad. Eso es lo que intento hacer. Si llego a tiempo de salvar la vida del señor Ashe mucho mejor, pero en cualquier caso estoy lanzado y nadie me detendrá. Si usted y las otras rehúsan atender a nuestras preguntas hoy, habrá más días, más días y más caminos a seguir.

La mujer hizo una extraña mueca, le lanzó su afilada mirada y por un momento pareció que iba a lanzarse sobre él; luego giró su vista hacia la izquierda y la detuvo sobre mi persona, pero rápidamente se volvió y dirigiéndose a la muchacha del pupitre, dijo:

—Hazte cargo de mi cuadro, ¿quieres? Yo no tardaré. Y mirando a Wolfe con aire autoritario, ordenó: — ¡Vamos a mi habitación! Es por aquí.

Y al decir esto dio media vuelta y se puso en marcha.

—Un momento —interrumpió Wolfe—. Hay un punto oscuro en la relación publicada por los periódicos.

Se detuvo frente a los cuadros de distribución, detrás de Bella Velardi, justo en el centro.

—El cuerpo de Marie Willis fue encontrado aquí, caído en el suelo y sin vida. Es presumible que se hallase sentada al servicio del cuadro cuando la sorprendió el asesino. Pero ustedes viven aquí, usted y las otras, ¿no es verdad?

—Sí.

—Así pues, ¿cómo podía saber Ashe que la encontraría a ella sola en el despacho?

—No lo sé, tal vez ella misma se lo dijera. ¿Es éste el fallo que ha encontrado usted?

—¡Dios mío, qué va! Esto no tendría importancia, es muy probable que ella se lo dijera y que incluso él esperase hasta oír sonar el zumbido característico de una llamada para sorprenderla mejor. Es un pequeño detalle, pero es muy interesante tener la entera seguridad de que estaba completamente sola, ya que siendo como era pequeña y delgada, ni incluso usted está excluida de la posibilidad de haber asesinado a la señorita Willis; ni usted ni las otras. De todas formas, no vengo ahora a acusarla a usted de asesinato.

—Espero que no —refunfuñó la mujer dirigiéndose hacia una puerta que aparecía al final de la habitación y a la

que se llegaba a través de un estrecho vestíbulo.

Yo los seguí caminando detrás de Wolfe y me imaginé que las muchachas del despacho debían estar pensando que no éramos más que unos chiflados exagerados. Me parecía natural que en aquellas circunstancias la señorita Velardi y la señorita Yerkes se volviesen en sus asientos para seguir observándonos, pero ninguna de las dos lo hizo. Permanecieron sentadas, rígidas y mirando fijamente a sus respectivos cuadros. Me daba la sensación de que cuando Alicia Hart preguntó a Wolfe si aquello era el fallo encontrado a lo largo de la vista, todas hubiesen

preferido una contestación afirmativa.

La habitación de la señorita Hart fue una sorpresa. Primero, era grande, mucho más grande que la destinada a los tres cuadros telefónicos. Segundo, no soy ningún Bernard Berenson, pero he aprendido mucho de aquí y de allá y aquella mezcla de rojo y amarillo con azul, no solamente era un auténtico Van Gogh sino que era más grande y mejor que el que Lily Rowan tenía.

Me di cuenta que a Wolfe también le había llamado la atención y que tomando una silla acababa de sentarse delante del cuadro; yo tomé otra y me senté a su lado, frente a la cama en donde se había sentado la señorita Hart.

Mientras ocupaba su sitio volvió a preguntar:

—¿Cuál es el fallo encontrado por usted? Wolfe movió la cabeza.

—Yo soy el que pregunto, señorita Hart, no usted. Con el pulgar señaló hacia el Van Gogh.

—¿Dónde adquirió usted este cuadro?

Le miró fijamente y replicó con sequedad:

—No le importa saberlo.

—Ciertamente, no; pero deseo saberlo. Desde luego ustedes han sido interrogadas por la policía y el procurador del distrito, pero sin duda en sus preguntas actuaban siempre

influenciadas por la idea de que Leonard Ashe era el culpable. Desde el momento en que yo rechazo esta idea, me veo imposibilitado a poner coto a mis impertinencias en las preguntas que les haga a usted o a las otras, y a todos los que puedan verse envueltos en esto. Por lo tanto comencemos por la adquisición de este cuadro. Si usted rehúsa decirme cómo ha venido hasta aquí o si su respuesta no me convence, buscaré un hombre para que se encargue de indagarlo, un hombre competente que no tardará en conocer todos los detalles. La cuestión es saber si usted prefiere que todo se aclare aquí o si cree mejor obligarme a solicitar los servicios de

ese hombre con el correspondiente molesto cúmulo de interrogatorios a todas sus amistades y parientes. Si es así, no hablemos más, no perdamos tiempo y voy a ver si tengo más suerte con sus compañeras.

La mujer volvió a mirarle fríamente y pregunto:

—Pero ¿usted cree que le es interesante saber cómo he adquirido ese cuadro?

—Posiblemente, no; posiblemente no servirá para nada, pero este cuadro es un tesoro y considero que no es éste el lugar más adecuado para encontrarse con una obra así. ¿Es suyo el cuadro?

—Sí, yo lo compré.

—¿Cuándo?

—Hace aproximadamente un año. Se lo compré a un comerciante.

—¿Todo lo que hay en esta habitación es suyo?

—Sí, ésa es mi única extravagancia; me gusta comprar cosas y llenar mi habitación de cacharros.

—¿Cuánto hace que usted trabaja en esta casa?

—Cinco años.

—¿Cuál es su salario?

La mujer estaba lanzada a contestar y respondió sin dudar:

—Ochenta dólares a la semana.

—No lo suficiente para mantener sus extravagancias. ¿Recibe o ha recibido

por otro conducto otros emolumentos?  
¿Alguna herencia? ¿Tal vez una pensión?  
¿Otros sueldos?

—No me he casado, tengo algunos ahorros y me gustan estas cosas. Creo que después de ahorrar quince años lo menos que puede una hacer es darse algún capricho, aunque sea caro.

—Estoy de acuerdo. ¿Dónde estaba usted la noche que Marie Willis fue asesinada?

—Estaba fuera, habíamos ido a Jersey en coche, Bella Velardi y yo. Buscábamos frescor, pues la noche era extraordinariamente calurosa.

—¿Fueron en el coche de usted?

—No, Helen Weltz nos dejó el suyo:

tiene un «Jaguar».

Mis cejas se arquearon.

—¡Un «Jaguar»! —exclamé dirigiéndome a Wolfe—. ¡Vaya cacharro! No creo que usted cupiese dentro de uno. Contando impuestos y extras no salen por menos de cuatro mil dólares.

Me miró y volviéndose otra vez hacia la mujer continuó preguntando:

—Me imagino que la policía les habrá preguntado si conocían a alguien que pudiese tener algún motivo para desear la muerte de la señorita Willis, ¿no es así?

—No —respondió miss Hart, abandonando su anterior locuacidad.

—¿Existía buena amistad entre ustedes?

—Sí, señor.

—¿Le había pedido alguna vez a usted un cliente que escuchara las llamadas hechas a su número?

—Nunca.

—¿Sabía usted que la señorita Willis deseaba ser actriz?

—Sí, todas nosotras lo sabíamos.

—El señor Bagby dice que él no lo sabía.

—Él era su jefe; es muy posible que no lo supiese. ¿Cuándo ha hablado usted con el señor Bagby?

—No he hablado con él, le he escuchado cuando declaraba en el

juicio. ¿Conocía usted la admiración que sentía Marie Willis por Robina Keane?

—Sí, también esto lo sabíamos todas. Con frecuencia imitaba a Robina Keane en algunas de sus más famosas interpretaciones.

—¿Cuándo le contó a usted su decisión de prevenir a Robina Keane contra la proyectada vigilancia de su marido?

La señorita Hart dudó:

—No le he dicho que me lo contara.

—¿Se lo contó?

—No.

—¿Alguien se lo contó?

—Sí, la señorita Velardi. A ella sí que se lo había explicado Marie. Puede

preguntárselo.

Wolfe estaba poniendo en práctica un juego que a menudo yo había observado en él. Lanzaba anzuelos al tuntún esperando prender a alguien o alguna pista en uno de ellos. Era un buen camino a seguir, pero podía ocurrir que nos ocupase demasiado tiempo y nosotros lo teníamos contado. El que a una de las muchachas de la otra habitación le pasase por la cabeza telefonar a la policía, sería suficiente para que en un minutouviésemos visita y una visita que en aquel momento no nos interesaba.

Guy Unger era otro de los nombres que aparecía en los relatos de los

periódicos. Para unos periodistas había sido en otros tiempos amigo de Marie Willis y para otros lo seguía siendo todavía.

La opinión de la señorita Hart era que Guy Unger y Marie Willis habían buscado cada uno nuevas compañías, pero que esto había ocurrido mucho tiempo atrás. No conocía en absoluto la existencia de crisis alguna que hubiese podido inducir a Unger a acabar estrangulando a su amiga. Durante otros cinco minutos Wolfe volvió a practicar su juego lanzando nuevos anzuelos desde diferentes ángulos.

—Muy bien —dijo—, muy bien por ahora; voy a ver qué dice la señorita

Velardi.

—Bien —replicó Alicia Hart poniéndose en pie dispuesta a colaborar —; su habitación es la siguiente puerta, ¡por aquí!

Nos pusimos en marcha y yo pasé junto a un escritorio en cuyo cajón aparecía una cerradura, cerradura que probablemente hubiera podido manipular en veinte segundos, cosa que en realidad me hubiera gustado mucho, pero Wolfe se había ya alejado siguiendo a la señorita Hart y yo no quería perderme detalle. Llegamos a la otra habitación, la señorita Hart nos dejó, atravesamos la puerta abierta y nos quedamos solos.

Aquella habitación era diferente, más pequeña, sin ningún Van Gogh y sin la clase de muebles que uno podía esperar. La cama estaba sin hacer. Wolfe se detuvo y miró con ceño fruncido el desorden reinante en toda la habitación, luego se sentó en una silla de raída tapicería que le resultaba demasiado pequeña y me dijo a media voz:

—Echa una ojeada.

Lo hice así pronto pude darme cuenta, si aún no lo había hecho, que Bella Velardi era una completa desordenada, amiga de las rendijas. La puerta que daba al retrete y la mayoría de los cajones de un armario ropero, así como dos baúles situados junto a la

pared estaban abiertos. Una de las razones por la que hasta ahora no me he decidido a buscar esposa es el miedo a que me tocara en suerte una desordenada como aquélla. Quise cerrar la puerta del W. C. y tuve dificultades para abrirme paso sin machete a través de la jungla de sillas y objetos desparramados por el suelo que hacían imposible los desplazamientos. Sobre una pequeña mesa se encontraba un pilón de libretos: leí el título del de encima: Un error es demasiado. En la portada aparecía una mujer de exageradas formas abrazada con cara de terror a un hercúleo muchacho de cabello rubio y ojos azules. También vi un montón de

ediciones recientes de Pistas y Caballos y de Carreras Hípicas.

—Es una filántropa —le dije a Wolfe—; da su pasta en bien de la causa de los genéticos equinos.

—¿Qué quiere usted decir?

—Pues, sencillamente, que apuesta en las carreras de caballos.

—¿Pierde mucho dinero?

—Desde luego pierde. Depende de lo que juegue, probablemente grandes sumas, ya que tiene dos sueldos.

Wolfe me gruñó:

—Abra cajones y tenga uno bien abierto para cuando ella entre; quiero ver cuáles son sus reacciones.

Obedecí. Los seis cajones del

armario estaban llenos de vestidos y no quise manosearlos. Hubiese sido un buen entretenimiento fisgonear el departamento de los nylons, pero no podía perder tiempo en pasatiempos inútiles. Una vez abiertos los seis los volví a cerrar para darle a conocer mi opinión sobre las rendijas. Los otros cajones del otro armario tampoco eran interesantes. No obstante, en el segundo encontré entre otras muchas cosas una colección de fotografías que repasé rápidamente, mas de pronto me detuve en una que me llamó la atención y que observé con detalle. En la foto se veía a Bella Velardi con otra muchacha y en medio de ambas un hombre. Los tres

vestían bañadores y a sus espaldas aparecía el océano. La separé y se la alargué a Wolfe.

—¿El hombre? —pregunté—. ¿Quién es el hombre? Leo los periódicos y miro las fotografías, pero ésa hace dos meses y podría equivocarme.

Wolfe se acercó hacia una ventana para ver la foto con mayor claridad y después, metiéndosela en un bolsillo, exclamó:

—Es Guy Unger; busque más fotografías tuyas.

—Si es que las hay —respondí volviéndome hacia el cajón abierto—: pero no se haga demasiadas ilusiones

acerca de esas fotos, pues hace ya cuatro minutos que estamos solos y es posible que tras la narración de la señorita Hart hayan decidido telefonar pidiendo ayuda, y en este caso...

Dejé de hablar al escuchar perfectamente el ruido producido por las pisadas de unos altos tacones repiqueteando en el mosaico del pasillo. Cerré de golpe el segundo cajón y abrí el tercero; estaba inspeccionando su contenido, cuando me di perfecta cuenta que el repiqueteo sonaba ya dentro de la habitación. Entorné el cajón sin prisas y me volví esperando encontrarme frente a la indignada mirada de Bella Velardi, pero no fue así.

Sus impenetrables ojos negros y su agresivo rostro eran perfectamente capaces de producir la más terrorífica escena de indignación, pero sin duda sus nervios estaban demasiado ocupados en alguna otra cosa. Seguramente intentaba simular que no me había atrapado con un cajón abierto. En el ambiente se adivinaba una cosa segura: aquellas muchachas telefonistas habían planeado algo.

Bella Velardi dijo con una voz gangosa muy débil:

—La señorita Hart me dice que ustedes desean preguntarme algo —y tranquilamente se dirigió hasta la cama deshecha en donde se sentó cruzándose

de brazos.

Wolfe la miró con los ojos medio entornados.

—¿Sabe usted qué es una pregunta hipotética?

—Desde luego.

—Pues bien, tengo una para usted. Si alquilo los servicios de tres expertos detectives para la tarea de saber aproximadamente cuánto ha perdido usted en las carreras de caballos el pasado año, ¿cuánto cree usted que tardarán en saberlo?

—Pero ¿cómo? Yo... —pareció que iba a ponerse en pie, pero volvió a quedarse donde estaba—. No lo sé —se decidió a contestar.

—Yo sí. Con suerte, cinco horas; sin ella, cinco días. Será mucho más sencillo que me lo diga usted. ¿Cuánto perdió el año pasado?

Bella volvió a revolverse y preguntó:

—¿Y cómo sabe usted que he perdido algo?

—No lo sé, pero el señor Goodwin, que es un experto en estas cuestiones, tras ver las revistas que tiene usted sobre la mesa, ha sacado la conclusión de que es usted una apostante empedernida. Si es así, será mejor que nos haga usted un pequeño reportaje sobre sus ganancias y pérdidas.

Wolfe se volvió hacia mí y me dijo:

—Archie, sus búsquedas se han visto interrumpidas, reanúdelas y mire a ver si logra dar con ese resumen. Señorita Velardi, si usted quiere puede vigilarle, pero no somos ningunos rateros, puede estar segura.

Me dirigí hacia los cajones que todavía no había mirado. Me imaginaba que la paciencia de la señorita Velardi debía de estar a punto de terminarse. Es posible que ella no fuera un asesino, pero incluso así, debía de tener algo que no quería que le tocara nadie.

Cuando llegué a un cajón y me disponía a abrirlo, la telefonista exclamó dirigiéndose a Wolfe:

—Mire, señor Wolfe, estoy

dispuesta a decirle algo de lo que usted desea saber.

Pareció dudar, pero prosiguió:

—La señorita Hart me ha dicho que no debía sorprenderme por las preguntas que ustedes me hicieran, pero la verdad es que estoy aturdida. No es ningún secreto mi afición a apostar en las carreras de caballos, pero lo que gano o pierdo, eso ya es otra cuestión. Debe usted saber que tengo amigos, creo que me comprenderá, que no desean que la gente sepa que apuestan y me dan el dinero a mí para que yo lo haga por ellos. Ésta es la causa de que venga a jugar unos cien dólares a la semana y algunas veces más, incluso doscientos.

Creo que ni Wolfe ni yo nos tomamos demasiado en serio aquella respuesta, ya que Wolfe no tuvo ni siquiera interés en preguntarle el nombre de sus amigos.

—¿Cuál es su sueldo?

—Solamente sesenta y cinco dólares, por lo tanto, ya ven ustedes que no puedo jugar demasiado.

—Desde luego que no. Otra cosa, en verano, ¿acostumbran a tener las ventanas de esa habitación de enfrente abiertas?

La muchacha pareció concentrarse.

—Sí, hace mucho calor, sí; normalmente suele estar abierta la de en medio, pero si el calor es muy fuerte

abrimos las tres.

—¿Incluso cuando se hace de noche?

—Sí.

—El quince de julio hacía calor.

¿Recuerda si estaban, abiertas las ventanas por la noche?

—No, no estaba aquí.

—¿Dónde estaba?

—Estaba fuera, en Jersey: habíamos ido allí en coche con mi amiga Alicia Hart. Fuimos para refrescarnos y regresamos pasada la medianoche.

Estupendo, pensé, esto arregla las cosas. Una mujer puede inventarse una mentira, pero es difícil que la otra la repita con tanta precisión. Wolfe la estaba mirando.

—Si era de noche y las ventanas estaban abiertas el quince de julio, como sin duda debían de estarlo, ¿cómo es posible pensar que hubiese alguien tan insensato para asesinar a Marie Willis exponiéndose a ser visto?

La muchacha no pensó lo que debía responder e inmediatamente preguntó:

—¿Y usted qué cree? ¿Cree que no pudo hacerlo con las ventanas abiertas?

—No, él o ella debieron cerrar primeramente las ventanas y luego se cometió el asesinato. ¿Pero cómo pudo Leonard Ashe hacer eso sin alarmar a la señorita Willis?

—No lo sé, pero estoy segura de que pudo hacerlo.

—¿Pudo hacer qué?

—Nada, yo no sé nada.

—¿Conocía usted bien a Guy Unger?

—Sí, le conocía en el sentido

honrado de la palabra. Hasta ahora sus respuestas eran breves pero seguras.

Wolfe prosiguió en su labor inquisidora.

—¿Ha sabido mucho de él durante estos dos últimos meses?

—No, muy poco.

Wolfe se metió la mano en el bolsillo y sacó la foto retirada del cajón.

—¿Cuándo fue tomada?

Ella dejó la cama y se acercó hacia Wolfe alargando la mano, echó una ojeada a la foto y exclamó:

—¡Ah, ésta!

—Volvió a sentarse y de pronto, poniéndose en pie, dejó de fingir Tranquilidad y dio rienda suelta a su indignación:

—¡Ah, así pues, me han revuelto los cajones! ¿Qué más han robado? —Ahora sus nervios estaban rotos y nadie hubiese sido capaz de detenerla—. ¡Largo de aquí! ¡Márchense y no vuelvan! —y al decir esto avanzo señalándonos la puerta.

Wolfe, que no había soltado la fotografía, la volvió a su bolsillo y mirándome me dijo en voz alta:

—Vamos, Archie, parece que esto se ha acabado.

Se dirigió hacia la puerta y yo me fui

tras él. Iba ya a cruzar el dintel cuando la mujer, adelantándose, le agarró por el brazo obligándole a detenerse.

—¡Un momento! —exclamó—.

Comprenderá usted que a una no le gusta que le fisgoneen sus asuntos privados y me he disgustado al ver que han revisado los cajones llevándose esa fotografía.

Wolfe la miró fijamente dispuesto a volver al ataque.

—¿Cuándo fue tomada?

—Hace dos semanas, el domingo hizo exactamente dos semanas.

—¿Quién es la otra mujer?

—Helen Weltz.

—¿Quién hizo la foto?

—Otro que venía con nosotros.

—¿Cómo se llamaba?

—Ralph Ingalls.

—¿De quién era amigo Guy Unger, de usted o de la señorita Weltz?

—¿Qué quiere usted decir? Todos íbamos juntos, todos éramos amigos.

—No lo admito, eso no tiene sentido; dos hombres y dos mujeres nunca van completamente juntos. Siempre hay dos parejas.

—Bueno, pues Guy y Helen, y Ralph y yo.

Wolfe miró de lejos la silla que había abandonado poco antes y creyó que no valía la pena volverse a sentar, pero siguió preguntando:

—Entonces, ¿desde que la señorita Willis murió, el interés del señor Unger se ha centrado en la señorita Wertz?

—Yo no sé si se ha centrado o no. Parece que se gustan el uno al otro y eso es todo.

—¿Cuánto hace que usted trabaja aquí?

—En esta oficina desde que se abrió, hace un año.

Antes estaba en el despacho de Trafalgar. Allí permanecí dos años.

—¿Cuándo le dijo la señorita Willis que pensaba contar a Robina Keane el propósito de su marido?

Sin duda la muchacha había esperado aquella pregunta y respondió

con rapidez:

—Aquella misma mañana, aquel jueves, quince de julio.

—¿Aprobó usted su decisión?

—No, no lo aprobé en absoluto.

Pensé que no debía decírselo a Robina y que en cambio lo que debía hacer era olvidar el asunto. Pero ¡admiraba tanto a Robina Keane...! —Bella se interrumpió

—. ¿No quiere sentarse?

—No, gracias. ¿Dónde está la señorita Weltz?

—Tiene su día libre.

—Lo sé, pero ¿dónde puedo encontrarla?

Bella abrió su boca para hablar, pero volvió a cerrarla. Finalmente la

abrió de nuevo.

—No estoy segura de saberlo; esperen un momento.

Salió de la habitación con gran estrépito de tacones y tras dos minutos de espera estuvo de regreso.

—La señorita Hart cree que Helen tiene un pequeño piso en Westchester, un piso que alquila sólo durante los meses de verano. Si ustedes quieren puedo telefonar intentando encontrarla.

—Sí, ¡magnífico, hágalo, por favor!

Salió de la habitación y ahora la seguimos. En la de enfrente estaban las otras, frente a sus correspondientes cuadros. Bella Velardi habló a la señorita Hart y ésta marcó un número en

el teléfono del pupitre. Wolfe permanecía en pie sin dejar de mirar a su alrededor, a las ventanas., a los cuadros, a las telefonistas y a mí. Cuando la señorita Hart le dijo que Helen Weltz estaba al aparato, Wolfe se dirigió hacia el teléfono que le alargaba la señorita Hart.

—¿La señorita Weltz? Soy Nero Wolfe, y tal como le habrá dicho la señorita Hart, estoy indagando algunos puntos oscuros relacionados con el asesinato de Marie Willis; me gustaría hablar con usted personalmente. ¿Cuándo piensa usted regresar a la ciudad...? ¿No...? Lo siento mucho, pero yo no puedo esperar hasta mañana...

¡No. esto es otra cuestión...! De acuerdo: ¿usted estará ahí toda la tarde...? Muy bien, lo haré.

Colgó y rogó a la señorita Hart que me dijese a mí lo que era necesario hacer para llegar a Westchester. Eran tan complicadas las explicaciones para llegar a Katonah, que decidí sacar mi libro de notas. Anoté también debajo el número de teléfono; Wolfe, saludando secamente, se había ya marchado. Así, pues, después de dar las gracias a las señoritas salí yo también, alcanzando a Nero a media escalera. Inmediatamente le pregunté:

—¡Qué! ¿Cogemos un taxi para ir a Katonah?

—No —me respondió bruscamente  
—; vámonos al garaje a sacar el coche.

# CAPÍTULO III

Tras llegar al garaje en la Calle 36, junto a la Décima Avenida y mientras esperábamos a que Pete nos bajara el coche, Wolfe pronunció unas palabras que yo hacía rato esperaba.

—Podríamos llegarnos a casa en cuatro minutos.

No me extrañó nada.

—Sí, señor —le dije—; sabía que acabaríamos yendo a casa. Para ir a Katonah debemos conducir bastante, para conducir es preciso que tengamos el coche, para tener el coche hemos

tenido que llegar hasta aquí, desde aquí estamos a un paso de casa y en casa podemos comer tranquilamente. Una vez en casa, con la puerta bien cerrada y dispuestos a no contestar al teléfono, podemos volver a considerar la conveniencia de ir hasta Westchester. Usted le dijo que iríamos hasta Katonah, ¿no es verdad?

—No, se me ocurrió ahora mientras veníamos.

—Tengo una idea —le dije dirigiéndome hacia la puerta de la oficina del garaje—. Aquí hay un teléfono, lo primero que debería usted hacer es llamar a Fritz o, ¿quiere que lo haga yo?

—Yo le llamaré —replicó entrando en la oficina.

Se sentó junto a una mesa y marcó el número de su casa. Un minuto después estaba diciéndole a Fritz dónde se encontraba, haciéndole unas cuantas preguntas y recibiendo respuestas que parecían no gustarle demasiado. Wolfe le ordenó que dijese a todos los que llamasen por teléfono que no sabía nada de nosotros y que no tenía ni la más remota idea del lugar en donde podíamos encontrarnos: le dijo también que no nos esperara hasta que llegásemos. Se despidió y colgó. Miró hacia el teléfono y luego volvió su vista hacia mí.

—Han llamado cuatro veces; una, el oficial de la Audiencia, otra desde la oficina del procurador del distrito y dos el inspector Cramer.

—¡Vaya! —exclamé gesticulando—. Me imaginaba las llamadas de la Audiencia y del procurador, pero no hubiese pensado que Cramer se interesase por nosotros, aunque en verdad, el pobre debe de estar rompiéndose la cabeza pensando qué gestiones podemos estar ahora realizando por nuestra cuenta tras haber abandonado la Audiencia inesperadamente. Vámonos a casa, que va a ser interesante saber si tiene allí apostados uno, dos o tres espías

esperándonos. No hay duda que querrá pescarnos y a lo mejor no llegamos ni a comer a casa y lo hacemos entre rejas.

—¡Cállese ya de una vez!

—Sí, señor. Aquí está ya el coche.

En efecto, el oscuro sedan apareció en la rampa y se detuvo exactamente a un metro de donde nosotros nos encontrábamos. Pete descendió y ayudó a Wolfe a penetrar en el coche, yo me senté al volante y un momento después nos encontrábamos en plena calle.

A aquella hora del día la circulación en la autopista del Oeste no era demasiado densa y lo mismo hacia el norte del puente Henry sobre el Hudson y a lo largo de la avenida del Parque

Sawmill River. Me hubiera gustado hacer descansar mi cerebro unos minutos pensando en otras cosas. Pero ¿en qué iba a pensar? No podía ni un instante dejar de hacerme conjeturas acerca de las causas que rodeaban aquel homicidio. ¿Habíamos adelantado algo? ¿Era verdaderamente interesante ir a Katonah? En el fondo seguía creyendo que Wolfe había tomado una de sus descabelladas decisiones al abandonar la Audiencia tan sólo porque la señora de detrás usaba un perfume demasiado penetrante.

No, decididamente no podíamos por el momento volver a casa, y esto era también la opinión de Wolfe, que

momentos antes me había ordenado enfocar la dirección de Katonah.

De pronto, dejé de divagar; por el espejito retrovisor acababa de descubrir un coche patrulla que rodaba detrás de nosotros acercándose cada vez más. Encogí mis rodillas y me agaché escondiendo disimuladamente mi cara con el brazo. El coche patrulla no tardó en colocarse a nuestro lado y adelantarnos rápidamente. Respiré algo más tranquilo y volví a mi posición normal. Hubiera sido ir demasiado lejos si el inspector hubiese cursado una orden general de alarma, pues los caminos de Cramer para echar el guante a Wolfe eran de lo más fantásticos.

Aflojé la marcha al llegar a la plaza Hawthorne y le dije a Wolfe que eran las dos menos cuarto y que tenía un hambre terrible. Él me dijo que estábamos igual y que parásemos a comprar algo. Aparqué junto a la acera y entramos en un establecimiento en donde nos tomamos unas pastas con queso y bebimos unas cervezas.

Las agujas del reloj señalaban exactamente las 2,38 cuando, tras seguir las indicaciones de Alicia Hart, nos encontramos circulando por un cuidado camino rodeado de casitas y jardines cubiertos de césped.

Segundos más tarde nos detuvimos frente a la casa que andábamos

buscando. Frente a ella aparecía aparcado un «Jaguar» amarillo. Cuando me disponía a subir los escalones de la entrada, aparecieron dos personas por la esquina del jardín. Sin duda una era la que nos había llevado hasta allí. Ojos azules y cabellos del mismo color del «Jaguar».

Se acercó a nosotros sonriente.

—¿Usted es Archie Goodwin? Soy Helen Weltz. ¿Señor Wolfe? Encantada, éste es Guy Unger. Pasen por aquí, que nos sentaremos a la sombra de ese viejo manzano.

Recordaba perfectamente su fotografía en el periódico dos meses antes y recordaba también la foto que

habíamos encontrado en la colección de Bella Velardi. Guy Unger no me había parecido nunca un asesino. Era un tipo demasiado mediocre, con ojos muertos, muy pequeños, enmarcados en una cara excesivamente redonda y grande. Su boca era tan grande que no me hubiese extrañado saber que podía meterse en ella su puño cerrado.

El manzano era un enorme árbol de la época colonial, a cuya sombra podía acogerse un buen número de visitantes a la vez. Wolfe apresuró su paso hasta sentarse en la silla que él consideró más cómoda y resistente. Helen Weltz nos preguntó qué queríamos beber, pero Wolfe, tras darle las gracias, declinó la

invitación. No quería perder tiempo y esperó sólo a que ella se sentara en otra silla frente a él. La muchacha lo hizo así, sonrió amistosamente, incluyéndome a mí en su sonrisa y tras mirarnos con sus vivaces ojos azules comenzó a hablar:

—Me ha extrañado su llamada telefónica y lamentaría que hubiesen venido hasta aquí inútilmente. No voy a poder contarles nada de lo ocurrido a la pobre Marie. Realmente me va a ser imposible porque no sé absolutamente nada. Yo estaba fuera, en el estuario, navegando. ¿No se lo han dicho las otras?

Wolfe gruñó:

—Estos detalles no son los que he

venido a saber, todo eso ya se lo habrá preguntado la policía y de poca utilidad nos serían. Mi interés ahora se centra en otros puntos, hay que ir más lejos, me he despertado un poco tarde, pero, espero que no demasiado. Empecemos, por ejemplo, preguntando, ¿cuándo ha llegado el señor Unger?

—¿Por qué? Él acaba...

—¡Alto ahí! ¡Un momento! — interrumpió con voz de barítono Unger levantándose del asiento que había ocupado momentos antes—. A mí olvídeme. Yo sólo estoy de espectador y eso es todo. No puedo ser un espectador imparcial porque estoy a favor de la señorita Weltz y de completo acuerdo

con ella.

Wolfe no se dignó ni siquiera mirarle y se dirigió a la mujer:

—Le explicaré, señorita Weltz, por qué acabo de preguntarle cuándo llegó el señor Unger. Voy a explicárselo todo. Cuando he estado en el despacho de la calle Sesenta y Nueve hablando con las señoritas Hart y Velardi, me ha dado la impresión de que ambas tenían miedo de algo y fingían. Estoy francamente intrigado y presumo que usted puede aclararme todo esto. Supongo que después de salir de la oficina, la señorita Hart ha vuelto a llamarla a usted dándole cuenta de la situación y discutiendo la forma de tratarme. Me

imagino también que bien ella o bien usted, telefonearon luego al señor Unger y éste se ha apresurado para llegar aquí antes de hacerlo yo. Naturalmente encuentro todo esto muy significativo y me hace considerar que...

Unger le cortó:

—Olvide todo esto, amigo, está usted completamente equivocado. Me he enterado de que usted venía hace exactamente diez minutos cuando llegué aquí. La señorita Weltz me invitó ayer para que viniese esta tarde. Tomé un tren para Katonah y luego un taxi.

Wolfe le miró con desconfianza:

—No sé si puedo creerle, pero de todas maneras me parece que

probablemente acabaré antes mi entrevista con la señorita Weltz si usted se retira. Sólo serán veinte minutos, ¿sabe?

—Creo que será mejor estar presente.

—Bien: si es así, le ruego no moleste demasiado con sus interrupciones.

—¡Guy, anda y deja que me pregunte! —exclamó la señorita Weltz dirigiéndose a Unger y luego dirigiéndose a Wolfe prosiguió—: Lo que ocurre es que su presencia aquí le ha puesto de mal humor. Cuando ha llegado y le he dicho que usted venía, me hubiese gustado que le hubieran

oído. Le conoce demasiado para no temerle, es usted demasiado famoso por sus investigaciones y tengo que confesarle que hasta yo estoy asustada.

—¿Asustada? ¿De qué?

—Usted me da miedo. Creo que cualquier persona sensata se asustaría ante el panorama de una entrevista con usted.

—Pero no me imagino que le dé tanto miedo como para obligarla a pedir ayuda. Además su aspecto no demuestra ese miedo que usted dice.

—Esto es otra cuestión, usted es una gran personalidad y me alegra tener la oportunidad de enfrentarme al gran Nero Wolfe dejando aparte los demás

prejuicios.

Al decir esto la muchacha rió abiertamente y dirigiéndose a la mesa se sirvió un vaso de whisky. Bebió un trago y repitió riendo:

—Eso es, tengo ganas de enfrentarme al gran Nero Wolfe.

Guy Unger seguía mirándola con el ceño fruncido.

—Pues bien —dijo Wolfe dispuesto a comenzar su trabajo—, desde luego me imagino que la señorita Hart le diría que rechazo completamente la hipótesis de que Leonard Ashe sea el asesino de Marie Willis y me he propuesto demostrarlo. Es demasiado tarde para intentar repasar paso a paso la encuesta

llevada a cabo durante la lista de la casa, además creo que tanto la policía del distrito por una parte como el abogado del señor Ashe por la otra, habrán hecho todas las investigaciones del caso y sus declaraciones habrán sido auténticas. Por lo tanto, me es imposible demostrar la inocencia del señor Ashe y de momento debo contentarme con abrigar dentro de mí una duda completamente razonable de su culpabilidad. ¿Puede usted ayudarme a fundamentar esa duda?

—Desde luego que no: ¿cómo podría hacerlo?

—Creo que puede existir la forma de que usted me ayude, al fin y al cabo

también usted está al frente de un cuadro de distribución y se encontraba normalmente junto a Marie Willis.

Helen Weltz se acercó otra vez el vaso a los labios.

—Perdone —le dijo—, pero creo que está usted de broma, señor Wolfe. La policía del distrito nos ha preguntado todo lo que tenía que preguntar, les hemos contado todo lo que sabíamos acerca de las personas con las que Marie Willis tenía alguna relación en el intento de ayudar a encontrar a alguien que estuviera detrás de la figura de Ashe, pero la figura de Ashe sigue en solitario en la lista de posibles culpables del asesinato de Marie y

ahora lo único que desean en el proceso es probar esa culpabilidad de la que todo el mundo está ya seguro. Por eso, señor Wolfe, creo que usted está de broma queriendo, en veinte minutos, destruir todo lo demostrado en varias semanas de competentes investigaciones.

Terminó de hablar y volvió a beber. Guy Unger se le acercó intentando quitarle el vaso de las manos.

—¡Ya está bien, Helen!

Ella le miró de arriba abajo, vació el vaso y se sentó en su silla como fatigada de haber hablado demasiado.

Wolfe la miró compasivamente.

—No —dijo—, no, señorita Weltz;

yo no quiero destruir nada, lo único que deseo es que usted me cuente algo que estoy seguro no contó a las demás personas que hasta ahora la han interrogado. Cuando acaba de cometerse un asesinato todos se ponen muy nerviosos y es muy humano que voluntaria o involuntariamente se omita algo en las declaraciones. Por eso yo, señorita Wetz, lo único que quiero es que me cuente lo que no contó todavía a nadie. Si usted cree que mi procedimiento es inconveniente, dígame lo ahora y me las compondré para...

—Yo no tengo nada que decirle.

—Eso no tiene sentido, y creo que

siguiendo por este camino va a llegar a la histeria.

—¡Tonterías! ¡No tiene usted razón!

—¡Cálmate. Helen! —exclamó Guy Unger fijando sus diminutos ojos en Wolfe—. Lo que está usted buscando si no he comprendido mal es una salida para Leonard Ashe, ¿no es verdad?

—Sí.

—¿Y eso es todo?

—Sí.

—¿Querría usted decirme si el abogado de Ashe ha alquilado sus servicios?

—No, en absoluto.

—¿Quién, pues?

—Nadie. He abandonado mi papel

de testigo en el proceso porque de pronto ha nacido en mí la duda sobre la culpabilidad de Ashe.

—¿Por qué duda de su culpabilidad?

Wolfe dio unos pasos alejándose de Unger y retrocediendo de nuevo respondió:

—Adivinación, séptimo sentido tal vez.

—Ah, ya comprendo, castillos en el aire; pues bien, Wolfe, ya que usted no viene de parte de nadie sino por su propia cuenta, creo que voy a decidirme a ayudarle. Al fin y al cabo lo que fuera a preguntar a la señorita Weltz también yo lo puedo responder, si se lo hemos contado a la policía, ¿por qué no

podemos contárselo a usted? Primero de todo, ¿sospecha usted de mí?

—Sí.

—De acuerdo, le contaré, pues, la historia. Conocí a Marie Willis hace algo más de un año. En los primeros tiempos sólo nos veíamos una vez al mes aproximadamente, luego con más frecuencia; íbamos de cuando en cuando a cenar y al teatro. Nunca estuvimos prometidos, nada de eso. La última semana de junio, exactamente quince días antes de su muerte, hizo sus vacaciones y nos fuimos con otra pareja a hacer un pequeño crucero a bordo de mi yate, Hudson arriba, hacia el lago Champlain. ¿Le interesa saber el nombre

de los otros dos?

—No.

—Bien, esta semana que duró el crucero es la que me hizo entrar en la lista de protagonistas que rodearon el cuadro del crimen. No ocurrió nada extraordinario en aquel crucero, fuimos a pasar unos días de vacación y todo se desarrolló normalmente, pero cuando dos semanas después ella fue asesinada la policía creyó que yo podía tener algo que ver en el asunto. No obstante, no había nada en mis relaciones con Marie que hiciese posible comprender que yo podía tener algún interés en matarla. ¿Desea preguntar algo?

—No: siga, por favor.

—Además la policía se dio pronto cuenta de que yo no podía ser el asesino, porque materialmente no podía haberla matado el quince de julio. Era un jueves, y a las cinco de la tarde había salido yo con mi yate hacia el Harlem River y el estuario. A las diez de la noche estaba durmiendo junto a un embarcadero, cerca de New Haven. Mi amigo, Ralph Ingalls, estaba conmigo y con su mujer: también estaba la señorita Helen Weltz. ¿Alguna pregunta?

—Sí, una o dos. ¿Cuál es su ocupación?

—Pero, ¡por Dios!, se ve que usted no lee la Prensa.

—Sí, lo leí; pero hace ya varias

semanas y lo recuerdo vagamente; creo que es usted representante de comercio.

—Bueno, aproximadamente soy esto; agente de ventas de diferentes casas.

—¿Tiene usted alguna oficina?

—No necesito tenerla.

—¿Ha tenido algún contacto comercial con la «Bagby Answers, Incorporated»?

Unger movió la cabeza.

—Creo que ésta es una pregunta capciosa. ¿Por qué me la hace?

—Porque sospecho que la respuesta debe ser afirmativa.

—Pero, ¿por qué? ¿Sólo por curiosidad!

—Mire, señor Unger —y Wolfe le

señaló con el índice al hablar—, ya que usted parece conocerme bastante, seguro que sabrá que no me gusta nada meterme en un coche y lanzarme por las carreteras aunque el señor Goodwin esté al volante. Pues bien, si sabe esto, supongo que le será fácil imaginarse que no he hecho esta excursión al buen tuntún. Si usted cree que la pregunta que le he hecho es embarazosa, no la responda.

—No es embarazosa —dijo Unger dirigiéndose hacia la mesa.

Se sirvió un dedo de whisky añadiéndole dos dedos de soda, y volviéndose hacia Wolfe habló en tono distinto.

—Señor Nero Wolfe, creo que este asunto es una necesidad, pero usted ha venido aquí dispuesto a saber algo. Dios sabe qué, y creo preferible hablar con usted a solas. ¿Vamos a darnos una vuelta? Wolfe levantó la cabeza.

—No, no deseo hablar caminando; si es que usted quiere decirme algo sin testigos, la señorita Weltz y el señor Goodwin pueden irse. ¿Archie?

Me levanté de la silla mientras Helen Weltz, mirando a Unger primero y luego a mí, hacía lo propio.

—Vámonos a ver sus flores, señorita —sugerí yo—: el señor Unger nos llamará cuando crea conveniente.

Helen me siguió, y pasando bajo las

frondosas ramas del manzano y dos o tres árboles más, nos alejamos adentrándonos en un pequeño prado cuya hierba nos llegaba hasta las rodillas. Aquellas casas estaban rodeadas de jardines de enormes dimensiones por los cuales se podía pasear en la misma dirección durante buen número de minutos. Me detuve para mirar unas flores e intentando a la vez iniciar la conversación, comenté:

—Crisantemos dorados; pero, y ésas azules, ¿Qué flores son?

No obtuve respuesta. Unos pasos más y volví a intentar.

—Creo que no hace falta alejarnos más. A menos que use un megáfono no

me parece posible que de ningún modo podamos oírle.

No tuve éxito y levantando la voz exclamé:

—¡Bien! No me extraña que él quiera hablar a solas con el señor Wolfe: he aprendido mucho durante mi vida y sé que las reacciones de los que se hallan envueltos en un asesinato son a veces de lo más extrañas.

Por fin mis palabras la hicieron reaccionar.

—¡Él no está envuelto en ningún asesinato! ¡Estoy segura!

—Yo no me atrevería a afirmarlo así.

Como si las fuerzas la abandonaran

se dejó caer sobre la hierba, cruzó sus piernas y cubriéndose el rostro con las manos comenzó a sollozar. Permanecí de pie junto a ella observándola atentamente y esperando que de un momento a otro fuera a decirme algo importante. No fue así y tras esperar medio minuto, acabé por agacharme y asiéndola fuertemente por sus desnudos hombros, le hablé con autoridad:

—Ésta no es manera de tomárselo. No llore, que si Unger la oye creerá que es por mi culpa y acabará su charla con Wolfe.

Murmuró algo que sus manos no me permitieron comprender, aunque me pareció que había exclamado: «Dios me

ampare.» Los sollozos se convirtieron en escalofríos y volvió a hablar, esta vez ya en forma más inteligible:

—Me hace usted daño.

Solté sus hombros y ella descubrió su rostro triste, pero ya sin lágrimas.

—¡Dios mío! —volvió a exclamar tristemente—. Hubiese sido maravilloso que usted, rodeando con sus brazos mi talle, me hubiese dicho: «Pequeña, estoy dispuesto a ayudarle; me encargaré de todo.» Sí, eso hubiera sido maravilloso.

—Si usted quiere puedo intentarlo —le ofrecí—; no me va a costar demasiado enlazar su talle con mis brazos y por lo demás usted dirá de qué debo encargarme.

La muchacha no pareció hacer caso de mis palabras y siguió quejándose.

—Pero, ¡Dios mío, qué necia soy! ¿Ha visto usted mi coche, mi «Jaguar»?

—Sí, ya lo creo, es fantástico.

—Pues voy a quemarlo. ¿Cómo se hace para prender fuego a un coche?

—Creo que lo mejor es rociarlo con gasolina, aplicarle luego una cerilla y salir corriendo. Pero tenga cuidado con lo que luego cuente a la Compañía de Seguros, no sea que la jugada le salga desafortunada.

Siguió, sin preocuparse de mis palabras:

—Y no es solamente el coche, querría quemar muchas otras cosas,

hombres incluso. ¿Por qué no podría tener un hombre que fuese un amigo de verdad? Podría haberlos tenido a docenas y sin embargo nunca lo encontré. Por eso, ahora que estoy aquí, sola junto a usted, un hombre al que nunca hasta hoy había visto, hubiera sido delicioso que usted se hubiese brindado a ayudarme.

—Puedo hacerlo —afirmé amable pero sin demasiado calor—, ¿por qué no? No creo que fuera usted una mala adquisición. ¿Cuáles serían mis responsabilidades?

Levantó la cabeza y miró hacia el fondo del jardín. Junto a la casa seguían Wolfe y Unger sentados bajo la sombra

del manzano hablando en voz baja, pues a pesar de que mi oído es muy fino, no logré captar ni el más leve rumor.

Se volvió hacia mí para preguntar:

—¿Qué es lo que intenta el señor Wolfe? ¿Quiere encontrar culpa en nosotros?

—No es exactamente eso, él busca algo que espera encontrar. Si tarda en dar con ello, luchará hasta el fin, pero puede estar segura de que logrará lo que se propone. Si usted guarda algo dentro de su mente, cuanto antes me lo diga, mejor. Sería una lástima que también usted saliese perjudicada en este asunto.

—¡Ya me ha perjudicado!

—Sí, pero puede perjudicarle mucho

más.

—Estoy segura de ello —pareció decirse a sí misma al tiempo que me tendía una florecilla azul que acababa de arrancar—. Me ha preguntado usted antes qué flores eran éstas. Son margaritas silvestres del color de mis ojos.

Arrancó otra florecilla y mirándome fijamente como intentando mostrar el color de sus ojos, dijo:

—Ya he decidido lo que voy a hacer. ¿Qué hora es?

—Las tres y cuarto.

—Vamos a ver, cuatro horas, cinco... ¿Dónde puedo ver a Nero Wolfe en la ciudad hacia las nueve de la noche?

Instintivamente iba a responder que es su oficina, pero recordé que era muy posible que no pudiese estar todavía en un sitio tan conocido como su oficina tras la súbita desaparición de aquella mañana.

—Su teléfono y dirección están en la Guía —le dije—; pero esta noche no estará allí. Llame usted y pregunte por Fritz. Dígale que es usted la Reina de Corazones y le dirá dónde puede usted encontrar a Wolfe. Tenga en cuenta que si no le dice que es la Reina de Corazones él no le dirá dónde está Wolfe, porque Nero no desea que le molesten cuando está en casa. ¿Pero, por qué no gana usted tiempo y se pone al

habla ahora mismo con él? Es evidente que quiere usted decirle algo; pues bien, ahí le tiene: ¡vaya y dígaselo!

Movió su cabeza negando:

—No, no puedo; aquí no me atrevo.

—¿A causa de Unger?

—Sí.

—Si él ha solicitado hablar a solas con el señor Wolfe, ¿por qué no puede usted hacer lo propio?

—Ya le he dicho que no me atrevo.

—Bien, váyase y vuelva cuando Unger se haya ido.

—No va a marcharse, va a venir hasta la ciudad conmigo.

—Bueno, pues otra solución. Cuénteme a mí lo que quiere contarle a

Wolfe. Le garantizo que repetiré palabra por palabra al señor Wolfe todo lo que usted me haga saber. Puede confiar en mi memoria. Por la noche, usted le llama por teléfono y ya él habrá tenido tiempo de...

Desde el fondo del jardín me interrumpió la voz de Unger gritando:

—¡Helen, Helen!

Tendí mi mano a la muchacha ayudándola a levantarse y mientras atravesábamos la pequeña pradera me dijo todavía en voz baja:

—Le advierto que si se le ocurre a usted decírselo negará la autenticidad de sus palabras en todo momento. ¿Piensa usted decirlo?

—A Wolfe, sí. A Unger, no.

—Si lo hace, ya sabe cuál será mi reacción.

—Bien, no lo haré.

Nos aproximábamos a la casa. Wolfe y Unger habían ya abandonado sus sillas y aunque no parecía que acabasen de firmar un pacto de no agresión, tampoco era presumible que la charla hubiese resultado demasiado violenta.

—Bueno, Archie, esto ya está: vámonos.

Nadie añadió nada y la atmósfera entonces se hizo más tensa.

Subimos al coche y para no rozar el «Jaguar» abarcado decidí dar un rodeo por detrás de la casa hasta encontrar

carretera limpia.

Habíamos recorrido media milla cuando decidí hablar a mi silencioso pasajero.

—Tengo algo que comunicarle.

—Deje ahora eso —replicó en voz más alta de lo normal—; no quiero hablar de este asunto ahora.

Algo más lejos pasamos junto a un parador de carretera, frené la marcha y aparqué.

Me volví hacia Wolfe que iba sentado detrás para decirle:

—Compraremos algo para entretener el estómago.

Mientras lo hacíamos le conté lo de Helen Wertz, comenzó a escucharme

frunciendo el ceño y acabó con el ceño todavía fruncido.

—Creo que el pánico la tiene aprisionada, mas espero que deje de estar asustada pronto. Ahora bien, usted que es un excelente conocedor de las mujeres, principalmente jóvenes, ¿qué opina? ¿Es una asesina que busca desesperadamente la rendija por donde poderse escabullir? Si no lo es, ¿qué es lo que en realidad es Helen Weltz?

—No lo sé, creo que ciertamente está intentando escabullirse, pero no puedo afirmar cuál sea su papel en todo esto. ¿Qué quería decirle Unger en privado? ¿También él busca su escapatoria?

—Sí, y me ha ofrecido dinero, primero cinco mil dólares y luego diez mil.

—¿A cambio de qué?

—No se ha definido con demasiada claridad. Según parece sería a cambio de ciertos servicios de investigación. Creo que ese hombre tiene muy poco talento.

—Y usted, ¿qué le ha dicho?

—Que me ofendía y que despreciaba su intento de soborno.

Mis cejas se arquearon.

—Creo que si tiene miedo, su miedo está fundado en serias razones. ¿Y por qué no nos lo llevábamos ya ahora? Podría aclarárnoslo todo.

—Eso hubiera llevado tiempo y no tengo ni un minuto que perder. Le he dicho que mañana por la mañana pienso aparecer de nuevo en la sala de Audiencias.

—¿Mañana? —pregunté cada vez más admirado—. Pero por amor de Dios, ¿con qué?

—Por lo menos con la satisfacción de haberme divertido, pero según lo que me cuente la señorita, con algo mejor.

—Bien —dije finalmente—, ha tenido un día muy laborioso: pronto oscurecerá y será la hora de cenar. Además, es necesario que esté despejado para afrontar el día que mañana le espera y si está decidido a

presentarse en la Audiencia, no hay nada que le impida ir esta noche a casa. Creo que podemos estar allí a las cinco.

De nuevo en el coche, acababa de dar la vuelta a la llave del contacto cuando la voz de Wolfe sonó fuerte desde el asiento trasero.

—No podemos ir a casa. El inspector Cramer tendrá apostado un hombre en la acera, probablemente previsto de algún documento que autorice nuestra detención y no puedo exponerme a ser cazado. Podríamos dirigirnos a algún hotel, pero tampoco allí les sería demasiado difícil pescarnos y precisamente ahora que la señorita Weltz quiere decirme algo, no

me interesa. ¿No tiene Saúl un apartamento bien situado?

—Sí, en efecto: pero sólo tiene una cama. Lily Rowan tiene muchas habitaciones en su ático y creo que usted sería muy bien recibido allí. ¿Recuerda cuando se divertía vertiendo sus perfumes sobre usted?

—Sí —respondió Wolfe fríamente—; pero creo que de algún modo podremos arreglarnos en casa de Saúl. Además hemos de hacer muchas cosas y tal vez le necesitemos. Debemos telefonarle en seguida. Vamos hacia la ciudad.

Puse en marcha definitivamente el coche y arrancamos a todo gas.



# CAPÍTULO IV

Puede decirse que desde que yo tengo uso de razón, el inspector Cramer del Departamento de Homicidios se ha pasado la vida soñando echar el guante a Wolfe. Y también puede decirse que aquella noche estuvo muy cerca de lograrlo. Probablemente lo hubiera hecho de no decidirme yo a gastar una moneda más de diez centavos.

Había telefonado a Saúl Panzer y también a Fritz desde un teléfono público situado en unos almacenes de la Washington Heights, y me decidí a

llamar finalmente a las oficinas de la Gazette en donde afortunadamente encontré a Lon Cohen. En cuanto oyó mi voz lo primero que hizo fue preguntarme sorprendido:

—¡Vaya, vaya! ¿Me llama desde su celda?

—No, ¡qué va! Si le dijera desde donde le llamo sería usted un cómplice. ¿Se ha notado nuestra ausencia?

—¡Ya lo creo! La ciudad está en ascuas. El abandono de la Audiencia a cargo de ustedes ha levantado un estruendo tremendo. En nuestras máquinas se está tirando ahora una edición especial con una magnífica foto de Wolfe, encontrada en nuestro archivo,

pero necesitaríamos también una foto de usted. ¿No podría acercarse a nuestro estudio? Sólo serían cinco minutos.

—Me gustaría mucho, pero quiero preguntarle algo: ¿se ha dictado alguna orden de arresto contra nosotros?

—En efecto, ése ha sido el primer documento que ha firmado el juez Corbett después del almuerzo. Mire, Archie, lo que puede hacer es enviarme alguien que...

Le di las gracias por su información y colgué. Si no me hubiese decidido a gastar aquellos diez centavos llamando a Lon Cohen no hubiera sabido que existía orden de arresto contra nosotros y no hubiésemos adoptado precauciones

especiales a medida que nos acercábamos al apartamento de Saúl en la calle Treinta y Ocho, Este; probablemente hubiéramos caído en manos del sargento Purley Stebbins y la cuestión de dónde íbamos a pasar la noche hubiese quedado definitivamente resuelta.

Eran cerca de las ocho y estábamos en un pequeño restaurante de la Calle 170 en donde un tal Dixie acababa de prepararnos unos excelentes filetes de carne. Yo había hecho ya una docena de llamadas telefónicas intentando encontrar a Jimmy Donovan, abogado de Leonard Ashe. No me hubiera sido difícil localizarlo si le hubiese podido

dejar un número de teléfono, indicándole al mismo tiempo que Nero Wolfe tenía algo urgente que comunicarle. Pero la complicación estaba en que existía una orden de arresto y ante todo un abogado es un defensor de la Ley que no puede ponerse al lado de quien la ha burlado impunemente. Por lo tanto, cuando minutos después, arrastrados por la circulación, nos adentrábamos en la Calle 38, Este, y se me ocurrió mirar a Wolfe por el retrovisor, me di perfecta cuenta que la escena no era precisamente alegre, sino todo lo contrario.

Mi programa inmediato era dejarle a

la puerta de la casa de Saúl, entre Lexington y la Tercera Avenida, buscar un sitio en donde aparcar y reunirme con él en el piso de Saúl. Pero apenas comenzaba a enfilear hacia la acera para dejar a Wolfe, cuando a la derecha descubrí una figura que me era familiar y que sin duda nos haría cambiar de plan. Afortunadamente la luz del día había comenzado a retirarse y en la Tercera Avenida todos los colores se habían fundido en un gris incierto. Fui reduciendo la marcha del coche y tras encontrar un lugar en donde no entorpecer el tráfico, me detuve y volví el rostro hacia Wolfe.

—Me he parado porque creo que no

vamos a poder ver a Saúl.

—¿Usted cree? ¿Qué pasa ahora?

—Muy sencillo, el sargento Purley Stebbins está, de guardia en la mismísima entrada. Gracias a Dios, creo que la oscuridad le habrá impedido vernos. ¿Qué hacemos ahora?

—Pero, ¿en la entrada de casa de Saúl?

—Sí, sí.

Se hizo un corto silencio. Wolfe me miró para decirme agriamente:

—Le divierte esto, ¿verdad?

Moví la cabeza:

—Sí, estoy dándome a todos los diablos; soy un fugitivo de la Justicia cuando en realidad podría estar

presenciando un partido en el Polo Grounds. Bueno, ¿a dónde vamos?

—¿Qué sé yo! Usted habló a Saúl de la señorita Weltz, ¿no es así?

—Sí, señor. Le dije a Fritz que si la Reina de Corazones telefoneaba era para que le diese el número de Saúl, y a Saúl le dije que usted preferiría estar una hora con ella a estarse esa misma hora contemplando una orquídea azul. Ya conoce usted a Saúl.

Nuevo silencio y nuevo gruñido de Wolfe:

—¿Sabe usted la dirección de la casa del señor Donovan?

—Sí; calle Setenta y Siete, Este.

—¿Cuánto tardaríamos en llegar?

—Diez minutos.

—¡Vámonos pues!

—De acuerdo, allá vamos.

Tardé sólo nueve minutos y logré encontrar sitio para aparcar, exactamente junto al bloque situado entre Madison y Park. Cuando nos dirigíamos hacia el número que buscábamos me pareció que un policía que por allí paseaba nos miraba de forma excesivamente inquisitiva. Creo que fueron mis nervios, pues posiblemente no hubo nada anormal en aquella mirada. Llegamos a la entrada en un momento.

—¿Vive aquí Donovan? —pregunté al portero—. Nos está esperando.

—Sí, señores. Vive aquí, pero tengo órdenes concretas. ¿Quieren darme sus nombres?

—Soy el juez Wolfe —le dijo el propio Wolfe.

—Un momento, por favor.

Desapareció detrás de una puerta y al cabo de algo más de cinco minutos, volvió a salir, con unos papeles en la mano. Sin preguntarnos nada más nos acompañó hasta el ascensor.

—Doce, B —nos dijo despidiéndose.

Una vez llegados al piso doce no fue necesario buscar el apartamento B, pues la puerta que descubrimos al fondo de un pasillo estaba abierta de par en par y

en el umbral aparecía el mismo Jimmy Donovan. Sin corbata y en mangas de camisa, mejor parecía un portero o conserje que un auténtico campeón de los tribunales. Y todavía más al proferir bruscamente:

—¡Caramba! ¿Es usted? ¿Qué clase de trampa es ésta, «juez» Wolfe?

—No es ninguna trampa —contestó Wolfe cortés pero breve—; quería solamente satisfacer mi curiosidad y deseaba verle.

—Usted no puede hablar conmigo, esto sería algo poco ético legalmente, usted es un testigo citado por el fiscal. Además existe una orden de arresto contra ustedes y puedo ponerla en

práctica.

Efectivamente, estaba en lo cierto. Lo único que tenía que hacer era cerrar la puerta, dejarnos a nosotros dentro, descolgar el teléfono y llamar a la policía. Por eso me impresionó el hecho de que se pusiese la americana y se colocase la corbata.

—Yo no estoy aquí —se apresuró a decir Wolfe— como un testigo del fiscal. No intento discutir mi testimonio con usted. Como usted sabe, su cliente Leonard Ashe, vino un día de julio a buscarme, intentando contratar mis servicios y yo no acepté su oferta. Hay ciertos hechos en relación con lo que él me dijo en aquella ocasión y creo que a

él le gustaría conocerlos y esto es lo que deseo, decírselo a él. Me imagino que sería impropio decírselo a usted, pero estoy seguro de que no lo es contárselo a él, acusado por un asesinato de primer grado.

Donovan pareció meditar sobre las palabras de Wolfe.

—Es absurdo —dijo—. Usted sabe que no puede ver al señor Ashe.

—Puedo verle si usted interviene para arreglarme la entrevista. Por esto estoy aquí. Usted es su consejero y podría lograr que yo hablase con él mañana por la mañana, antes de reanudarse la sesión. Si usted lo desea podría estar presente, aunque supongo

que preferiría lo contrario. Estoy seguro que veinte minutos de charla me serían suficientes.

Donovan miró fijamente a Wolfe.

—Yo no puedo preguntarle qué es lo que usted desea decirle; no, no puedo ni quiero.

Sus ojos se entornaron y prosiguió:

—No puedo arreglar ninguna entrevista, me es completamente imposible. Ni siquiera debería haber hablado con usted. Mi deber sería detenerlos, no lo he hecho pero contaré esto al juez Corbett mañana por la mañana. Conque señores, buenas noches.

Abrió la puerta que a nuestra llegada

había entornado y nos invitó a salir. Nada añadió Wolfe y sin cruzarnos ni una sola palabra, llegamos al ascensor, descendimos hasta la planta, alcanzamos la calle y volvimos al coche.

—Telefonee a Saúl —fue la primera orden de Wolfe.

—De acuerdo —respondí—; el hecho de que Donovan piense mañana contar todo esto al juez Corbett hace creer que no llamará ahora a la policía, pero por si acaso cambia de opinión será mejor llamar por teléfono unas cuantas manzanas más adelante.

—Muy bien, ¿conoce la dirección del apartamento de la señora Ashe?

—Sí, está en la calle Setenta y Tres.

—Vaya en esa dirección, tengo que verla y será mejor que usted la llame ahora.

—¿Ahora mismo?

—Sí.

—Creo que va a ser un poco forzado y fuera de lugar. No creo que esa señora esté en condiciones de recibir la visita de dos detectives a los que no conoce. ¿Puedo convertirme, por lo menos, en el «juez Goodwin»?

—No, seremos nosotros mismos.

Nos dirigíamos ciudad abajo, siguiendo la Park y hacia la derecha por la Calle 74 y Tercera Avenida, y yo iba pensando que cada vez nos acercábamos más a la famosa Robina Keane, y

pensando también que éramos una pareja de ilusos detectives incapaces de salir del lío en el que nos habíamos metido. Detuve el coche y encontré una tienda desde la que podía llamar por teléfono.

—Mi primera llamada fue para Saúl Panzer. No se sabía nada de la Reina de Corazones, aunque en verdad ella había dicho que llamaría hacia las nueve y sólo eran las ocho cuarenta. El sargento Stebbins había estado allí, pero se había ido. Dijo que su presencia allí se debía a la desaparición de Nero Wolfe, testimonio citado en un caso de asesinato y dijo también que había desaparecido su acompañante Archie Goodwin. Sin embargo, no dijo que el

inspector Cramer estaba convencido de que Wolfe habría comunicado con Saúl y éste sabría dónde se encontraban los desaparecidos. Existía una orden de arresto contra Wolfe y Goodwin y el sargento Purley se lo hizo notar así, añadiendo que su obligación era ponerse al lado de la Ley.

Llamé luego a otro número y al contestarme una voz femenina, le dije que deseaba hablar con la señora Ashe.

Me respondió que la señora Ashe estaba descansando y no podía ponerse al teléfono. Le comuniqué que hablaba de parte de Nero Wolfe y que se trataba de algo urgente y de vital importancia; volvió a decirme que era completamente

imposible que la señora Ashe se pusiera al aparato. Pregunté si había oído hablar alguna vez de Nero Wolfe y me respondió que desde luego. Bien, le dije, diga a la señora Ashe que el señor Wolfe debe verla inmediatamente y que estará aquí dentro de cinco minutos. Por teléfono no añadido nada más, esto es todo. Una cosa, piense —recalqué— que la señora Ashe lo lamentará toda la vida si ahora no habla con Nero Wolfe. La voz me dijo entonces que esperase un momento y se alejó. Ya comenzaba a desesperar de que volviese a hablar cuando sonó de nuevo con fuerza para decirme que la señora Ashe recibiría al señor Wolfe. Le recomendé diese

órdenes al servicio acerca de nuestra llegada y tras darle las gracias, colgué dirigiéndome acto seguido hacia el coche.

Al llegar le dije a Wolfe:

—Todo arreglado; la señora Ashe le espera; no se sabe todavía nada de Helen Weltz; Stebbins sólo hizo algunas preguntas tontas y después admitió las respuestas dadas por Saúl.

Bajó del coche y juntos recorrimos la acera en busca de la dirección deseada. Se trataba de una casa elegante, más pequeña pero mucho más elegante que la de Donovan. El portero era una especie de Lawrence Olivier y el ascensorista, su hermano mayor.

Cuando alcanzamos el sexto piso, permaneció rígido junto a la puerta abierta del ascensor hasta que nosotros hubimos pulsado el botón de una de las puertas y tras abrirla penetramos en el interior del apartamento.

La mujer que nos había abierto la puerta no era una especie de Phyllis Jay. Yo había pagado muchas veces 4,40 ó 5,50 dólares por verla desde una butaca lejana y ahora de pronto aquel cuerpo extraordinario se me aparecía frente a mí y gratuitamente. ¡Lástima que aquél no fuese momento más oportuno para aquel tipo de observaciones! A simple vista, podía adivinarse que a pesar de no estar en un escenario, la señorita Jay

seguía haciendo teatro, su papel era ahora el de ayudar a una amiga que lo necesitaba y todo su encanto, que era mucho, estaba puesto a la disposición de aquel fin. Ayudó a Wolfe a colgar el sombrero de la percha y nos acompañó a un gran recibidor que un arco separaba de otra habitación más pequeña.

Robina Keane se hallaba medio recostada sobre un canapé acariciándose los cabellos. Wolfe se detuvo como esperando a que ella dijera algo. La mujer le miró y me miró a mí, meneó la cabeza como intentando despertar de un imaginario sueño, se pasó las manos por los ojos y volvió a mirarnos otra vez.

Phyllis Jay dijo:

—Estaré en el estudio, Robie.

Esperó un momento por si obtenía alguna contestación, dio media vuelta y se alejó. La señora Ashe nos invitó a que cogiendo una silla nos sentáramos. Así lo hicimos.

—Estoy terriblemente fatigada —dijo—, agotada, completamente agotada, no recuerdo nunca haber... ¿pero qué han venido ustedes a decirme? Me imagino que será algo de mi marido.

Su voz era en efecto la de una mujer cansada y Wolfe se apresuró a contestar:

—Seré tan breve como pueda —dijo—, ¿sabe usted que en cierta ocasión tuve una entrevista con su marido? ¿Sabe que me llamó un día del pasado

mes de julio?

—Sí, lo sé. Sé todo lo referente a aquella entrevista... ¿qué más?

—Pues bien, yo he sido llamado a testimoniar en la vista de la causa contra su marido, y cuando esta mañana nos hallábamos en la sala esperando a que me llamaran, he tenido una idea, una idea que he creído merecía ser examinada y que creo puede ayudar a aclarar la difícil situación en la que se ve su marido. Por eso nos. Hemos salido de la sala, mi ayudante el señor Goodwin y yo, y hemos pasado el día entregados a perfeccionar la causa de esta idea.

—¿Qué idea es ésta? —preguntó la

señora Ashe apretándose las sienes.

—Ahora es demasiado tarde para explicarle eso. Durante el día hemos logrado positivos progresos y pensamos lograr muchos más esta noche. Tanto si lo hacemos como si no, tengo información que sería de inestimable valor a su esposo. No le declaro totalmente inocente, pero la presentación de esta información sería suficiente para sembrar en el Jurado tal cantidad de dudas que acabarían sin otro remedio, por declararle inocente... El problema es hacer llegar esta información a manos del Jurado. Para lograr eso, que en principio se presenta como algo imposible, tengo otro pequeño plan,

pero para ponerlo en práctica necesito hablar con su marido.

—¿Con él? ¿Pero cómo puede hacerlo?

—Debo hacerlo; acabo de pedir al señor Donovan, abogado del señor Ashe, que me ayudara y me ha comunicado que le era imposible hacerlo. Hizo una pausa y prosiguió:

—Me imagino que de haber venido antes a verla, usted hubiera insistido en consultarle y ya le he demostrado la inutilidad de eso. Estoy en desacuerdo con el Jurado y sé que existe una orden de arresto contra nosotros; yo estoy citado por el fiscal como testigo y la defensa no haría nada por arreglarme

una entrevista con su cliente. Usted como esposa de un hombre cuya seguridad está en peligro, queda exenta de toda culpabilidad legal. Creo que no es éste el momento de elogiar el atractivo y encanto personal que usted posee, pero me parece que no le iba a costar demasiado lograr una entrevista para mañana por la mañana con su esposo, antes de que la sesión se reanude. No debe mencionarme a la hora de solicitar el permiso, simplemente me lleva usted a su lado y nada más, veinte minutos nos serán suficientes. ¿Por qué no lo intenta?

Pareció dudar.

—No sé... —comenzó a decir—.

¿Seguro que usted sólo quiere hablar con él?

—Sí.

—¿Qué quiere decirle?

—Lo oirá usted mañana cuando estemos frente a su marido. Son conjeturas de muy complicada explicación y si yo ahora se lo contara podría poner en peligro el plan que me he trazado y usted comprenderá que no puedo arriesgarme.

—Pero, por lo menos, dígame acerca de qué va a hablarle. ¿Es algo acerca de mí?

Wolfe se pasó la lengua por los labios y mirando fijamente a su interlocutora, respondió pausadamente:

—Señora, usted está cansada pero yo también, se lo aseguro. Sólo me interesaría saber de usted si creyese que estaba relacionada con el asesinato de Marie Willis y no es ésa mi opinión. Estoy en un momento difícil de mi carrera y mi reputación está en peligro, incluso está en juego mi libertad; me he metido en un juego del que puedo salir bien parado o no y todo ello en el intento de salvar a su esposo y he venido aquí sólo para solicitar su ayuda. Usted no tiene nada que perder, yo en cambio, sí. Desde luego, que puedo estar equivocado, pero ahora no es el momento de pensar en esa posibilidad; tanto si usted ama de verdad a su marido

como si no le ama, sin duda no desea ni le gusta verle envuelto en este asesinato. No puedo asegurarle que tenga la llave de su libertad, pero sí le aseguro que no soy un novato en estos menesteres.

La mujer pareció dudar, y meditó las palabras que iba a emplear.

—No tendría usted que hablar así, dudando del amor que yo pueda sentir por mi esposo. Mi marido no es ningún necio, aunque se haya portado como tal; le quiero, le quiero muchísimo y no deseo verle convicto de asesinato... Tiene usted razón, no tengo nada que perder y sí en cambio, mucho que ganar. Pero si hago esto, debo ante todo decírselo al señor Donovan.

—No, de ninguna manera. No solamente se lo prohibiría sino que le prevendría contra mis planes. Esto es algo que usted debe hacer sola.

Una transformación pareció que se estaba produciendo en el interior de Robina Keane, finalmente se puso en pie y exclamó:

—Creí que estaba cansada de vivir... y en realidad lo estoy, pero me parece que todavía tengo tiempo de realizar algo importante. Voy a ayudarle. Tal como usted ha dicho, tengo mucha relación y creo que puedo conseguir lo que me proponga. Siga usted sus gestiones y dígame dónde podremos encontrarlos.

Wolfe se volvió hacia mí.

—Archie, dele el número de Saúl.

Lo escribí en una hoja de mi cuaderno de notas y sé lo alargué a la mujer.

Wolfe continuó:

—Estaré allí toda la noche, señora Ashe, hasta las nueve de la mañana, mas espero con seguridad que nos veremos antes.

Dudé de si ella había oído aquellas últimas palabras, su pensamiento parecía haber volado lejos y ya no estaba junto a nosotros. Nos acompañó como una autómatas hasta la puerta y cerró de golpe en cuanto hubimos traspasado el umbral.

Nos volvimos al coche y enfocamos la Park Avenue, ciudad abajo. No parecía probable que Purley Stebbins, se hubiese dado el trabajo de volver a llamar a Saúl, pero por si acaso, dos manzanas antes de llegar me detuve para telefonarle. Saúl me respondió diciendo que nada había variado y que seguía solo. Era la primera vez que Wolfe visitaba aquella casa; yo, en cambio, había estado allí muchas veces durante los últimos años. Recordaba sobre todo, las feroces partidas de póquer que habíamos jugado con unos cuantos amigos muchos sábados por la tarde. Cuando abandonamos el ascensor que nos había llevado hasta el quinto

piso, Saúl Panzer estaba ya allí dándonos la bienvenida. No nos detuvimos hasta entrar en su casa; una vez dentro y con la puerta cerrada Wolfe se dedicó a mirar a su alrededor.

Se trataba de una amplísima habitación iluminada por dos lámparas de techo y dos de mesa. Una de las paredes tenía ventanas, otra estaba materialmente forrada por una espesa capa de libros ordenados sobre estanterías y en las otras dos aparecían varios cuadros y algunos estantes con extraños minerales. En el ángulo más lejano se veía un gran piano.

—Una estupenda habitación —dijo Wolfe—, delicioso ambiente. Le

felicito.

Descubrió una silla y se apresuró a alcanzarla y sentarse, cosa que hacía bastante rato estaba intentando realizar.

Ya acomodado, preguntó:

—¿Qué hora es?

—Las diez menos veinte.

—¿Ha tenido alguna noticia de esta mujer?

—No, señor. ¿Quiere tomar un poco de cerveza?

—Sí, en efecto. Si es usted tan amable no tengo por qué negarme. Muchas gracias.

Durante las tres horas que prosiguieron a aquella invitación, Wolfe llegó a contar siete botellas vacías ante

él. Además, comió mantequilla, arenques, esturión, setas en conserva, melón de Túnez y tres clases distintas de queso. No cabía duda de que Saúl era un excelente anfitrión, y aunque aquélla era la primera vez que Wolfe comía bajo su techo, no dejaría de impresionarle con sus atenciones. El mayor problema que a Saúl se le planteó fue el de preparar de la mejor forma el sistema para pasar tres personas la noche en una casa que sólo poseía una cama. La combinación definitiva fue muy sencilla; Wolfe en la cama, yo en el sofá de la habitación mayor y él en el suelo.

De todas formas, a la una menos cuarto de la madrugada todavía

estábamos los tres en pie. Hasta aquel momento las horas se habían sucedido casi sin darnos cuenta. Habíamos comido, bebido, charlado, jugado dos partidas de cartas y pensado que no había habido hasta entonces noticias de Helen Wetz, cosa que comenzaba a extrañarnos. A medianoche, Robina Keane había llamado dando a conocer a Wolfe el lugar donde debería encontrarse a la mañana siguiente. Sería en la habitación 917 del número 100 de la calle del Centro, a las ocho y media en punto. Wolfe me preguntó si sabía lo que era la habitación 917 y le dije que no. Colgó el teléfono y pareció entornar los ojos como disponiéndose a dormir,

pero no fue así y abriéndolos de nuevo invitó a Saúl a comenzar la tercera partida.

Era la una menos cuarto cuando dejó su silla y mirándome, sentenció:

—Creo que ya no llamaré. Me voy a dormir.

Saúl se excusó.

—Lo lamento muchísimo y debo disculparme, pero no tengo ningún pijama que pueda serle a usted útil, no obstante...

En aquel momento sonó el teléfono. Yo era el que estaba más cerca y volviéndome sobre la silla descolgué el auricular.

—Aquí Jackson cuatro-tres-uno-

cero-nueve, ¡dígame!

—Habla la Reina de Corazones.

—Exacto, reconozco su voz. Soy Archie Goodwin, ¿dónde está usted?

—En un puesto del Gran Central, me ha sido imposible llamar antes, pero ¿dónde está usted?

—En un apartamento de la calle Treinta y Ocho con el señor Wolfe esperándola a usted. Es muy cerca. Puedo reunirme con usted en el puesto de información dentro de cinco minutos. ¿Estará usted ahí?

—Sí.

—¿Seguro?

—Desde luego que sí.

Colgué el aparato y dirigiéndome a

Saúl recomendé:

—Haga usted un poco de café, ¿quiere? Es posible que lo necesite esta muchacha y hasta es posible que necesite comer algo.

Y sin añadir nada más salí de la casa en busca del ascensor.

# CAPÍTULO V

A las diez y seis minutos de la mañana, el fiscal sustituto del distrito, Mandelbaum, se encontraba de pie junto a un extremo de su mesa en la sala de la Audiencia que presidía el juez Corbett. La sala aparecía atestada de público; el Jurado sentado en su acotado reglamentario y el defensor, Jimmy Donovan, husmeando entre un montón de papeles que le acababa de entregar su ayudante. Mandelbaum comenzó a hablar:

—Con el permiso de Su Señoría,

voy a citar a un testigo a quien también llamé ayer sin éxito. Hace apenas unos minutos que he descubierto su presencia, y como todos saben, tengo en mi poder una orden de arresto contra él. Su Señoría sabe que me estoy refiriendo a Nero Wolfe.

—Sí, lo sé —respondió lacónicamente el juez—; pero ¿está aquí Wolfe?

—¡Sí, está aquí! —exclamó Mandelbaum al tiempo que volviéndose hacia nosotros y señalándonos, pronunciaba en voz muy alta—: ¡Nero Wolfe!

Habíamos llegado un minuto antes de las diez, y el oficial de la puerta no

quería dejarnos pasar. Tuvimos suerte de que tras reconocer a Nero Wolfe nos dejó libre la entrada, acomodándonos lo mejor que pudo en un rincón de un banco, en el preciso instante en que entraba en la sala el juez Corbett. Cuando Wolfe fue llamado por Mandelbaum y se puso en pie, yo aproveché para arrellanarme mejor en mi asiento dispuesto a no perderme detalle.

Wolfe se dirigió impertérrito hacia el estrado, subió los escalones y volviéndose hacia el juez se detuvo.

El juez Corbett le miró fríamente y dijo:

—Tengo que hacerle unas cuantas

preguntas antes de comenzar, señor Wolfe.

El asistente alargó a Wolfe la silla especial de los testigos y tras jurar sobre la Biblia, Wolfe se sentó.

El juez habló otra vez.

—Como usted sabía, ayer fue requerida su presencia en esta misma sala. Usted había estado aquí, pero cuando fue llamado ya había abandonado el local, cosa que hizo de forma inesperada y poco correcta. Existe una orden de arresto contra usted; ¿lo sabía usted?

—Sí, señor.

—¿Por qué salió usted de la sala? ¿Qué le hizo cometer esa imprudencia?

—De pronto un motivo que yo creía imperioso me obligó a levantarme y abandonar sin más la sala. Si Su Señoría así lo ordena, lo expondré, pidiendo de antemano su indulgencia, ya que sospecho que si mis razones no le parecen suficientemente satisfactorias, me verá culpado y posiblemente penalizado...

—Bien —interrumpió el juez Corbett—. ¿Ha venido usted aquí arrestado?

—No, señor. He venido por mi propia voluntad.

—Pues bien, de ahora en adelante, queda usted arrestado. ¡Oficial, este hombre está bajo arresto! Luego

responderá usted a los cargos que se le imputan. Ahora, señor Mandelbaum, puede reanudar su trabajo.

Mandelbaum se acercó a la silla.

—Por favor, ¿quiere usted decir al Jurado su nombre, profesión y dirección?

Nero obedeció, y volviéndose hacia el Jurado dijo:

—Soy Nero Wolfe, detective privado con licencia. Mi oficina está en mi casa, en el nueve dieciocho de la calle Treinta y Cinco, Oeste, Manhattan, Nueva York.

—¿Había usted visto alguna vez antes de ahora al acusado?

—Sí, señor; es el señor Leonard

Ashe.

—¿Dónde y cuándo se habían visto ustedes?

—Me llamó por teléfono solicitando una entrevista, exactamente a las once de la mañana del martes trece de julio de este mismo año.

—¿Qué le dijo a usted en aquella ocasión?

—Me dijo que quería contratar mis servicios profesionales y me explico que el día antes había firmado un contrato con una Compañía de verificadores telefónicos para que prestasen su servicio al teléfono de su residencia particular de la calle Setenta y Tres de Nueva York. Él se había

informado y sabía que una de las empleadas de la Compañía se encargaría personalmente de su número telefónico en aquel servicio cinco o seis días a la semana. De mis servicios él esperaba conocer con todo detalle la identidad de aquella empleada y con los servicios de la empleada esperaba tener conocimiento en todo momento de las llamadas que desde el exterior se hiciesen a su casa. Luego la señorita telefonista debería detallar la naturaleza de las llamadas al señor Ashe o tal vez a mí, pues no estuvo muy claro en este punto y no llegué a comprenderle bien.

—¿Le dijo por qué tenía tanto interés en verificar su número de

teléfono?

—No, no se atrevió a ir tan lejos, aunque no era difícil suponer sus intenciones.

Donovan se puso en pie.

—Protesto, Señoría; la conclusión del testigo sobre las razones de mi defendido son completamente gratuitas.

—Se admite la protesta. Señor Wolfe, su anterior respuesta debe limitarse a la palabra «no». ¿Su respuesta es «no», señor Wolfe?

—Sí, señor.

—¿El acusado le había hablado a usted de alguna cantidad para pagar sus servicios o los de aquella empleada?

—No citó ninguna suma, pero indicó

que...

—No nos interesa lo que indicó, sino lo que dijo.

En mi interior no pude reprimir una sonrisa burlona. Wolfe, que siempre exigía a todos precisión en sus respuestas, Wolfe que disfrutaba cortando las declaraciones de sus testigos, Wolfe que conocía tan bien las reglas de la evidencia, Wolfe, en fin acababa de ser cazado por segunda vez. Me prometí a mí mismo encontrar una ocasión para recordarle aquel doble traspiés.

Pareció ponerse nervioso y rectificó:

—Sí, dijo que pagaría

espléndidamente los servicios de la muchacha, pero no mencionó la cantidad.

—Bien, ¿y qué más le dijo?

—Eso fue todo. La conversación duró sólo unos minutos, pero en cuanto deduje lo que él intentaba de mis servicios, rehusé completamente y me negué a trabajar para él.

—¿Le preguntó por qué rehusaba?

—Sí, señor.

—¿Y qué le dijo usted?

—Le dije que la función de un detective, tal como yo la entendía, le impedía inmiscuirse en todo asunto relacionado con dificultades surgidas en el interior de un matrimonio.

—¿Le dijo él que lo que en realidad quería era espiar a su esposa?

—No, señor.

—Entonces, ¿por qué le habló usted de dificultades maritales?

—Porque yo estaba seguro que aquélla era la naturaleza de sus intenciones.

—¿Qué más le dijo usted?

Wolfe cambió de postura.

—Querría estar seguro de haber comprendido su pregunta. ¿Ha querido usted preguntar si le dije algo más aquel día o después en otra ocasión?

—He querido decir aquel día. No hubo ninguna otra ocasión, ¿no es verdad?

—No, señor. Hubo otra ocasión.

—¿Cómo? ¿Está usted insinuando que volvieron a verse en otra ocasión? ¿Otro día?

—Sí, señor.

Mandelbaum pareció sobresaltarse. Me daba la espalda y no podía ver desde mi asiento la cara de sorpresa que sin duda debía estar poniendo. Wolfe había dicho entre otras cosas que no había visto nunca a Leonard Ashe hasta el 13 de julio. ¿Cómo era pues posible que después de aquella fecha hubiera habido un segundo encuentro? Su voz pareció dudar.

—¿Dónde y cuándo tuvo lugar este encuentro?

—Pues, apenas serían las nueve de la mañana y en este mismo edificio.

—¿Se ha reunido usted con el acusado hoy mismo en este edificio?

—Sí, señor.

—Pero ¿en qué circunstancias ha sido eso posible?

—Su esposa se las ha arreglado para verle y hablar con él y ella misma me ha solicitado que la acompañara.

—¿Cómo ha logrado arreglar esa entrevista?

—No lo sé.

—¿Estaba el señor Donovan, abogado defensor, presente en la entrevista?

—No, señor.

—¿Quién estaba pues?

—La señora Ashe, el señor Ashe, yo y dos guardias armados, uno en la puerta y otro al fondo de la habitación.

—¿Qué habitación era ésa?

—No lo sé, no había número en la puerta, pero creo que podría acompañarle hasta ella.

Mandelbaum había encajado el golpe, se volvió sobre sí mismo y lanzó una mirada penetrante a Robina Keane sentada en el primer banco. Yo no sabía con seguridad si podía el fiscal requerir en aquellos momentos la presencia de la mujer pero estaba seguro de que una esposa no puede ser obligada a declarar en contra de su marido. Pidió permiso al

juez para que le permitiera unos minutos y dirigiéndose a su mesa, consultó en voz baja con uno de sus colegas. Yo aproveché para mirar a mi alrededor y descubrí a Guy Unger en el centro de la Audiencia, algo hacia la izquierda. En otro lugar vi a Bella Velardi y Alicia Hart, sentadas junto al pasillo. Aparentemente la oficina de la «Bagby Answers Inc.» de la Calle 69, debía haber quedado desierta. Clyde Bagby, el jefe, se encontraba sentado dos filas delante de Unger. Helen Weltz, la Reina de Corazones a la que yo había acompañado desde el apartamento de Saúl hasta el hotel siete horas antes, estaba al fondo, no lejos de mí.

El colega se puso en pie y se fue al tiempo que Mandelbaum se volvía hacia Wolfe.

—¿No sabe usted —preguntó— que constituye una infracción de la ley el que un testigo nombrado por el Estado hable privadamente con el procesado acusado de una falta grave?

—No, señor, no lo sé y entiendo que eso depende del tema tratado en la entrevista. No he intentado discutir mi testimonio con el señor Ashe.

—¿Qué ha discutido pues?

—Algunos puntos poco claros que pensé podrían serle interesantes.

—¿Qué puntos son éstos?  
Exactamente, ¿qué es lo que usted le ha

dicho?

Debo confesar que me sentía nervioso, me removí en el asiento entrelazando los dedos de mis manos y esforzándome en observar bien todo lo que iba a ocurrir delante de mí.

Wolfe se dispuso a hablar.

—Le dije que ayer, sentado en esta misma habitación y en espera de que usted solicitara mi presencia comencé a pensar dentro de mí que ciertas cuestiones relacionadas con el asesinato de Marie Willis no habían sido consideradas a conciencia ni investigadas de forma convincente y que por eso me repugnaba proseguir en mi papel de testigo en contra de mi propia

opinión. Le dije que estaba dispuesto a realizar algunas investigaciones por mi cuenta y que al abandonar la sala de la Audiencia sabía que me ponía en contra de la Justicia, pero sabía también que la Justicia es tan sabia como flexible, por eso estaba seguro de que el juez Corbett sabría...

—Por favor, señor Wolfe, no estamos aquí para que usted nos exponga sus razones.

—No, señor, en efecto. Me ha preguntado usted lo que le he dicho al señor Ashe y yo se lo estoy contando. Me preguntó el señor Ashe cuáles eran mis conjeturas y yo le dije que mis conjeturas eran dos. La primera era que

mi amplísima experiencia en investigación de crímenes me obligaba a dudar de su culpabilidad. La segunda, que la policía desde el primer momento le había señalado como culpable de forma tan directa que ya a nadie se le había ocurrido prestar su atención en otras direcciones. Por ejemplo, un investigador experto siempre presta especial interés a cualquier persona que ocupe en el asunto una posición privilegiada. Pueden ser doctores, abogados, criados, amigos íntimos y desde luego parientes cercanos. Si cualquiera de estas personas es un bribón, no hay duda de que tiene innumerables oportunidades para poner

en práctica su truhanería.

—¿Dijo usted esto al señor Ashe?

—Sí, señor. Se me ocurrió pensar que un servicio telefónico como el del caso que nos ocupa quedaba de lleno dentro de las categorías que acabo de mencionar y se me ocurrió precisamente cuando ayer, estando sentado aquí mismo oí al señor Bagby explicar el funcionamiento de sus cuadros telefónicos de distribución. En efecto, un operador poco escrupuloso podía obtener a lo largo de sus continuos contactos telefónicos, diferentes tipos de información que con mala intención podía usar en contra del poseedor del teléfono, ya fuera en los negocios, vida

profesional o en multitud de casos similares. Las posibilidades eran ilimitadas aunque ciertamente la más importante era el descubrimiento de secretos personales. Hay mucha gente a quien no les gusta discutir asuntos personales de cierta importancia por teléfono, pero también hay muchos otros que dan poca importancia a las conversaciones telefónicas sin observar la más pequeña precaución en sus llamadas. Estoy convencido, ayer me convencí, de que el mayor chantaje podría llevarse a cabo por medio de un servicio telefónico de este tipo y que sería éste un sistema mucho más fácil y seguro que el de abogados, criados,

figones, etcétera. Cualquier operador situado frente a un cuadro de distribución podría fácilmente...

—Todo esto son meras suposiciones tuyas, señor Wolfe. ¿Le dijo todo esto al acusado?

—Sí, señor.

—¿Cuánto rato permanecieron juntos?

—Cerca de media hora. Yo soy de los que pueden decir mucho en media hora.

—No lo dudo. Pero el jurado y la presidencia no pueden permitirse el lujo de perder el tiempo escuchando cosas inconsecuentes y desatinadas.

Mandelbaum miró un momento en

dirección al jurado y volviéndose hacia Wolfe siguió un tanto nervioso preguntando:

—¿No discutió usted su testimonio con el acusado?

—No, señor.

—¿Le hizo usted alguna sugerencia acerca de la conducta que debía seguir en su defensa?

—No, señor. No le sugerí absolutamente nada.

—¿Se ofreció usted a intentar algún tipo de investigación para contribuir a su defensa?

—No, señor.

—¿Entonces qué perseguía y qué intentaba con esa entrevista?

—¡Protesto! —exclamó Donovan puesto en pie—. El declarante es un testimonio y no creo que la pregunta que se le hace sea motivo legal de examen.

El juez Corbett pareció dudar, pero en seguida replicó rápido:

—Se admite la protesta. Señor Mandelbaum, usted conoce las reglas de la declaración.

—Sí, en efecto, pero la ley es flexible y ahora nos encontramos frente a una contingencia circunstancial, inesperada.

—Sigue siendo todavía su testigo. Examínelo pues de forma normal.

—Recuerde, Su Señoría, que existe una orden de arresto contra él.

—Olvídelo de momento, la orden está ahora en suspenso. ¡Adelante!

Mandelbaum parecía disgustado, miró a Wolfe, luego al jurado y se dirigió hacia su mesa, se sentó en su silla, miró al suelo un momento, alzó de nuevo la cabeza y dijo dirigiéndose al juez Corbett:

—No tengo nada más que preguntar.

Jimmy Donovan se puso simultáneamente en pie y dio unos pasos hacia la presidencia.

—Ante todo, quiero hacer constar, Señoría, que no sé ni he sabido nada de la reunión que el testigo ha llevado a cabo con mi cliente, ni antes ni después de haberse efectuado. Me he enterado

ahora, en este mismo lugar y si Su Señoría lo cree necesario puedo ser interrogado a este respecto bajo juramento.

El juez Corbett meneó la cabeza.

—No hace falta —replicó—.

¡Prosiga!

—¡Muchas gracias! Señor Wolfe, quiere usted decirnos ahora que soy yo el que pregunto, ¿por qué perseguía usted una entrevista con el señor Ashe?

Wolfe estaba quieto en su asiento pero ello no era señal de afección de ninguna clase. Respondió inmediatamente:

—Porque había adquirido la suficiente información para comenzar a

albergar dudas completamente razonables sobre la culpabilidad de su cliente y deseaba confirmar dichas dudas antes de escuchar la opinión del jurado y de que fuera demasiado tarde. Siendo testigo citado por el fiscal y habiendo sido dictada contra mí una orden de arresto mi situación se complicaba demasiado. Se me ocurrió pues pensar, que si veía y hablaba al señor Ashe, el hecho sería probablemente descubierto durante el interrogatorio de que sería objeto por parte del señor Mandelbaum y si así ocurría, me vería obligado a contar todo lo que le había dicho durante la entrevista. Por eso deseaba decirle al

señor Ashe lo que sabía y lo que había descubierto. Si el señor Mandelbaum me permitía decir todo lo que yo le había dicho al señor Ashe, tendría oportunidad de enfocar mi declaración de un modo distinto al que mi papel vulgar de testimonio me permitía y si el fiscal no me daba pie para ello, Pero estaba seguro de que la intervención del abogado defensor me obligaría a repetir lo que yo había hablado con el señor Ashe.

El juez le miraba con el ceño fruncido. Uno de los componentes del jurado, carraspeó ruidosamente y todos le miraron. La expectación había llegado al máximo y nadie sabía cómo iba a

terminar aquella sesión. Yo, estaba seguro una vez más, de que Wolfe era un genio que sabía jugar con la ley sin acabar nunca por violarla. Le habían hecho una pregunta y él se había limitado a responder. Me habría gustado observar detenidamente la cara de Donovan, pero el abogado me daba la espalda y no pude hacerlo.

De todas formas, si su cara reflejaba alguna reacción interna debida al giro que estaba tomando la declaración de Wolfe, su voz carecía en absoluto de matices emocionales cuando preguntó:

—¿Le dijo algo más al señor Ashe?

—Sí, señor.

—Por favor, explique al jurado lo

que le dijo al señor Ashe.

—Le dije que había abandonado ayer por la mañana esta sala exponiéndome deliberadamente a una sanción, dispuesto a investigar mis sospechas. Le dije, que en compañía de mi ayudante, el señor Archie Goodwin, me fui a la oficina de «Bagby Answers Inc.» en la Calle 69, lugar en donde fue asesinada Marie Willis y que tras dar una ojeada a los cuadros telefónicos de distribución llegué a la conclusión de que a cualquiera de las telefonistas le sería imposible...

Mandelbaum se puso en pie y con una postura de absoluta contrariedad dijo:

—¡Protesto, Señoría! Las conclusiones del testigo no deben admitirse.

Donovan replicó en el acto.

—Se trata de un mero relato. Le he preguntado y se limita a contestarme. Está en su derecho.

—¡Protesta denegada! —se limitó a pronunciar secamente el juez Corbett.

Wolfe prosiguió:

—Le dije que mi conclusión era que a cualquiera de las telefonistas le sería imposible fisgonear con frecuencia a través de sus líneas sin que las demás acabasen por enterarse y que por lo tanto, esto no podía llevarse a cabo si no era en forma de confabulación general.

Le dije que había hablado poco después con dos de las operarias, Alicia Hart y Bella Velardi, quienes habían estado trabajando y viviendo allí con Marie Willis y que de su charla había obtenido dos nuevos datos que reforzaban mis dudas. Primero, que les disgustaba visiblemente mis intenciones investigadoras y segundo, que era evidente que sus gastos personales excedían en mucho a sus normales salarios. Y antes de continuar, quiero preguntar si es necesario que siga repitiendo las palabras «le dije».

—Creo que no —respondió Donovan—, no, si se circunscribe usted estrictamente a lo que le dijo al señor

Ashe esta mañana.

—Así lo haré. Muchas gracias. La diferencia entre los gastos y el salario se me hizo también patente en la tercera telefonista que trabajaba con Marie Willis, Helen Weltz. Ayer era su día libre y el señor Goodwin y yo nos fuimos por carretera hasta el lugar donde se encontraba descansando, cerca de Katonah en Westchester. Nuestra presencia pareció disgustarle tanto o más que a las otras dos; su carácter era histérico y con ella estaba un hombre llamado Guy Unger, también disgustado por la situación que habíamos forzado. Desde el momento en que di a conocer mi intención de investigar todo lo

relacionado con la «Bagby Answers Inc.», él solicitó hablar en privado conmigo y me ofreció diez mil dólares por servicios que no llegó a especificar. Sospeché que lo que estaba intentando era atarme de manos y dejarme inactivo y decliné su ofrecimiento.

—¿Le dijo todo esto al señor Ashe?

—Sí, señor. Así como que Helen Weltz, había hablado privadamente con el señor Goodwin y le había dicho que deseaba hablar conmigo pero que primero debía deshacerse de la presencia del señor Unger y que por lo tanto telefonaría a mi oficina más tarde. De vuelta a la ciudad, decidí no ir a mi domicilio, pues me había enterado de

que existía una orden de arresto contra nosotros. Por lo tanto, el señor Goodwin y yo fuimos a casa de un amigo y Helen Weltz vino a nuestro encuentro pasada la medianoche. Mi decisión investigadora había roto sus nervios y se sentía presa del pánico. Confesó que durante años la operación había sido realizada tal y como yo había sospechado. Todas las operadoras participaban en la misma, incluyendo entre ellas a la desgraciada Marie Willis. La más antigua, Alicia Hart, recogía la información...

Algo ocurría en la sala. Alicia Hart con Bella Velardi tras ella, se habían levantado y ya en el pasillo se dirigían apresuradamente hacia la puerta de

salida. Los ojos del auditorio volaron hacia ellas desde todas direcciones, incluyendo al juez Corbett, pero nadie dijo ni hizo nada. Iban a cruzar la puerta cuando me decidí a gritarle al guardia:

—¡Esa mujer, la de delante, es Alicia Hart! ¡No la dejen salir!

El guardia bloqueó con su cuerpo la salida al tiempo que el juez Corbett gritaba:

—¡Oficial! ¡Qué nadie se mueva de la sala!

El auditorio estaba revuelto por aquel incidente y el juez golpeó repetidamente con su maza intentando poner orden. No fue fácil restablecer el silencio anterior, bastantes personas

permanecieron todavía de pie hasta asegurarse de que las señoritas Hart y Velardi habían vuelto a ocupar sus asientos.

Cuando la tranquilidad volvió a la sala el juez habló a Wolfe:

—¡Siga, siga contando lo que le dijo al señor Ashe!

—Pues bien, Alicia Hart recogía la información de las demás y de cuando en cuando les hacía entrega del dinero que añadían a sus sueldos normales. La cantidad mayor que había recibido Helen Weltz eran mil quinientos dólares aparte de su salario. En tres años había recibido un total aproximado de quince mil dólares, aparte de su salario.

Desconocía el uso que se hacía con la información que le pasaban a Alicia Hart y no quería admitir tener conocimiento que pudiese usarse para chantaje, pero admitía que en realidad podía usarse así.

—¿Sabe usted —preguntó el juez Corbett— dónde está ahora Helen Weltz?

—Sí, señor; está presente. Yo le dije que su presencia hoy aquí, enfrentándose a todos, podría representar una buena nota en su haber.

—Bien, ¿tiene usted algo más que añadir a lo que dijo esta mañana al señor Ashe?

—Sí, Señoría.

—¡Pues bien, dígalos usted sin apartarse de lo hablado con el señor Ashe!

—Le dije que el hecho de que él hubiera intentado contratar mis servicios para conocer la identidad de la operadora de Bagby que atendería a su número y sobornarla para espiar a través de los hilos las llamadas a su domicilio, era uno de los puntos que desde el primer momento me habían hecho dudar de su culpabilidad, pues me había preguntado si un hombre a quien repugna emprender por sí solo este cometido podría ser capaz de estrangular fríamente a una muchacha y abrir luego la ventana para llamar acto

seguido a la policía. Le interrogué luego, acerca del hombre que le telefoneó preguntándole si Ashe podría reunirse con él en la oficina de Bagby en la Calle 69 y le dije si creía posible que aquella voz fuese del propio Bagby. Ashe me respondió que era completamente posible, pero que él no la había reconocido.

—¿Tiene usted la seguridad de que el señor Bagby hizo aquella llamada telefónica?

—No, Señoría. Yo tengo sólo la seguridad de lo que la señorita Weltz me comunicó. Me dijo que Marie Willis se encontró de pronto en una situación apurada. Unger y Bagby le ordenaron

que aceptase la proposición del señor Ashe, espiando su línea telefónica sin decirle nada a la señora Ashe, a quien la señorita Willis idolatraba. La muchacha rehusó y comunicó a todos que iba a abandonar su trabajo. Desde luego, aquella repentina decisión representaba un serio peligro para cualquiera de las personas relacionadas con el asunto. El éxito y seguridad de la operación dependía siempre del hecho de que ninguna víctima había nunca tenido razón alguna para sospechar de la «Bagby Answers, Inc.». Bagby era el que obtenía la información, pero Unger era el que la usaba con destreza y nunca la víctima del chantaje llegaba a saber

de dónde procedía dicha información. De esta forma, la rebelión y decisión de la señorita Willis, constituían una amenaza mortal para cualquiera o todos los participantes en aquel ilegal negocio y al mismo tiempo, ofrecía amplia provocación al que quisiera arriesgarse hasta llegar a cometer un asesinato. Le dije al señor Ashe que todo esto era suficiente para dudar de su culpabilidad, pero que llegados a este punto, nos era ya preciso buscar un nuevo candidato. ¿No lo creen ustedes lógicamente así?

El juez, interesado, respondió:

—Sí, siga usted.

—Le dije al señor Ashe que me inclinaba principalmente por el señor

Bagby. La mutua coartada de la señorita Hart y de la señorita Velardi podría ser más tarde puesta en tela de juicio: pero de momento existía y además había hablado con las dos y no me habían impresionado sus declaraciones. Excluía también a la señorita Wetz porque cuando había venido a verme la noche pasada, la había encontrado presa de sincera consternación y completa seguridad en sus palabras y excluía finalmente al señor Unger ya que la señorita Wetz me había demostrado su conocimiento de que Unger se encontraba aquella noche navegando con su barco por el estuario... En cuanto al señor Bagby, era el que, para mí, tenía

más probabilidades. Él había admitido que fue a su apartamento aproximadamente a la hora del crimen y su apartamento está en la Calle 70, no lejos de donde ocurrió el asesinato. Dejo el horario a la policía, ellos son eficientes en extremo para con los horarios. En cuanto a la llamada telefónica, el señor Ashe dijo que podría muy bien tratarse de su voz.

Wolfe tragó saliva y prosiguió:

—Creo que esto es todo... o mejor dicho, no; también dije al señor Ashe que esta mañana envié un hombre, Saúl Panzer, a que eche un vistazo a la oficina del señor Bagby en la Calle 47 para vigilar que nadie destruya o haga

desaparecer los discos allí guardados. Y ahora, nada más, sólo quiero pedir de la benevolencia de Su Señoría, se digne levantar la orden severísima de arresto que pesa sobre el señor Goodwin y yo. Si yo puedo...

—¡Silencio! —cortó el juez Corbett—. Usted sabe perfectamente bien que su actitud de ayer originó su situación ilegal de ahora. No obstante, esta situación puede redundar en beneficio de la justicia y es por eso por lo que ¡el cargo queda sin efecto! ¿Ha terminado usted con su testigo, señor Donovan?

—Sí, Señoría, no tengo, hoy por hoy, nada más que preguntar.

—¿Y usted, señor Mandelbaum?

El fiscal sustituto del Distrito se puso en pie y se acercó al estrado del juez Corbett.

—Su Señoría, apreciará —dijo— que me encuentro ante un extraordinario compromiso y creo que estoy en mi derecho, al solicitar la suspensión de la vista hasta esta tarde. Dedicaré mi tiempo a considerar la situación con mis colegas. Si se admite la tregua, solicito ante Su Señoría, que permanezcan aquí, bajo custodia y como testigos materiales del proceso hasta que esta tarde se reanude la sesión estas cinco personas: Alicia Hart, Bella Velardi, Helen Weltz, Guy Unger y Clyde Bagby.

—¡Muy bien! —exclamó el juez

levantando su voz y su vista—. Las cinco personas nombradas deberán seguir ocupando sus asientos, los demás pueden marcharse sin alterar el orden reinante en la sala.

Todos obedecieron, pero la actitud de dos fue distinta a la de los demás. Nero Wolfe abandonó su silla de testigo y se quedó un momento pensativo, de pie, frente al sitio que había ocupado hasta entonces. Robina Keane que no había dejado de mirarle durante toda la sesión se levantó también de su asiento y tendiéndole sus brazos corrió hacia él, le abrazó con fuerza y apretó su mejilla contra la de Wolfe. Tal como yo había dicho antes, las actrices siempre actúan,

dentro y fuera de los escenarios, aunque admito también, que para actuar hay que tener arte y no hay duda de que a Robina Keane le sobraba. En cualquier caso, yo me sentía feliz al comprobar que la posibilidad de que la normalidad volviese al hogar de la familia Ashe, le hacía a Robina Keane prorrumpir en aquellas demostraciones de agradecimiento. Después de todo, esto era lo más importante.

# CAPÍTULO VI

Tal como ustedes habrán pensado todo termina bien, todo lo que simplemente había comenzado porque a Nero Wolfe le fastidiaba estar sentado en un banco de madera, junto a una señora excesivamente perfumada, en espera de su turno para declarar como testigo citado por el Estado. El Estado que a su vez, intentaba condenar a un hombre que no era el auténtico asesino. Sin duda, creerán, que pronto llegaría el generoso cheque demostrativo del agradecimiento de Ashe. Es posible que

sí, pero puedo asegurarles que el Estado ya no necesitó de los servicios de Wolfe en aquel caso. Cuando unos días más tarde la sala abrió sus puertas para dictaminar definitivamente el veredicto, Nero Wolfe fue informado de que su presencia no era necesaria y por lo tanto ya no asistió a la sesión. Ni su asistencia ni la de nadie eran a aquellas alturas necesarios para persuadir al jurado de que el veredicto de culpabilidad debía recaer sobre una sola persona: Clyde Bagby.

**CUANDO UN  
HOMBRE  
ASESINA**

# CAPÍTULO PRIMERO

Exacto —declaró la mujer intentando dar a su voz el matiz adecuado— en la actualidad no estamos casados.

Arqué las cejas. Con frecuencia, cuando, sentado en mi mesa de trabajo del despacho de Nero Wolfe, ponía mis ojos sobre la figura de una visitante femenina me esforzaba en apreciar las sólidas razones que, llegado el momento, podría ofrecerme para llegar a

creer que un anillo de bodas fuera una buena compra. Muchas veces, empero, no tenía que hacer ningún esfuerzo, pues rápidamente descubriría que se trataba de una mujer casada y mis miradas se convertían entonces en puramente profesionales, sobre todo en el caso de que los maridos estuviesen presentes. En aquella ocasión no hubiera sabido qué pensar.

La mujer parecía interiormente atribulada; así lo hacía presumir la tensión de los músculos de sus mandíbulas y la rojez que rodeaba sus ojos. No eran nuevos para mí aquellos síntomas, ya que muchas de nuestras visitantes acudían a la oficina presas de

algún serio contratiempo.

Wolfe que acababa de bajar de sus habitaciones destinadas a criaderos de plantas, arrellanándose, casi derrumbando su impresionante humanidad, en el sillón, miró desde el otro lado de su mesa a la mujer.

—Estaba usted diciendo al señor Goodwin que... —se detuvo y volviendo su cabeza hacia mi lado requirió—: ¿Archie?

Le hice un gesto con la cabeza y expliqué:

—Sí, señor Wolfe. Llamó un hombre por teléfono y dio su nombre, era Paul Aubry; dijo que él y su mujer deseaban venir a verle lo antes posible y yo les

citó para las seis. Desde luego no les advertí que trajesen su certificado de matrimonio.

—Tenemos uno —interrumpió ella —, pero no es bueno. —Dio una vuelta, casi completa a su cabeza y exclamó—: ¡Díselo, Paul!

Éste estaba sentado en el sillón rojo de piel, cerca de la mesa de Wolfe. El sillón es de brazos, brazos grandes, en uno de los cuales se apoyaba pesadamente Paul Aubry. Yo le había ofrecido una de las sillas amarillas, asiento que me parecía mucho más adecuado, pero sin duda, él prefería estar situado cerca de su mujer.

—¡Maldita suerte, maldita suerte! —

profirió bruscamente.

No tenía los ojos enrojecidos, pero era evidente que también se sentía apesadumbrado por una seria contrariedad. Sus brazos no paraban de moverse sobre los del sillón: parecía estar más pálido que lo normal y como si de pronto fuese a sufrir un ataque. Miró a su mujer y esperó a que sus miradas se cruzaran.

—¿No quieres decírselo? — preguntó.

Ella meneó la cabeza, negativamente.

—No —replicó—, díselo tú.

Montó una de sus piernas sobre la otra, cogiéndose la rodilla y se dispuso

a escuchar. Los ojos de Paul fueron hacia Wolfe.

—Estamos casados desde hace seis meses, seis meses y cuatro días exactamente, pero ahora resulta, que de acuerdo con la ley no estamos casados. No estamos casados porque mi esposa, Carolina...

Hizo una pausa para mirar apasionadamente a la mujer, alargó su brazo para acariciarle una mano, se levantó y dio unos pasos. Miró de nuevo hacia Wolfe y en voz más alta y tono más rápido, prosiguió:

—Hace cuatro años se casó con un hombre llamado Sidney Karnow, un año después éste se alistó en el ejército y fue

enviado a Corea. Pocos meses más tarde, ella fue informada oficialmente del fallecimiento de su marido, muerto en acción de guerra. Un año después la conocí y me enamoré; le dije si quería casarse conmigo y me respondió que debía esperar a que transcurriesen por lo menos dos años de la muerte de Karnow. Así lo hicimos y finalmente nos casamos. Todo era normal hasta aquí, pero hace tres semanas Karnow, regresó sano y salvo, telefoneó a su abogado aquí desde San Francisco y la pasada semana recibió la licencia del ejército, para finalmente, el domingo, es decir, anteayer, regresar a Nueva York.

Aubry inclinó sus hombros como lo

hacía Jack Dempsey al disponerse a atacar.

—¡No la dejaré! —gritó—. ¡No quiero abandonarla!

Wolfe gruñó malhumorado:

—¡Entre quince millones, señor Aubry!

—¿Qué quiere usted decir con estas palabras? ¿Qué significan esos quince millones?

—La población del estado de Nueva York. Hay quince millones de habitantes a los que usted podría haber ido a contar sus desventuras y no obstante ¡he tenido que ser yo el elegido! ¿Por qué no se marcharon ustedes a un rincón del mundo sin que nadie supiera su

paradero? Turquía, Australia, Birmania, cualquier sitio lejano sería bueno. Todavía están a tiempo, ¿por qué no lo intentan y me dejan tranquilo?

Aubry detuvo un momento sus nerviosos pasos, suspiró profundamente, se volvió y fue a sentarse en la silla amarilla que poco antes yo le ofreciera. Apoyándose sobre sus rodillas, volvió a mirar tristemente a la mujer y le dijo:

—Tú sabes que no podemos irnos.

—No —replicó ella—, no, mientras..., no.

—Bien, díselo, será mejor; si no va a creerse que nos avergonzamos de algo.

La mujer movió la cabeza afirmativamente y consintió.

—Bueno, que me pregunte y...

Aubry dirigiéndose a Wolfe la interrumpió:

—Fue así. Karnow no era más que un niño cuando sus padres fallecieron y heredó una buena fortuna, cerca de dos millones de dólares. Karnow legó la mitad de esta cantidad a mi... Bueno, a Carolina y la otra mitad a unos cuantos parientes, una tía y dos primos. Su abogado tiene el testamento. Tras conocerse la triste noticia de su muerte, transcurrieron unos meses hasta que fue abierto el testamento y distribuida la herencia, ya que fue preciso cumplir una serie de complicadas formalidades normales en estos casos. Finalmente,

Carolina cobró su parte algo más de novecientos mil dólares y ya los tenía y estaba viviendo de ellos cuando yo la conocí. Por entonces yo tenía un negocio de venta de automóviles y me venía a sacar unos ciento cincuenta a la semana. Apareció ella y me enamoré, de ella, no de su millón, lo recalco para su información. Una vez casados se le ocurrió que lo mejor que yo podía hacer era comprar una agencia. Dimos algunas voces y finalmente encontramos una baratísima y...

—¿Qué tipo de agencia?

—De automóviles, naturalmente — aclaró Aubry en un tono de voz que parecía dar a entender no existiese otra

clase de agencias que la mencionada—. «Brandon & Hiawatha»; nos gastamos cerca de la mitad del capital de Carolina en comprarla y ponerla al día, pero el negocio comenzó a marchar y libres de impuestos hemos recuperado en los últimos tres meses, más de veinte mil dólares. El porvenir se nos presentaba de color de rosa, cuando de pronto ha ocurrido esto. Hemos hablado mucho y hemos meditado sobre cuál debía ser nuestra actitud, decidiéndonos por fin, a presentar a Karnow una interesante proposición. La pasada semana fuimos a visitar al abogado de Karnow, Jim Beebe, para que fuera él quien le diera a conocer nuestra propuesta, pero

desgraciadamente no logramos persuadirlo. Dijo que conocía demasiado bien a Karnow, habían sido colegas, para saber que de ninguna manera aceptaría ni querría oír hablar del asunto. Por eso decidimos...

—¿Cuál era su proposición?

—Creemos que era algo extraordinariamente justo y ventajoso. Nos ofrecíamos a devolver a Karnow el importe en metálico del medio millón que todavía obraba en poder de Carolina, así como la agencia y todas las instalaciones nuevas que yo había montado, si consentía en divorciarse de ella. Incluso yo continuaría encargándome de la agencia si él

deseaba contratar mis servicios, aún en el caso de que no nos proporcionase ni el domicilio ni las comidas: tal como Carolina pensaba hacer, acataríamos su voluntad.

—Ésta es mi idea —afirmó ella.

—Ésa era nuestra idea —corrigió él.

Wolfe les miraba atentamente. Mis cejas seguían arqueadas. Era evidente, y hasta el más inexperto le hubiese sido fácil descubrirlo, que aquel hombre estaba enamorado de aquella mujer. Al mirarla a ella, era difícil no abandonar momentáneamente el campo profesional; no se trataba de una «pin-up» pero hay que reconocer que su aspecto era pasable. Concediendo que estaba allí,

dispuesta a acabar con su marido legal y con un millón de dólares, no me hubiese atrevido a pensar que la mujer valoraba en demasía a Aubry.

Éste volvió a hablar:

—Cuando Beebe nos comunicó que no deseaba hacer aquella gestión y nos enteramos de que Karnow había llegado a Nueva York, decidimos que yo le vería personalmente y en nuestra entrevista le plantearía la cuestión. Esta decisión la tomamos la pasada noche. Yo tenía que hacer varias visitas de negocios esta mañana y esta tarde pude finalmente llegarme hasta su hotel —está en el «Churchill»— y subir a su habitación. No le llamé primero por teléfono porque

no le había visto en mi vida y tenía muchísimas ganas de verle antes de hablar con él; primero quería observarle.

Aubry descansó un momento pasándose su mano por la barbilla repetidas veces. Luego continuó:

—Había un problema —dijo— y era que yo no estaba seguro de lo que le tenía que decir. La proposición estudiada era correcta, pero tenía dos ideas en mi mente que me inquietaban bastante. La agencia era asociada y la mitad del valor estaba puesto a nombre de Carolina mientras que la otra mitad lo estaba al mío. Pues bien, si Karnow no aceptaba mi proposición yo podía

decirle que estaba dispuesto a no cederle mi parte. Otra cosa que se me había ocurrido también decirle, era que Carolina estaba esperando un hijo. No era verdad y no creo que se lo hubiese llegado a decir, pero de momento, la idea estaba en mi mente. De todas formas, esto no tiene importancia ya que no llegué a verle.

Aubry fijó su mirada en un punto del vacío y prosiguió despacio:

—Llegué hasta la puerta de su apartamento, el veintitrés dieciocho, sin haber telefonado antes, levanté mi mano para llamar, pero no lo hice. No lo hice porque me di cuenta de que estaba temblando de pies a cabeza. Me quedé

un momento quieto, intentando recobrar la calma, pero no lo logré. No lo logré porque seguí pensando que si entraba y me enfrentaba a él y me decía que no había nada que hacer, yo no sabría qué responderle y todo se complicaría. Por lo tanto, decidí regresar junto a Carolina que me estaba esperando en el bar de abajo. Me dio vergüenza tener que darle cuenta de mi fracaso, pero ella sonrió y calló. Sin duda pensaba que yo era muy bueno.

—Y lo sigo pensando, Paul —le interrumpió ella—, sígueme contando.

—Sí —prosiguió dirigiendo su mirada a Wolfe—, le dije que el intento de una entrevista directa entre él y yo

era una idea descabellada y que no había más solución que buscar un intermediario. El abogado que trata mis asuntos de la agencia no quiso prestarse a este papel y no sé si fue ella o yo, desde luego fue uno de nosotros, mencionó el nombre de Nero Wolfe e inmediatamente nos pusimos de acuerdo. Fui a un teléfono público y solicité esta entrevista. Si usted no quiere ir, envíe por lo menos a Archie Goodwin. Carolina piensa que incluso sería mejor que fuese Goodwin pues usted es algo satírico y podría irritar a Karnow. No nos importa lo que usted desee cobrar por su servicio, cinco mil dólares o algo así podemos pagárselos, pero sobre

todo, señor Wolfe ¡por Dios! ¡Vayan a verle hoy mismo, esta noche! Wolfe se excusó:

—Yo no soy un abogado, señor Aubry, soy un simple detective.

—Lo sé, señor Wolfe, pero ¿cuál es la diferencia? Usted tiene fama de lograr que la gente haga lo que usted desea. Deseamos que encuentre pues la manera de que Karnow acepte nuestra proposición. Wolfe gruñó en voz baja.

—Creo que habría mucho que discutir tratando de las diferencias entre un abogado y un detective, pero en fin, no es ahora el momento propicio para ello. A simple vista, su tarea propuesta parece sencillamente fácil y sin

complicaciones. Pero yo me pregunto, al hacerme usted su descripción, ¿qué sinceridad encerraban sus palabras?

—Absoluta y completa sinceridad.

—No le creo. La sinceridad absoluta no está al alcance de ningún hombre o mujer. Si el señor Karnow aceptara su propuesta, ¿podría yo estar seguro de que usted cumpliría letra por letra los tratos establecidos?

—Sí, puede estar seguro de que me avendría enteramente a lo propuesto.

Wolfe volvió su cabeza hacia la mujer.

—Señora Karnow, ¿está usted segura...?

—¡Ella no es la señora Karnow! —

interrumpió violentamente Aubry—. ¡Es mi esposa!

Wolfe se levantó de su sillón y ya en pie, volvió a preguntar rectificando:

—Señora, ¿está usted segura de haber entendido la proposición que piensan hacer a Karnow y. aceptaría con todas sus consecuencias?

—Sí —afirmó con seguridad.

—¿Sabe usted que se tratará de un compromiso legal y que cualquier falta obrada en contra de dicho compromiso entrará de lleno en el campo ilegal y podrá acarrear en toda su fuerza el peso de la justicia?

—Sí, lo sé.

—Pues bien. Deberé hacerle unas

cuantas preguntas acerca del señor Karnow; se las haré a usted ya que el señor Aubry nunca estuvo con él. ¿Tuvo usted algún hijo de su matrimonio con Karnow?

—No.

—Es presumible que estaba usted enamorada cuando se casó con él, ¿no es así?

—Por lo menos, creíamos que lo estábamos y es posible que lo estuviéramos.

—¿Fue enfriándose su amor?

—Bueno, no fue exactamente eso — pareció dudar meditando sus palabras —. Verá usted, Sidney tenía ideas muy particulares, siempre digo tenía porque

durante mucho tiempo le he considerado muerto, y yo contaba solamente diecinueve años cuando nos casamos. Creo que no supe tratarle como él hubiese querido. Se alistó en el Ejército porque pensaba que el no haber servido durante la Guerra Mundial le obligaba a ello en aquellas circunstancias. Su decisión no fue causa de discusión alguna, yo la acepté y me di cuenta de que poco importaba lo que yo pudiera pensar. Posiblemente le interesaría a usted leer las cartas que me escribió tras alistarse. Sólo recibí tres, ya que no era amigo de escribir; la primera desde el campamento Givens y las otras dos ya desde Corea. Mi marido... Paul, me dijo

que las trajese con nosotros para enseñárselas a usted.

Abrió su bolso y sacó de dentro varias hojas de papel unidas con un clip. Yo fui a buscárselas y se las entregué a Wolfe, pero ya que no era el candidato más probable a la realización personal de la entrevista con Karnow, me permití a mí mismo quedarme detrás de sus espaldas y leer con él por encima de su hombro:

Querida Carrie, mi verdadero amor:

Quiero pedirte perdón por mis pasadas debilidades. Querría estar ahora, en este mismo momento, donde tú estés; querría poderte decir que no me

gustaba tu nuevo vestido y que tú pudieras correr a ponerte otro. Luego nos iríamos a Chambord a comer caracoles y beber Richebourg y después al Velbet Yoke en donde como siempre nos tomaríamos un jugo de tomates con bizcochos. Finalmente, querida, iríamos a casa, tomaríamos nuestro baño caliente y nos iríamos a dormir envueltos en finas sábanas, mantas y espesos edredones y cubierta nuestra cama con frazada eléctrica. Hace ya días que he dejado todo eso y es ahora cuando he comenzado a darme cuenta de lo mucho que vale; querría podértelo decir, estrechándote entre mis brazos

Creo que te será difícil comprender

cuáles son mis sentimientos, detesto escribir y detesto aún más, escribir lo que siento o por lo menos intentar escribir. Sé que cualquier día puedo matar a alguien o pueden matarme a mí y esto hace traer a mi memoria frases que aprendí hace tiempo. Herodoto decía que la muerte es un delicioso escondite para los hombres cansados. Epíteto se preguntaba, ¿qué es la muerte sino un espantajo? Montaigne decía: «el más muerto de los muertos es el mejor.» Creo que si mato a alguien, recordaré estas frases y procuraré no preocuparme demasiado. Habré cumplido con mi obligación.

Hablando de muerte, si ese hombre

desconocido a quien yo tal vez mate me matase a mí, creo que te esperarías una inmensa, conmoción superior al hecho de mi muerte y que a mi espíritu le divertiría incluso contemplar. Se trata de algo que preparé antes de abandonar Nueva York. Tú has presumido siempre de que nunca has pasado angustias por falta de dinero. Creo que mi muerte te aportaría una sorpresa. De todas formas, ya sabes que hablo en broma y soy un poco burlón, tú me lo has dicho siempre. Es verdad, hablo siempre en broma y sé que tal vez éstas sean mis últimas bromas. Yo querría saber, porque aún no me he puesto de acuerdo si en realidad te quiero o te detesto. Es difícil

descifrar este enigma; no obstante, recuérdame en tus sueños; tu burlón caballero,

Karnow.

Cuando me dirigía hacia la mesa para colocar las cartas bajo un pisapapeles, Carolina comenzó a hablar:

—Yo le escribía dos largas cartas cada semana; debí enviarle por lo menos unas cincuenta. En las tres veces que él me escribió nunca hizo mención a ninguna de ellas. Yo deseaba intentar ser para él cristalina y sin complicaciones, pero siempre me decía que él era un egocéntrico y francamente, sospecho que en realidad lo era.

—No lo era —interrumpió Aubry—, lo es, lo es todavía —y dirigiéndose a Wolfe interrogó—: ¿no prueba su carta que es un ser impasible sin sentimientos?

—Es un ser pintoresco —concedió a medias Wolfe y volviéndose hacia Carolina preguntó—: ¿Qué es lo que hizo usted antes de abandonar Nueva York y que debía producirle a usted mayor conmoción que su muerte?

Ella movió la cabeza con aire dubitativo:

—No lo sé, aunque naturalmente pensé que habría cambiado su testamento dejándome a mí fuera. Poco después me llegó la noticia de su muerte

y yo fui a ver al abogado Jim Beebe a quien enseñé esta carta diciéndole lo que yo pensaba. Me dijo que tras la lectura de la carta su opinión coincidía plenamente con la mía, pero que en realidad no se había introducido cambio alguno en el testamento y que sin duda, Sidney había querido solamente gastarme una broma.

Wolfe objetó:

—No es tan fácil como usted pueda creerse desheredar a una esposa. De todas formas es posible que él lo intentara. ¿Qué sabe usted acerca de las circunstancias de su falsa muerte?

—Sólo un pequeño suelto en el periódico y una nota oficial —explicó

Carolina—, pero Jim Beebe me ha contado algo más. Fue dado por muerto en el campo de batalla tras una retirada, pero en realidad sólo había sido herido levemente y hecho prisionero. Permaneció prisionero durante dos años, pero finalmente, pudo escapar atravesando el río Yalu y se pasó a Manchuria. Calló durante un momento y prosiguió: —Por aquel entonces él ya podía hablarles en su lengua (era sensacional en el estudio de los idiomas) y logró hacerse amigos en un pueblo al que llegó tras su huida; se vistió con sus prendas de vestir y según parece, no estoy segura de ello, se convirtió al comunismo.

—Entonces, es un necio.

—Oh, no, no creo que sea un necio —replicó ella con sinceridad—, tal vez sólo sea lo que usted ha dicho, un ente pintoresco. Sea lo que sea, meses más tarde se firmó la paz y cesó la lucha y fue entonces cuando decidió regresar a Corea, atravesó de nuevo el río Yalu y se dirigió hacia Corea del Sur, llegó a una base del Ejército y tras presentarse a las autoridades éstas le enviaron a casa y aquí está otra vez.

Tras sus palabras, la mujer suspiró profundamente y con gesto afligido juntó las manos entrelazando sus dedos y suplicó:

—¡Por favor, señor Wolfe,

ayúdenos! Aquélla —desde luego ella lo ignoraba— no era buena táctica. La reacción de Wolfe frente a una súplica emotiva por parte de un hombre, raramente era favorable, pero frente a las de una mujer, no lo era nunca. Dio la espalda a la acongojada Carolina y dirigiéndose a mí, me habló:

—Archie, está usted a mi servicio y yo puedo enviarle a las gestiones que crea necesarias y que estén siempre, dentro del campo de mi profesión. Ésta no lo está. ¿Está usted dispuesto a hacerse cargo de este asunto?

Tanta amabilidad me conmovía y sabía perfectamente que lo que Nero deseaba era colgarme a mí el sambenito

para acabar cobrando él los posibles beneficios. Yo quise corresponder a tanta cortesía y sugerí una fórmula de compromiso.

—Estoy dispuesto —dije— a ir a buscarle, convencerle para que me acompañe y traerle aquí para que usted se haga cargo del asunto.

—No —respondió llanamente—, creo que su propuesta es quijotesca y yo sería un abogado demasiado débil. Lo abandono a su decisión.

—Y yo aprecio su gesto en lo que se merece —le aseguré—; sé que si digo que no, mi conciencia va a estar remordiéndome durante mucho tiempo, por lo tanto, no me queda más remedio

que decirle, sí.

—Estupendo. Lo discutiremos después de cenar y mañana por la mañana...

La pareja se puso en pie al tiempo que iniciaban sus protestas en el sentido de que no les era posible esperar hasta el día siguiente. Protestaban dirigiéndose a él y suplicaban mirándome a mí. ¿Por qué aplazar más aquello? ¿Por qué no actuar ahora? Yo no reacciono ante las congojas de los demás de la misma manera que Wolfe y decidí calmarles accediendo a sus deseos.

—De acuerdo —dijo Wolfe poniéndose también a mi lado—.

Deberán firmar un duplicado de la propuesta que quieren hacerle a Karnow, usted señor Aubry y usted señora, como Carolina Karnow, y esa propuesta se la llevará usted consigo, Archie. A la izquierda, en una columna aparte, figurará la palabra «acepto», en donde él deberá firmar. ¡Déme su cuaderno de notas!

Di media vuelta y me dirigí hacia la mesa en busca de mi block.

# CAPÍTULO II

Llamé con decisión, pero sin agresividad con mis nudillos, a la puerta de la habitación 238 en el piso veintitrés del «Hotel Churchill».

Los clientes habían expresado su deseo de permanecer en la oficina de Wolfe en espera de mis noticias, pero yo insistí en que deseaba tenerlos a mano por si llegado el caso, era necesaria su presencia y así era como en aquellos momentos estaban esperándome abajo, en el «Bar Tulipán», me imaginaba yo que sin hacer ninguna degustación pues

sabido es que las personas que se encuentran pendientes de graves circunstancias tienen poca tendencia a comer y beber demasiado.

Volví a golpear la puerta, más flojo, pero más largo.

Por el camino, viniendo en el taxi, me había documentado más acerca de Sidney Karnow, por lo menos de cómo era él tres años antes. Su actitud y afición por el dinero había sido notable, pero no había mostrado nunca inclinación a desparramarlo de forma incontrolada. Por el contrario, por lo menos desde que Carolina le conocía, no lo malgastaba en absoluto. Se había portado de forma honesta formalizando

sus relaciones con una mujer mucho más modesta que él. Estos detalles no me ayudaron demasiado a trazar mi plan, pero había otros que me resultaban más interesantes. Las palabras clave eran «egocéntrico» que podía complicar mi trabajo y «orgullosa» que podía ayudarme a llegar a la solución. Un hombre con orgullo sería incapaz de seguir compartiendo sus desayunos con una mujer ansiosa de desprenderse de un millón de pavos sólo por el privilegio de compartir los desayunos con otro tipo.

Evidentemente la aclaración de mis dudas iba a retardarse todavía, pues a pesar de mi reiterativa llamada, nadie

acudía a abrirme. No deseaba arriesgar la posibilidad de una entrevista y por esto no me había molestado en telefonarle primero. Decidí bajar hasta el bar y recomendar a mis clientes paciencia, paciencia para una espera que lo mismo podía ser de diez minutos que alargarse hasta diez horas, tomarme un bocadillo y un vaso de leche y subir otra vez para un nuevo intento. No obstante, antes de dar media vuelta y alejarme, mi mano se dirigió automáticamente hacia el pomo de la puerta y le dio vuelta al tiempo que con el pie apretaba hacia delante. La puerta se abrió. Me quedé un momento quieto y apreté luego con el pie un poco más.

Introduje mi cabeza por la rendija abierta y grité, ¡señor Karnow!

No obtuve respuesta. Empujé todavía más y crucé el umbral. Viniendo de la claridad del pasillo mis ojos quedaron ciegos al penetrar en la habitación y extendí mis manos para palpar. Poco a poco fui aprovechándome de la luz que entraba por la puerta que había yo dejado entreabierta y comencé a ver un poco más. No obstante., probablemente hubiera acabado por el suelo y dándome un coscorrón de no ser mi buena nariz. En efecto, mi olfato me dijo que en la habitación se notaba un débil pero extraño olor que yo no tardaría en reconocer. Olfateé con fuerza

un par de veces y logré mi objetivo, palpé en la pared y encontré un interruptor que pulsé inmediatamente. Cerca de donde estaban mis pies, había un hombre en el suelo con los brazos extendidos: junto a su cuerpo descubrí otra puerta medio entornada.

Me detuve un momento junto al cuerpo antes de decidirme a obrar, volví a la puerta que daba al pasillo y la cerré. A simple vista, sólo con la descripción que Carolina me había dado, era fácil descubrir en aquel hombre a Sidney Karnow. Estaba vestido, pero sin chaqueta ni corbata. Puse mi mano en una de sus muñecas; no había nada que hacer. Con uno de mis

dedos, levanté sus párpados cerrados y apreté en las uñas de su mano con fuerza, las uñas permanecían blancas. Puse la parte externa de mi mano sobre su piel y pude comprobar que estaba ya bastante fría.

Me quedé un momento de pie junto al cuerpo tendido. No había lugar a dudas: se trataba de Karnow. Miré mi reloj que marcaba exactamente las siete veintidós. La puerta entreabierta daba al cuarto de baño y descubrí varias toallas desparramadas por el suelo. Junto al cuerpo había también varios objetos. Uno de ellos era una pistola G. I. del calibre 45. No la toqué. Junto a ella vi una toalla que tomé en mis manos para

examinar, descubriendo un pequeño agujerito rodeado de pólvora. No había duda de que la toalla había sido usada para disimular y silenciar el disparo. No obstante, no me fue posible ver en el cuerpo orificio alguno de entrada o salida de bala. Sin duda, para localizarlo me hubiese sido necesario dar la vuelta al cuerpo y de momento no lo creía conveniente. Medité un momento sobre qué era lo que debía hacer ante aquella situación.

Me decidí por salir cuanto antes de la habitación; con todas precauciones abrí la puerta y la volví a cerrar, procurando no dejar ninguna huella ni borrar las existentes. Atravesé el pasillo

desierto y tomé el primer ascensor que encontré a mi paso, con el que descendí hasta el piso inferior. Desde una cabina telefónica marqué el número de Wolfe. La voz que contestó a mi llamada era la de Fritz. Le dije que quería hablar con Nero. Fritz se apresuró a exclamar:

—¡Pero, Archie, Wolfe está cenando!

—¡Ya lo sé! Dígale que me han atrapado los caníbales y me están despellejando y oblíguele a que se ponga al teléfono.

Pasaren dos buenos minutos antes de poder escuchar la airada voz de Wolfe.

—Y bien, Archie, ¿qué diablos pasa?

—Pues sencillamente, Wolfe, que estoy llamando desde una cabina del «Hotel Churchill». Dejé a los clientes en el bar y subí solo a la habitación de Karnow. Encontré la puerta sin cerrar con llave, entré. Karnow estaba en el suelo, muerto, y junto a él aparecía una pistola del ejército. No se trata de un suicidio porque la pistola había sido disimulada en un lío de toallas.

—¡Maldita sea! ¡Y que esto me ocurra en medio de una comida!

—Sí, ya sé; sé que es imposible hablarle a usted cuando tiene la boca llena, pero creo que la situación lo requería; además, si usted no quiere...

—¡Cállese!

Por unos segundos reinó el silencio al otro lado del teléfono; luego Wolfe preguntó:

—¿Cree usted que ha muerto dentro de los últimos 90 minutos?

—No, tiene la piel ya bastante fría.

—¿Vio algo que le pueda sugerir alguna pista?

—No, he estado allí sólo tres minutos y tras el primer examen me he decidido a interrumpir su cena. Puedo regresar y darle vuelta al cuerpo.

—No —contestó secamente—, no vamos a ganar nada con diferir el descubrimiento del cadáver. Diré a Fritz que telefonee a la policía anónimamente. Tráigame al señor Aubry y a la señora

Karnow, ¿han comido, cree usted?

—Deben estar haciéndolo ahora, por lo menos así se lo recomendé.

—Vea que hayan comido y tráigamelos luego con cualquier pretexto. Invéntese uno.

—¿No les digo nada?

—No, yo se lo diré; procure estar aquí dentro de una hora y diez minutos, no antes. Acabo de empezar a cenar y ese tiempo es mío.

Sin añadir nada más colgó el auricular.

Descendí a través de los anchos, largos y lujosos corredores y cerca ya de la entrada del «Bar Tulipán» fui parado por un antiguo conocido, Tim

Evarts, al servicio del «Hotel Churchill». Tenía ganas de hablar, pero procuré esquivarle. Si hubiese sabido que momentos antes acababa de descubrir un cadáver en una de sus habitaciones y que no se lo había comunicado, estoy seguro de que hubiese terminado su elocuencia.

En el bar no había muchos clientes a aquella hora y los míos estaban en una mesa cerca de la esquina. Cuando me vieron aproximarme, Aubry se puso en pie y acercó una silla para que me sentase a su lado. En la mirada de ambos, era fácil descubrir un estado enorme de ansiedad de oír cuanto yo pudiese contarles.

Me senté a su mesa y les dije:

—Nadie ha contestado a mi llamada.

Deberé intentarlo otra vez; de todas formas lo mejor que ahora podemos hacer, es comer.

Mis palabras causaron desasosiego en la pareja.

—Me es imposible probar bocado —dijo Carolina nerviosamente.

—Creo que debería tomar alguna cosa —le dije—, no es preciso que cene en cantidad, pero por lo menos, algo, una raja de melón o un bocadillo. Aquí pueden servirnos esto. Comemos un poco y vuelvo a intentar. Si sigo sin obtener respuesta, ya veremos qué debemos hacer. No pueden ustedes

pasarse toda la noche aquí.

—Creo que no puede tardar en presentarse —afirmó Aubry—. ¿No sería mejor que usted le esperase cerca de la puerta de su habitación?

—De lo único que estoy seguro —respondí yo— es de que a mi estómago le sería peor. Usted señora... ¿cómo puedo llamarla?

—Llámeme Carolina.

—Pues bien, usted Carolina, debe comer; no puede perder energías sea cual sea la circunstancia que la aflige.

Pasó media hora. Ella acabó comiendo un poco y Aubry un bocadillo de salchichas y una enorme porción de queso. Yo también cené. Cuando vacié

la última gota de mi taza de café, les dije que me esperasen pues iba a probar suerte otra vez. Me levanté y salí de la sala, caminé a lo largo de los corredores y durante un cuarto de hora no aparecí por el bar; cuando regresé me dirigí a su mesa y les dije:

—Sigo sin obtener respuesta; en vista de ello acabo de telefonar al señor Wolfe que me ha dicho tiene una idea y desea vernos allí lo antes posible. ¡Vámonos!

—¿Para qué? —interrogó Aubry.

—Mire —les dije— cuando el señor Wolfe tiene una idea y desea hacérmela saber no tengo más remedio que acudir a su llamada. Por lo tanto, me voy para

allá. Si ustedes quieren, pueden quedarse aquí esperando tal vez inútilmente. Hagan lo que crean más conveniente.

Yo observaba sus expresiones y parecía darme cuenta que tanto Aubry como Carolina comenzaban a pensar que Wolfe y yo estábamos poniendo en marcha alguna extraña maquinación. Aubry pagó la factura de la cena y yo me encargué de guiarlos hasta una calle lateral, saliendo del hotel por una puerta secundaria y evitando premeditadamente la entrada principal ya que por aquel entonces la llamada telefónica de Fritz podía muy bien haber surtido efecto y los Aubry eran muy conocidos en el

«Churchill» ya que a nuestra llegada, el portero que había abierto la puerta del taxi los había saludado por su nombre.

Llegamos a casa y tras abrir con mi llave, cerré la puerta y para más seguridad pasé un cerrojo.

Mientras les acompañaba a través del vestíbulo, miré mi reloj. Marcaba las ocho treinta y cinco; era pues puntual a la cita de Wolfe, ya que había transcurrido la hora y diez minutos obligada.

Nero apareció en la puerta del comedor; se paró un momento para mirarnos y siguió avanzando hacia su sillón dentro del cual se arrellanó como acostumbraba siempre hacer. Les miró y

dijo:

—Siéntense, por favor.

No parecieron prestarle atención y Aubry preguntó:

—¿Cuál es su gran idea? Goodwin nos ha dicho que tiene usted una.

—Siéntense, por favor —volvió a decir Wolfe—; me gusta que cuando yo estoy sentado la gente con la que tengo que hablar, lo esté también. Tengan la bondad de sentarse.

Su tono autoritario influyó en el ánimo de los clientes que se sentaron a la vez, Carolina en el sillón de piel roja y Aubry en el amarillo.

—¿Qué es lo que usted sospecha? —preguntó Aubry con inquietud—. ¿De

quién sospecha? ¿O de qué?

—En principio creo que uno de ustedes ha visto al señor Karnow y ha hablado con él hoy mismo. Quizás ambos.

—¿Qué es lo que le hace pensar así?

—Eso me lo reservo, pero estoy seguro de no equivocarme. ¿Cuándo y dónde ha visto usted al señor Karnow y qué es lo que han hablado?

—¿Qué sé yo! Nunca le he visto, se lo aseguro a usted. ¿De dónde se ha sacado esa idea?

Wolfe movió la cabeza dudando y dirigiéndose a la mujer preguntó:

—Entonces, señora, ¿ha sido usted? Carolina le miraba con las cejas

arqueadas.

—¿Está usted insinuando que he visto hoy a mi... que he visto a Sidney Karnow?

—Exactamente.

—Pues bien, no le he visto. No le he visto en absoluto y deseo saber por qué hace usted tal sugerencia.

—Lo sabrá usted —dijo Wolfe entornando los ojos enigmáticamente al tiempo que volvía otra vez su rostro hacia Aubry.

Sonó el timbre de la puerta.

Fritz estaba en la cocina fregando los platos, por lo tanto yo me levanté y me dirigí hacia el vestíbulo. Di al interruptor y me dirigí al panel situado

en medio de la puerta. Tengo que reconocer que lo que vi al otro lado me causó admiración. El sargento Purley Stebbins de la Brigada de Homicidios de Manhattan Oeste sabía perfectamente que yo estaba mirando por el gran panel de la puerta completamente opaco desde su lado y había colocado uno de sus grandes pies encima del cristal intentando burlarse de mí.

Descorrí el cerrojo con sigilo y abrí la puerta de golpe. Stebbins entró de forma violenta en el vestíbulo al tiempo que gritaba:

—¡Hola, calavera! ¿No pensabas en mí, eh?

—De verdad que no, truhán. ¿Qué te

trae por aquí?

—¿Por qué lo quieres saber?

—Porque me imagino que debe ser algo muy importante.

—Sí, en efecto. Si me he decidido a penetrar en vuestra madriguera, exponiéndome al mal humor del señor Wolfe, es por algo muy importante.

—Bien, te doy diez segundos que puedo permitirme el lujo de perder. Uno, dos, tres, cuatro...

Stebbins me cortó:

—Has estado en el «Hotel Churchill». Lo has abandonado hace media hora en compañía de un hombre llamado Paul Aubry y su esposa y te has metido dentro de un taxi con ellos.

¿Dónde están? ¿Los has traído aquí?

—¿Puedo llamarte Purley?

—Sí, soberano payaso.

—De acuerdo, entonces te seguiré llamando Stebbins. Durante todos estos años has conocido, tú lo sabes bien, a muchísima gente, incluidos los detectives con licencia que se han visto obligados a responder a impertinentes preguntas por parte de vulgares policías; pues bien, todos éstos que han respondido, lo han hecho por ignorar sus derechos, pero amigo, yo conozco bien los míos. Dame una razón por la que yo pueda darte cuenta de mis movimientos y de los compañeros que yo pueda tener. Hazla buena y seguiremos hablando.

El silencio siguió a mis palabras.

Tras unos segundos añadí:

—Y no intentes obligarme por la fuerza. Además, si tú eres de Homicidios es que hay algún muerto. ¿Quién?

—¿Quién crees tú?

—¡Uy, uy! No quiero arriesgarme a dar un nombre... porque si por desgracia lo acertaba entonces sí que me habría caído con todo el equipo.

—Pues bien, Sidney Karnow ha sido asesinado esta tarde en su habitación del «Churchill». Había sido dado por muerto en Corea y acababa de regresar sano y salvo cuando se enteró de que su mujer se había casado con Paul Aubry.

Esta historia la sabes mejor tú que yo.

Stebbins no podía ver mi rostro, porque yo lo mantenía intencionadamente fuera de la luz. Aparentando sinceridad pregunté:

—¿Así que Karnow ha sido asesinado?

—A todas luces parece que sí; fue encontrado tendido, sin vida, en el suelo de su habitación.

—¿Y tú insinuabas que yo lo sabía?

—No me atrevo a tanto. Pero estoy seguro que conocías la situación existente con Aubry y su mujer. Quiero que me los entregues y los quiero ahora. ¿Están aquí? Si no es así, ¿dónde están?

—Veo —afirmé juiciosamente— y

admito que me has dado una auténtica razón. Siéntate un momento y en seguida regreso.

Salí del vestíbulo y cerré la puerta que daba al despacho, me dirigí a mi mesa, tomé un lápiz y un papel y escribí:

«Stebbins. Dice K. asesinado. Hemos sido vistos al abandonar el hotel. Pregunta si están aquí y si no dónde.»

Me puse de pie y le alargué la nota a Wolfe que la leyó colocándola dentro de su cajón. Miró a Carolina y después a Aubry.

—Ya no necesitan de mí —les dijo—. Su problema se ha solucionado para usted. El señor Karnow ha muerto.

Ambos le miraron sobresaltados.

—Desde luego —añadió—, ahora deberán enfrentarse con otro problema también muy molesto.

Carolina temblaba dentro de su sillón.

—¿A qué se refiere? —preguntó Aubry.

—A una visita que acabamos de recibir —contestó Wolfe—. ¿Archie?

—Sí, señor. El sargento Stebbins de la Brigada de Homicidios espera en el vestíbulo. Dice que Karnow fue asesinado esta tarde en su habitación del hotel; el asesino le disparó un tiro en la nuca. El señor Aubry y la señora Karnow han sido vistos abandonando el hotel en mi compañía y desea saber si

están aquí y si no dónde. Dice que quiere que se los entreguemos.

—¡Dios mío! —exclamó Aubry.

Carolina carraspeó sin llegar a pronunciar ninguna palabra. Sus labios estaban rígidos. Los movió un poco y me pareció que preguntaba:

—¿Pero es posible que esté muerto?

No obstante, sus palabras fueron dichas en tono tan bajo que no estoy seguro de que fueran las que yo comprendí.

Wolfe dijo:

—Ya lo ven. Éste es el nuevo problema. La policía puede retenerles una noche, una semana o quien sabe si un mes. El señor Stebbins no puede

penetrar en esta casa sin una orden de arresto y si ustedes fueran mis clientes no le hubiera permitido siquiera esperar en el vestíbulo y Archie lo hubiese despachado inmediatamente. Pero desde el momento en que la tarea que me encomendaron ustedes ya no es factible, lo único que puedo desearles es buena suerte y buenas noches.

Carolina abandonó la silla llorando y se dirigió con los brazos extendidos hacia Aubry que la estrechó contra él en un fuerte abrazo.

—De todas formas —siguió diciendo Wolfe—, siempre me ha repugnado que la policía meta sus narices en mi casa para detener a

personas que han venido a hacerme alguna consulta y contra las que no existe ninguna acusación de asesinato. Tengo una puerta en las habitaciones de atrás, una puerta que da a la Calle 34, el señor Goodwin les acompañará y de esta forma ustedes podrán disponer de un poco más de tiempo para discutir y pensar qué es lo que deben hacer.

—No —se apresuró a replicar Aubry—, no tenemos por qué huir. Dígale que estamos aquí y le acompañaremos a donde nos quiera llevar.

Wolfe negó con la cabeza.

—Desde luego, esto no ocurrirá en mi casa. Sin una orden superior, aquí no

se detiene a nadie. ¿Está usted seguro de que no desea retardar un poco su contacto con la policía?

—Sí.

—Entonces, Archie, acompáñelos y entréguelos en la calle.

Me puse en pie y dirigiéndome hacia la puerta de salida del despacho indiqué:

—Por aquí, tengan la bondad.

Iba a empujar la puerta cuando me detuve al escuchar detrás de mí la voz de Carolina. Estaba frente á Aubry y con sus brazos parecía intentar detenerle para que se quedara.

—Paul, Paul querido, no crees que podríamos preguntar a Wolfe...

—No tenemos nada que preguntar a Wolfe —cortó Paul Aubry con decisión —, ya tengo bastante de Wolfe. ¡Vamos, Caro mía, no tenemos nada en absoluto que preguntar a nadie!

Abrí la puerta y ambos me siguieron hacia el vestíbulo. Mientras Aubry descolgaba su sombrero de la percha me adelanté solo y dirigiéndome a Purley le dije:

—Pues bien, tal como pensabas las personas que buscas están aquí, en la oficina. No obstante, no puedo entregártelas...

—¡Abre la puerta!

—Un momento. El señor Wolfe está irridadísimo al saber que te has

permitido entrar en su casa sin una orden de arresto, ahora bien, voy a cooperar y te los entregaré en cuanto hayas pisado la acera de la calle. ¿Te parece bien?

—No. ¡voy a entrar!

—Ni lo intentes, sería la peor decisión que podrías tomar.

—Además, tú también vas a acompañarme, tienes que declarar.

—¡Sí, ya me lo imagino! Iré dentro de un rato. ¿Dónde es? ¿En la Calle 20?

—¡Vendrás conmigo ahora mismo!

—¡De ninguna manera! Primero quiero preguntar al señor Wolfe si cree que es preciso que os dé mucha tabarra con mis declaraciones o si por el contrario debo ser breve. ¿En la Calle

20, verdad?

—Sí, pero hoy, ¡no mañana!

—De acuerdo, ahora por favor, desciende hasta el portal e inmediatamente estarán contigo tus amigos y cuidado no vayas a tropezar, caerte y estropearlo todo por desgracia.

No me contestó, dio media vuelta y comenzó a descender los escalones. Abrí la puerta del vestíbulo y dirigiéndome a nuestros ex clientes, dije:

—Bien, en pago a los bocadillos y el café del «Bar Tulipán», me permito hacerles una sugerencia. No contesten ninguna pregunta que les puedan hacer, hasta tener un abogado de toda confianza

y haber hablado con él. Incluso si...

No proseguí mis consejos porque mis oyentes acababan de salir sin prestarme atención. Como no quería dar a Purley el placer de que viera como yo contemplaba la detención de la pareja Aubry, cerré rápidamente la puerta y me volví hacia el despacho. Wolfe apoyaba cómodamente su cabeza sobre el respaldo del sillón y tenía los ojos cerrados.

—Me buscan —le dije—. ¿Debo presentarme?

—Desde luego has de hacerlo —gruñó sin abrir los ojos.

—¿Estamos defendiendo algo?

—No hay nada que defender.

—Las cartas de Karnow a su mujer están en mi mesa. ¿Me las llevo y se las devuelvo?

—No, son de su propiedad y puede estar seguro que Carolina no tardará en reclamarlas.

—¿Descubrí el cuerpo?

—En absoluto, ¿con qué propósito?

—No, no, con ninguno. No se extrañe si regreso tarde.

Me puse el sombrero y sin prisas me encaminé hacia el vestíbulo.

# CAPÍTULO III

Como a mí no me corría ninguna prisa llegar a la Brigada de Homicidios y la noche era espléndida para darse un paseo, decidí tragarme paso a paso las quince manzanas que me separaban de la Calle 20 y aprovechar para hacer una gestión. Gestión que no podía haber llevado a cabo en la oficina de Wolfe sin ultrajar a éste, ya que, sabido era la afición desmesurada que tenía a ver su nombre en los periódicos, fuese en la sección que fuese sin incluir naturalmente las esquelas. Así, pues, me

dirigí a una cabina telefónica de la Décima Avenida. Marqué el número de la Gaceta y pregunté por Lon Cohen que inmediatamente se puso al aparato.

—Prepare la primera página —le dije— y vaya tomando nota. Si no le interesa, dígamelo e inmediatamente me pondré en comunicación con el Times. ¿Qué pasa si le digo que Paul Aubry, y para usted señora Sidney Karnow, acudieron esta tarde a Nero Wolfe y que yo estuve con ellos dos en cierto sitio y los traje otra vez a la oficina del señor Wolfe y que hace quince minutos el sargento Purley Stebbins vino a buscarlos y se los llevó? O acaso no sabe usted todavía que Karnow ha sido

ase...

—Sí, hombre, sí, ¿tiene usted algo más que comunicarme? Porque hasta ahora no he escrito ni una sola palabra.

—Nada más. Lo único que debe garantizarme es que hará aparecer mi nombre en mayúsculas. ¡Mi nombre! ¿Comprende? Se deletrea A-R-C-H...

—Sí, también lo sé. ¿Quién más sabe todo esto?

—Por mi parte, nadie; solamente usted, hijito.

—¿Qué buscaba esa pareja al dirigirse a Wolfe?

Desde luego esperaba aquella pregunta. Le pides a un periodista cuatro líneas y te pregunta para llenar una

columna.

Logré convencerle de que aquello era todo por el momento y reanudé mi camino.

En la Brigada de Homicidios de Manhattan Oeste situada en la Calle 20 me hubiese gustado que fuera asignado para tomar mi declaración el teniente Rowcliff con el que yo había tenido ya algunos tratos. Pero no fue así y me enfrentaron a un colega graduado llamado Eisenstadt del cual no tenía ningún dato. Todo lo que él quería eran hechos y le di cuenta de mis andanzas, paso a paso, suprimiendo naturalmente mi entrada en la habitación. Mi declaración duró media hora, incluyendo

el rato perdido en la estampación de sellos y firmas. Decliné su invitación a imprimir mis huellas digitales mientras no llegase el inspector Cramer. Y ya que quería hechos, le di cuenta de uno muy importante. Le dije que era un honrado ciudadano, conocido y que había prestado importantes ayudas a la ley, con una dirección que nadie ignoraba y que si me necesitaban sabían perfectamente dónde encontrarme.

De regreso a la oficina de Wolfe, le vi hojeando entre las páginas de un libro. No sabía si interrumpir su trabajo o irme a dormir sin decirle nada. Me decidí por lo primero, pero al ver que no me preguntaba nada acerca de mi

declaración me di cuenta que estaba pensando que yo iba a pedirle ayuda. Pero no fue así, le dije que mi misión en la Brigada de Homicidios no había aportado nada interesante. Le deseé buenas noches y en dos zancadas subí a mi habitación.

A la mañana siguiente, mientras Fritz me servía en la cocina mi succulento desayuno, pasteles de queso caliente, extendí el periódico delante de mí. Desde luego, Lon no me había dedicado cuatro líneas pero sí ocho; en cambio al lado de la noticia que yo protagonizaba aparecía un montón de información miscelánea, relativa al caso; escribía por ejemplo que Karnow tenía una tía

Margarita llamada señora de Raymond Savage, que a su vez tenía un hijo, Ricardo, y una hija, Ana, en la actualidad casada con un tal Norman Horne. Había una fotografía de Ana y otra de Carolina que en realidad no había salido muy favorecida.

No acostumbro a ver a Wolfe por la mañana hasta las once, hora en que desciende de los pisos destinados a sus orquídeas, pero aquel día me fue imposible verle durante toda la mañana. En efecto, serían algo más de las diez, cuando una llamada del sargento Stebbins me invitó a que me dirigiese lo antes posible a la oficina del fiscal del Distrito. Contestando a la llamada le

dije que tardaría solamente cuatro minutos, el tiempo suficiente para poner pesos sobre los papeles que tenía desparramados por mi mesa, colocarme mi sombrero y salir. Mi buena estrella iba a colocarme sin duda de nuevo en contacto con nuestros ex clientes quienes posiblemente habían llegado a la conclusión de que todavía no habían tenido «bastante» de Wolfe.

Hacía ya más de media hora que estaba esperando sentado en un pesado sillón de madera, en una enorme sala de los últimos pisos de la calle Leonard 155 y estaba a punto de decidirme a dirigirme hacia una especie de taquilla al otro lado de la cual se sentaba una

señora, para mí excesivamente madura, y decirle que sólo me esperaría tres minutos más, cuando descubrí a otra mujer que avanzando por el pasillo se dirigía aproximadamente en mi dirección. Ésta ya no tenía tantos años y haciendo uso de mi buen gusto, decidí posponer mi ultimátum. Su manera de caminar merecía un detenido examen: su rostro invitaba a un completo análisis y hubiese sido complicado intentar un completo inventario de sus prendas de vestir. O aquella mujer era Ana Savage Horne o La Gaceta se había equivocado de fotografía.

Me miró con más franqueza de la que yo esperaba, saludó con un ligero

movimiento de cabeza y se sentó en la silla más próxima a donde yo me encontraba sonriéndome de forma extraña, como uno puede esperar solamente que le sonría una reina o una mujer de vida fácil.

Yo fui el primero en hablar.

—¿De qué piel es esta estola? —le pregunté—. ¿De conejo?

Sonrió y acercando un poco más su silla, preguntó a su vez:

—¿Qué es lo que le hace pensar así? ¿Cree usted que la vulgaridad es la mejor línea de conducta?

—No se trata de línea de conducta, aunque debo reconocer que yo nací vulgar. Cuando vi su fotografía en el

periódico, deseé urgentemente llegar a oír su voz, imaginándomela maravillosa. Exactamente como la tiene usted. Hable, por favor, hable un poco más.

—¡Oh, creo que es usted un soberbio embaucador!

—Puede ser. Tal vez le interesa saber que me llamo Goodwin, Archie Goodwin.

—¿Goodwin? —preguntó ella para sí dudando—. ¡Desde luego! Usted estaba también en el periódico y si es el que yo creo trabaja para Nero Wolfe.

—Exactamente. Puede decirse que cuando estoy trabajando «soy» Nero Wolfe. Así pues, ¿puede usted decirme dónde estuvo ayer por la tarde desde las

dos y once minutos hasta las seis menos dieciocho?

—Veamos. Estuve paseando por el parque con mi cotorra. Si usted cree que esto es mi coartada, se equivoca, puede preguntar a mi cotorra. Y ahora, ¿desea saber algo más?

—Sí. ¿Es capaz su cotorra de decir la hora?

—En efecto, siempre está mirando el vaivén del minuterero y escuchando el tic-tac del reloj con extraordinaria atención.

—¿Puede decirme cómo se las arregla para decir la hora?

Ella pareció dudar pero respondió:

—Sabía que ésta iba a ser su pregunta; pues bien, la tengo

perfectamente entrenada. Las horas las da hablando y los minutos con pequeños movimientos de su pico y además...  
¡Hola, madre!

Acababa de interrumpir sus extrañas explicaciones poniéndose en pie.

—¡Qué! ¿Todavía no han esposado a nadie?

Madre, la famosa tía Margarita de Sidney Karnow, acababa de emerger desde el pasillo, ocupando buena parte del mismo con su monumental humanidad. Abultaba, desde luego, más del doble que su hija Ana y más de la mitad de Nero Wolfe. No era solamente gorda y de tamaño grande, sino que eran grandes todos sus detalles faciales.

Detrás de ella avanzaban en hilera varios personajes más.

El primero era un joven, enclenque por comparación, que cubría sus ojos con gafas negras y detrás de él otros dos hombres; uno inequívocamente, por su parecido con madre, era Ricardo, el hermano de Ana y el otro, un tipo alto y desvencijado, que hubiese sido llamado de aspecto interesante por cualquier mujer de dieciséis a sesenta años.

En seguida me di cuenta que mis informaciones acerca de la cotorra se habían acabado.

—Madre, éste es el señor Goodwin, el Archie Goodwin que estuvo en el «Churchill» ayer con Carolina y Paul.

Estábamos charlando. Señor Goodwin, mi madre, mi hermano Dick, mi esposo Norman Horne. Y éste es Jim Beebe, el abogado que domina todas las leyes — dijo finalmente presentándome al joven delgado de gafas negras.

Tenía ganas de hablar y no se contentó tan sólo en efectuar las presentaciones. Siguió diciendo, dirigiéndose ahora a su marido:

—Tú sabes lo que me aburren estas visitas al despacho del fiscal del Distrito, que por otra parte es muy poco cortés con nosotros; en cambio el señor Goodwin es diferente y si no hubieseis venido vosotros incluso...

La palma de la mano de su marido

oprimiéndole con fuerza la boca, le impidió seguir.

—Hablas demasiado, querida —le dijo tolerante.

—Es su sentido del humor —explicó tía Margarita—; siempre lo mismo, Ana querida. Está fuera de lugar, ¡ay! con el pobre Sidney recién asesinado. Cruelmente asesinado.

—¡Bah! —balbuceó Dick Savage.

—¡Ha sido tan cruel! —insistió su madre—. ¡Asesinar es siempre tan cruel!

—De verdad que lo es —añadió él —, pero para nosotros, Sid había estado muerto durante más de dos años, mientras que en cambio acababa de

regresar hace solamente dos semanas y no le habíamos visto todavía. ¿Qué puede esperar pues usted de nuestra reacción?

—Sugiero —interrumpió el abogado Beebe en un delicado tono de voz muy acorde con su estilizada silueta— que este lugar, es un lugar público y el menos conveniente para una discusión privada. ¿Nos vamos?

—Yo no —replicó Ana—, no puedo marcharme hasta hablar un poco más con un hombre tan encantador como el señor Goodwin. No puedo moverme bajo el peso de su mirada, de sus ojos grises...

—Ahora no, querida; tal vez tengas otras oportunidades.

Y Norman Horne, acompañando con extraordinario afecto a su esposa, se dirigió hacia la puerta. Los otros le siguieron detrás. Beebe cerraba la marcha. Ni uno solo mencionó el placer que había tenido al conocerme, mi primer encuentro no había sido excesivamente sensacional. Me puse en pie al escuchar la voz de la mujer madura que señalándome una puerta me indicaba:

—El señor Mandelbaum quiere verle, señor Goodwin.

En la dirección que la mujer me indicaba, solamente tenían sus despachos dos fiscales sustitutos de distrito y ninguno de ellos pertenecía a

Mandelbaum. No obstante, al entrar en la habitación que se me había indicado, la puerta estaba abierta, no puedo negar que me llevé una sorpresa. Mandelbaum estaba sentado frente a la mesa de trabajo y cerca de él, sentado en una silla, estaba un hombre, grande, de mirada hosca y cabello gris, rostro colorado y ojos también grises que hubiesen llamado la atención a criaturas como la señora Norman Horne, pues si ella sentía el peso de mi mirada, no sé lo que hubiera dicho estando frente al inspector Cramer de la Brigada de Homicidios.

—Es un placer —dije cortésmente aceptando la invitación que

Mandelbaum me hacía de que me sentara en la tercera silla.

—¡Míreme! —ordenó Cramer.

Le miré con las cejas muy levantadas y realmente interesado en lo que pudiera preguntarme.

—Es demasiado tarde —dijo— para que nos prolonguemos, no tengo tiempo y seré muy breve. Acabo de visitar a Wolfe. Naturalmente corrobora sus declaraciones diciendo que no tiene cliente. He leído la relación de sus pasos en la tarde de ayer y en realidad debo confesarle que no tenemos ninguna prueba de que usted entró en aquella habitación del hotel.

—Por lo tanto —dije yo sonriendo

—, por ese lado no hay nada que temer.

—No esté usted tan seguro. Admito que no tenemos ninguna prueba de que estuvo usted en la habitación, pero admita usted que estoy seguro de que en realidad estuvo allí. La información de que había aparecido el cuerpo nos llegó por teléfono y como usted puede comprender la voz que nos hablaba comienza ya a sernos bastante familiar. Por otra parte tiene usted que reconocer, que conozco perfectamente sus reacciones ante toda clase de situaciones.

—No tengo más remedio que felicitarle; resuelve usted sus problemas sencilla y rápidamente y con una

brillantez extraordinaria.

—Solamente digo que lo sé. Dejó a Aubry y a la señora Karnow abajo en el bar y subió solo hasta la puerta de la habitación de Karnow. Golpeó con sus nudillos sin obtener respuesta. Ante tal situación no existía ni una sola probabilidad entre mil de que usted se volviese sin intentar abrir o forzar la puerta.

—¿Entonces lo hice?

—Exacto.

Le miré con rostro resignado e insistí:

—Estese tranquilo, no intenté nada.

—No intentó forzar la puerta, porque tuvo la suerte de que la puerta no estaba

cerrada. La abrió pues y llamó a Karnow por su nombre sin obtener tampoco respuesta. Se adentró en la habitación y descubrió el cuerpo. Lo sé todo y lo sé porque le conozco, lo sé porque les conozco a ustedes, lo sé en fin, por lo que voy a seguir contándole. Descendió usted otra vez al bar y se sentó con ellos un rato y luego se los llevó a la oficina de Wolfe. Y eso, ¿por qué? Porque sabía que Karnow había sido asesinado. Si usted hubiese ido a la puerta de la habitación de Karnow y se hubiese contentado sin entrar tras no obtener respuesta a su llamada, ¿cree usted que yo voy a pensar que se hubiese marchado tranquilamente del

«Churchill» sin esperar a que apareciera Karnow? No, amigo; usted se hubiera quedado allí, toda la noche si hubiera sido preciso, y escuche usted bien, porque esto no es ni la mitad. Cuando Stebbins fue a la oficina de Wolfe tras ellos, sin estar previsto de orden de arresto ni cargo alguno, Wolfe consintió en «entregárselos». Dijo que ya no eran sus clientes desde que Stebbins había traído la noticia de la muerte de Karnow. Pero ¿por qué no lo eran? Porque él no quería tener conscientemente a un asesino por cliente y él pensaba que Aubry había matado a Karnow. ¿Qué le parece?

Sacudí la cabeza.

—Me parece —dije— que si usted lo sabe todo, no sé por qué ha exigido mi presencia.

—Quiero saber exactamente qué es lo que usted hizo en aquella habitación y si tocó o cambió de lugar algo.

Y además, Goodwin —dijo señalándome con el dedo—, quiero advertirle que toda la maquinaria legal está poniéndose en marcha y, que espero que pronto, ya que no por usted, sabré por Aubry lo que usted les dijo qué había visto en la habitación de Karnow cuando se unió a ellos en el bar y por qué fueron luego los tres juntos al despacho de Wolfe. Sí, creo que todavía vamos a tener que hablar muchas veces

más... ¿qué está usted pensando?

—Estaba intentando imaginar la cara que va a poner el señor Wolfe cuando yo le cuente esto. Cuando Stebbins vino con la noticia de que Karnow había muerto dejando así sin efecto la tarea que nuestros clientes nos habían encomendado, el señor Wolfe hizo un esfuerzo extraordinario en él, llegando más allá de lo que su dignidad le permitía e insinuándoles que no tendría inconveniente en hacerse cargo de cualquier otro trabajo que pudiesen encomendarle. Pero se marcharon sin hacerle caso. Esta circunstancia no hizo decaer su espíritu y sonriendo me dijo que no teníamos por qué

descorazonarnos y que algún día tenía usted que tener razón en alguna cosa. No obstante, aquello fue un duro golpe.

Cramer no esperó a oír mis últimas palabras, se levantó y salió, cerrando la puerta de golpe.

Mandelbaum me miró, pero antes de que pudiera decirme algo le pregunté:

—¿Cree usted que habré herido su susceptibilidad?

—Algún día —dijo el fiscal sustituto del distrito sin contestar a mi pregunta— alguien acabará por declarar contra Wolfe y usted por haber ido y acostumbrar a ir demasiado lejos sólo por el hecho de tener una vulgar licencia de detective. Estoy muy ocupado para

perder mi tiempo con sus juegos. Le ruego que se marche.

Cuando regresé a la Calle 35 algo después del mediodía, Wolfe estaba en su mesa, metiendo con un cuidado exagerado semillas de sus plantas dentro de pequeños sobres... Le pregunté si deseaba que le hiciese un reportaje de mi visita a Mandelbaum y Cramer y me contestó que no necesitaba nada porque él ya había hablado con Cramer y conocía la naturaleza de los temas a tratar. Le dije que había sido presentado a los parientes de Karnow e incluso a su abogado y que tal vez le interesase conocer mis impresiones; no obtuve respuesta y sí un tosco gruñido.

Pasé pues hacia dentro y me senté en mi mesa para ordenar los papeles que había dejado allí cuando la llamada de Stebbins. No había tenido casi tiempo de sentarme, cuando sonó el timbre de la puerta y me apresuré a ver de qué se trataba.

De pie, frente a la entrada del vestíbulo, estaba Carolina Karnow. Abrí la puerta y la invité a pasar.

—Deseo ver al señor Wolfe —me espetó como saludo, adentrándose hacia el despacho con decisión.

Procuro siempre que no pase ningún visitante sin enterarme antes de si Wolfe desea verle. Pero esta vez no me fue posible encaminar su paso, y aunque me

esforcé en cerrar la puerta aprisa y corriendo lo único que pude fue seguir sus pasos. Cuando la alcancé estaba ya sentada en su sillón preferido, el rojo.

Wolfe con un sobre de semillas en cada mano, la miraba asombrado.

—Han detenido a mi marido —dijo — y le acusan de asesinato.

—Naturalmente —gruñó Wolfe.

—Pero es inocente.

—Naturalmente, también. Quiero decir, que naturalmente era de esperar que usted dijese esto.

—Pero lo que digo es cierto y deseo que usted lo demuestre.

Wolfe negó con la cabeza.

—No será necesario. Ellos mismos

deberán demostrar que lo es. Señora, tiene mala cara; ¿ha comido usted?

—¡Dios mío! Los dos piensan lo mismo. ¡Lo primero es siempre para ustedes la comida! Ayer noche fue él, hoy...

No continuó y estalló en una estruendosa carcajada, primero fue sólo un gorgorito, pero se convirtió luego en una auténtica risa de histérica. De un salto, me puse en pie y me dirigí hacia ella, tomé su cabeza entre mis manos y volví su rostro hacia mi lado. Cuando la tuve así, la besé con fuerza e inequívocamente en los labios. Para con algunos clientes aquél era un sistema más satisfactorio que una bofetada y a

no dudar más efectivo. No presté demasiada atención a sus primeros aspavientos y sólo decidí apartarme cuando vi sus intenciones de agarrar mi cabello.

—¡Están ustedes locos! —fueron sus primeras palabras.

Me di cuenta que se había obrado la reacción esperada y abandoné el despacho, dirigiéndome a la cocina para decir a Fritz que nos trajese unas cuantas galletas tostadas, leche y algo de café caliente. Hecho esto, regresé a la oficina.

—¿Tenía usted necesidad de hacer esto? —me preguntó Carolina tan pronto alcancé mi mesa.

—Mire —le contesté—, indudablemente usted ha venido a pedir ayuda al señor Wolfe, y el señor Wolfe no admite tratos con mujeres histéricas. Si hubiese durado cuatro segundos más, se hubiese levantado de su asiento y tras abandonar la habitación hubiera rehusado cualquier nuevo contacto con usted. Éste es un ángulo de la cuestión, y el otro es, que si usted cree que es indeseable ser besada por mí, estoy decidido a someterme al voto de todas las que lo han sido antes que usted.

Ella me miraba con los ojos muy abiertos. Se pasó ambas manos por su cabello y me dijo:

—¿Supongo que deberé darle las

gracias?

—No es necesario. Sea usted bienvenida.

—¿Se encuentra usted bien? —gruñó Wolfe.

—Estoy perfectamente —balbuceó—. No he dormido y ciertamente no he comido nada, pero estoy bien. Han detenido a Paul por asesino. Él desea que yo busque un abogado, pero no conozco ninguno que sea conveniente. El que usa para los negocios no es bueno para esto, y desde luego no le interesa tratar con Jim Beebe, y en cuanto a otros dos abogados que conozco, no sé si son buenos. Le dije a Paul que iba a venir a verle a usted y me dijo que muy bien.

—¿Ha venido usted a verme para que le recomiende un abogado?

—Sí, pero también queremos que usted nos ayude.

De pronto su rostro subió de color adoptando un aspecto saludable y prosiguió:

—Paul dice que usted cotiza muy alto su trabajo, pero supongo que tengo mucho dinero ahora, tras la muerte de Sidney; por cierto que quiero decirle una cosa: la pasada noche, cuando usted nos dio la noticia, por un momento creí que Paul lo había matado. Pero luego, su mirada y sus palabras me demostraron que no había sido él. Y usted, señor Wolfe, ¿cree que Paul le asesinó?

—No —respondió Wolfe en voz baja. Se movió en su sillón y continuó —: El señor Cramer, un policía, vino a verme esta mañana y me echó en cara el hecho de haber albergado conscientemente a un asesino en mi casa. Una vez se hubo marchado, medité sobre la cuestión. La posición de Cramer era que el señor Aubry, tras asesinar al señor Karnow y haber discutido el asunto con usted, decidió venir a verme para pedir me hiciera cargo de la gestión y entrevista con Karnow, fijando de esta forma el hecho de que no conocía la muerte de él. Pero la posición de Cramer no es la mía; estuve escuchando ayer durante una hora al

señor Aubry, y si el señor Aubry venía entonces de asesinar a Karnow, yo soy un zopenco. Y como sabido es, que yo no soy eso, Paul Aubry no es un asesino. Por lo tanto... Sí, Fritz, está bien. Señora, aquí hay algo para usted.

Me gustaría pensar que era mi beso lo que le había hecho recobrar el apetito, pero he de suponer que fue la seguridad de que Wolfe creía en la inocencia de Paul. No solamente se comió las galletas con leche, sino un buen número de tostadas con pasta de hígado, especialmente preparadas por Fritz, amén de unas cuantas cebolletas en vinagre. Wolfe aprovechó la oportunidad para acabar de ordenar las

semillas y yo los papeles de mi mesa.

—Debo darles las gracias; todo está muy bueno y este café es excelente — dijo Carolina sinceramente satisfecha.

Wolfe disfrutaba tanto al ver que alguien hacía cumplidos de su cocina que por un momento se había olvidado de todo lo demás y se contentaba con sonreír.

Pasados unos minutos y con el ánimo muy predispuesto, volvió al tema.

—Si usted va a contratar mis servicios, quiero que no haya reservas entre nosotros y vuelvo a repetirle que estoy seguro que el señor Aubry es inocente; en cuanto al consejo que me pide le sugiero Nathaniel Parker. Si lo

desea, pida informes y si le conviene nosotros podemos preparar una entrevista. Ahora bien, si el señor Aubry no mató a Karnow, ¿quién lo hizo?

No obtuvo respuesta.

—¿Bien? —preguntó otra vez Wolfe.

Carolina apoyó la taza de café sobre la mesa y le miró extrañada.

—¿Me lo pregunta a mí?

—Sí.

—No lo sé.

—No sabemos quién es el asesino, y al señor Aubry le acusan como tal. Quien así le acusa debe tener algún motivo o evidencia. ¿Ha sido interrogado?

—Sí.

—¿Ha contado que fue a la puerta de la habitación de Karnow ayer tarde?

—Sí

—¿Sabe usted a qué hora fue?

—Aproximadamente, las tres y media.

—Por lo tanto existe el motivo y existe la oportunidad y todo parece ir contra él. Pero falta la evidencia; ¿conoce usted algún dato que puedan ellos tomar como evidencia?

—Sí, hay una cosa —repuso mirándole fijamente y concentrándose—. Le dijeron a Paul que habían encontrado en un bolsillo de Sidney una tarjeta comercial suya, con el nombre de la agencia y su nombre y dirección, y le

invitaron a que se explicara. Él dijo que tanto él como su agente de ventas repartían docenas de tarjetas cada día y Sidney podía haber recibido una en muchísimos sitios diferentes. Entonces le dijeron que en su tarjeta habían aparecido, claras y frescas, sus huellas digitales y que explicase aquello.

—¿Y pudo hacerlo?

—No pudo explicárselo a ellos de momento, pero me lo dijo a mí, cuando poco después fui autorizada a verle.

—¿Qué le contó? Pareció dudar:

—Me dijo que acababa de recordar que el pasado viernes por la tarde, fue a una reunión en la oficina de Jim Beebe, y dejó una de sus tarjetas sobre la mesa

de Jim.

—¿Quién asistió a aquella reunión?

—Además de Paul, y desde luego Jim, estaban la tía Margarita de Sidney, señora Savage y Dick Savage y además Ana y su marido Norman Horne.

—¿No estaba usted?

—No, no quise ir.

—Usted dice que dejó una de sus tarjetas sobre la mesa del señor Beebe. ¿Quiere usted significar que él recordaba que la tarjeta estaba encima de la mesa cuando él abandonó el despacho?

—Exacto, él está completamente seguro de que estaba allí cuando él se fue. Ahora bien, se marchó el primero y

todos los demás se quedaron allí.

—¿Se lo ha contado ahora el señor Aubry a la policía?

—No lo creo. Pensará que no debe contarle para que no parezca que está intentando acusar a alguno de los parientes de Sidney, cosa que le perjudicaría más de lo que le beneficiaría. No sé si he hecho bien contándoselo a usted, pero creo que sí. Wolfe gruñó una vez más.

—Ha obrado bien, señora. No están ustedes en una situación que les permita esconderme detalles por insignificantes que ellos puedan parecer. Karnow ha sido asesinado, por alguien que deseaba quitarle de en medio, excluimos a usted

y al señor Aubry y pensamos en la posibilidad de uno de los otros herederos. Según lo que me dijo ayer el señor Aubry, son tres: la señora Savage, su hijo y su hija. ¿Dónde está el señor Savage?

—Murió hace años. La señora Savage es la hermana de la madre de Sidney.

—A ella le correspondió, como a su hijo e hija, cerca de un tercio de millón. ¿Qué significa esa suma para ella? ¿Cuáles eran sus circunstancias?

—Me imagino que le solucionó la vida. No estaba bien situada.

—¿De qué vivía?

—Bueno... Sidney le ayudaba

mucho. Wolfe hizo un extraño gesto con los labios y dijo:

—Querida señora, sea tan delicada como quiera en sus juicios, pero cuénteme solamente hechos. Voy a hacerle una pregunta escueta: ¿vivía la señora Savage a expensas de la dadivosidad del señor Karnow?

Ella contestó sin vacilar:

—Sí.

—¿Qué hizo con su legado? ¿Lo conservó? Sólo quiero hechos.

—No, no lo conservó. Le hablo de hechos que todo el mundo sabe. La señora Savage, se compró una casa en Nueva York y el pasado invierno una villa en el sur de Francia; luce vestidos

carísimos y da grandes fiestas. No sé cuánto le habrá quedado. Dick trabajaba como corredor, pero lo dejó al cobrar la herencia de Sidney y hasta ahora ha estado pensando lo que debía hacer. Le gustan las mujeres y esto cuesta dinero si todas son tan malgastadoras como la propia Ana, casada con Norman Horne, guapa y elegante, que a sus veintiocho años ha llegado a ser una perfecta manirrota.

—¿A qué se dedica el señor Horne?

—A contar a la gente cómo hace veinte años marcó cuatro tantos para Yale jugando contra Princeton.

—¿Y es esto lucrativo?

—No, él dice que no está hecho para

la vida comercial. Desde luego, yo no podría vivir con él y no entiendo cómo puede hacerlo. Viven en un apartamento de la Park Avenue, ella paga la renta y me imagino que... debe de pagarlo todo.

—Bien —afirmó Wolfe—. ¿Se han visto ustedes muchas veces durante los pasados dos años?

—No mucho; con tía Margarita y Dick prácticamente no nos hemos visto. Yo acostumbraba a ver con cierta frecuencia a Ana, pero la vi muy poco a partir de su matrimonio con Norman Horne.

—¿Cuándo tuvo lugar este matrimonio?

—Hace dos años. Tan pronto como

la herencia fue cobrada —se detuvo un momento para pensar y tras decidirse continuó—: ésta fue precisamente una de las jugarretas inesperadas de Ana. Estaba prometida con Jim Beebe, sus relaciones habían sido anunciadas públicamente y estaba fijada la fecha y de repente, sin que existiese ningún motivo de ruptura, se casó con Norman Horne.

—¿Era el señor Horne amigo de su esposo?

—No, nunca se habían visto. No sé dónde Ana debió conocer a Norman. Creo que no hubiesen sido amigos, aunque se hubiesen conocido, porque a Sidney no le gustaban los hombres como

él. Había muy poca gente que fuese del agrado de Sidney.

—¿Le gustaban sus parientes?

—No; si usted quiere hechos, no le gustaban. Los vio muy pocas veces.

—Ya comprendo —afirmó Wolfe al tiempo que tendía su espalda cómodamente contra el respaldo del sillón y sus labios comenzaban a moverse de forma extraña que yo conocía muy bien.

Acostumbraba a obrar solamente así cuando había descubierto algo interesante a lo largo de una declaración. No obstante, aquella vez me pareció prematuro opinar así, ya que hasta entonces no había visto ninguno de

los personajes descritos. Carolina iba a decir algo, pero yo le hice un gesto con mi cabeza y no prosiguió. Finalmente Wolfe abrió sus ojos y dijo:

—Usted comprenderá, señora, que las circunstancias, particularmente el hecho de encontrar la tarjeta del señor Aubry con sus huellas digitales sobre el cuerpo, aportan una explícita hipótesis: que su esposo fue asesinado por una de las seis personas presentes en la reunión de la oficina del señor Beebe, el viernes por la tarde; si eliminamos al señor Aubry, nos quedan solamente cinco. Usted los conoce a todos, si no de manera íntima, sí por lo menos familiarmente y yo le pregunto: ¿tiene

alguno de ellos más probabilidades que los demás de ser el asesino de Karnow? ¿Existe alguna razón para ello? Carolina movió la cabeza.

—No lo sé. ¿Es éste el único camino que por ahora tenemos?

—Lo es. Ésta es nuestra hipótesis, y es la verdad hasta que sea desacreditada. Deseo su mejor respuesta.

—No lo sé —insistió ella. Decidí poner mi granito de arena.

—Dudo —dije— de que pueda ayudarle mi pequeña anécdota, pero esta mañana en la oficina del fiscal del distrito, tuve la oportunidad de toparme con toda la pandilla. Mantuve una

pequeña charla con la señora Horne a quien parece le gustan los pantalones y cuando los otros aparecieron ella me los presentó. Dijo unas cuantas tonterías y hubiese dicho más a no ser por Horne, que tapándole la boca le advirtió que hablaba demasiado. La señora Savage intervino para decir que era su sentido del humor.

—Sí, Ana es una mujer grotesca — dijo Carolina—. y desde luego le gustan los hombres...

Wolfe siguió gruñendo:

—El señor Goodwin ha cooperado, pero principalmente es usted quien tiene que ayudarnos; usted parece no comprender que lo que yo expongo es

que una de esas cinco personas asesinó a su esposo y que si no se demuestra así, el señor Aubry será condenado.

—Intento ayudarlos y quiero a toda costa salvar a Paul. Toda la noche he estado intentando pensar y algo he pensado, acerca, por ejemplo, de lo que Sidney me decía en su carta refiriéndose a algo que podía causarme sorpresa. Usted dijo ayer que no es nada sencillo desheredar a una esposa, pero cuando él escribía aquellas líneas, ¿no pensaría planear la sorpresa enfocada en otra dirección? ¿No habría firmado o arreglado algún documento de forma que se produjese la sorpresa de manera distinta a como nosotros pensamos al

leer la carta?

—Es concebible —admitió Wolfe —, pero tal como estaban escrituradas las cosas, debería de haber existido una auténtica transferencia de posesión, y esa transferencia no existe. Y si, por otra parte, él había establecido un anexo a su testamento, ese aditamento hubiese sido legalmente repartido y entregado a cada uno de los interesados. Ningún documento de tal especie ha sido distribuido —carraspeó y levantando la voz prosiguió—: Muy bien, lo primero que me interesa es hablar con todos ellos; ¿quiere usted, por favor, señora, hacer que estén aquí en mi oficina a las seis en punto?

Sus ojos le miraban suplicantes.

—¿Yo? ¿Traerlos aquí yo?

—Exacto.

—¡Pero eso es imposible! ¿Cómo?

¿Cómo podría yo decírselo? Yo no puedo insinuarles que usted cree que uno de ellos asesinó a Sidney y usted quiere... ¡No, no puedo! ¿No ve usted que me pide una cosa imposible? ¡Ninguno de ellos vendría!

Wolfe volvió la cabeza hacia mi mesa.

—Archie, usted los irá a ver. Prefiero a las seis, pero si no fuera posible, después de la cena.

Dio una mirada al reloj de pared y siguió dando órdenes.

—Telefóneee al señor Parker y prepare una entrevista con la señora Karnow. Telefóneee a Saúl y dígame que quiero que esté aquí lo antes posible. Primero coma, después de la comida, actúe.

Se volvió hacia la que ahora ya era su cliente, y sonriendo por segunda vez dijo:

—¿Quiere usted acompañarnos, señora? Me permito recomendarle el arroz al horno con setas que acaba de preparamos Fritz.

# CAPÍTULO IV

Como quiera que, a Dios gracias, vivimos en una democracia, prepárense a votar. Ya que a pesar de perder cinco buenas horas cumpliendo las órdenes de Wolfe e intentando convencer a tres hombres y dos mujeres, no pude hacerlo con ninguno y no logré que ninguno accediese a acudir a la cita de Wolfe por la sencilla razón de que mis oídos son muy sensibles y no quise escuchar «no» a todas mis invitaciones. Lo único que haré, pues, será describirles mi gestión.

James M. Beebe no era, según pude

comprobar, una de esas piezas de la maquinaria legal neoyorquina que invaden tantos y tantos pisos, con suntuosos despachos, en casi todos los rascacielos de la ciudad. Estaba aposentado en un modesto despacho del piso décimo de un edificio de la ciudad media. La mujer que estaba en el pequeño vestíbulo, la única visible y audible empleada, con una máquina de escribir a su izquierda y un teléfono a su derecha, dijo que el señor Beebe vendría pronto, y si ustedes creen que treinta y cinco minutos es pronto el señor Beebe vino de acuerdo con las indicaciones de la señorita.

Cuando llegó él mismo me introdujo

en una habitación que yo consideré en seguida como la que había sido mudo testigo, de la reunión de la familia de Sidney Karnow. Los muebles eran, si no de valor, sí por lo menos adecuados. Beebe, que me había parecido un enano colocado junto a la señora Savage, no podía decirse que fuese impresionante detrás de su mesa de trabajo, solamente le daban un poco de misterio las gafas negras que ocupaban buena parte de la superficie de su cara. Cuando le enseñé mis credenciales, una nota firmada por Carolina Karnow en la que decía que Nero Wolfe trabajaba para ella y que el propio Wolfe querría discutir la situación con todas las personas

interesadas en su oficina aquella misma tarde, me dijo que tenía entendido que la investigación por parte de la policía, iba adelante y que dudaba de la sabiduría de una investigación de asesinato llevada a cabo por un detective privado.

Sabio o no, le dije, la señora Karnow estaba en su derecho al haber contratado sus servicios. Y admitió mi razonamiento. También intenté hacerle ver, que la viuda de su ex amigo y cliente podía confiar en que él cooperaría al esfuerzo de descubrir la verdad.

—¿No lo comprende? —pregunté tras expresar mis razones.

Me miró con una seriedad excesiva.

Vio un lápiz sobre su mesa y pensó que no estaba en su lugar, lo tomó entre sus dedos y por unos momentos pareció buscarle mejor acomodo, lo dejó en el mismo sitio y me dijo:

—Mire, señor Goodwin, yo simpatizo de lleno con la señora Karnow, eso por descontado. Pero no tengo ninguna obligación para con ella mientras sí las tenía para con mi amigo y cliente, Sidney Karnow. Indudablemente haré cualquier cosa que pueda ayudar a descubrir la veracidad, pero es completamente injustificable suponer que solicitando los servicios de Nero Wolfe, el único proyecto de la señora Karnow es salvar a Paul Aubry. Como

oficial de la Ley que soy, de ninguna manera puedo participar conscientemente en este proyecto. Yo no soy el abogado de Aubry. Le ruego que intente comprenderme.

Le miré descorazonado y finalmente siguiendo instrucciones de Wolfe le hice una pregunta:

—Supongo —le dije— que no se negará a ayudarme a poner en claro un detalle. En la conferencia que tuvo lugar en esta habitación el pasado viernes por la tarde, Aubry dejó una de sus tarjetas comerciales sobre su mesa de trabajo. Estaba aquí cuando él se marchó. ¿Qué pasó con aquella tarjeta?

Miró hacia el techo y vaciló.

—¿Aquí, sobre mi mesa?

—Exacto. Siguió dudando.

—Estoy intentando recordar; sí..., ya recuerdo. Él me sugirió que podía llamarle por teléfono más tarde y la puso aquí encima.

—¿Y qué pasó con la tarjeta?

—No lo sé.

—¿Le telefoneó usted?

—No. No hubo ocasión.

—¿Podría usted mirar si tiene por algún sitio esa tarjeta? Es muy importante.

—¿Por qué es importante?

—Es una historia muy larga. Pero lo que me interesa es ver esa tarjeta. ¿Quiere usted dar una ojeada?

No le entusiasmaba mucho lo que le pedía, pero lo hizo. Miró debajo de papeles y entre libros de su mesa, dentro de carpetas y en los cajones e incluso se dio una vuelta por la habitación husmeando en posibles rincones. Yo me agaché y miré por debajo de la mesa. Ni sombra de la tarjeta.

Me puse en posición normal y le pregunté:

—¿Puedo ver a su secretaria?

—Sí, pero... ¿qué está usted intentando con todo esto?

—Nada que de momento tenga interés para usted. Pero el primer paso para sentirme seguro es concretar este pequeño detalle.

Cogió el teléfono, llamó y al cabo de un momento se abrió la puerta y entró una empleada. Le pregunté si sabía algo acerca de una tarjeta comercial de Paul Aubry. No había fisto nunca ninguna, ni sobre la mesa de Beebe ni en ningún sitio ni el pasado viernes ni nunca. Le agradecí su colaboración y tras cerrar la puerta se marchó.

—Es una lástima —le dije a Beebe —, porque a mí me pagan por encontrar esa tarjeta. ¿Está usted seguro de recordar que no se la llevara alguno de los otros?

—Le he dicho todo lo que recuerdo; es decir, que Aubry puso su tarjeta sobre mi mesa.

—¿Podría alguno de ellos haberla cogido sin que usted se percatara?

—Sí, eso pudo haber sucedido. No sé lo que usted está intentando establecer, señor Goodwin, pero no me gusta verme sometido a este interrogatorio privado. Probablemente durante la reunión del viernes, me moví varias veces de mi mesa y di la espalda a los demás e incluso salí de la habitación, pero no creo que le importe demasiado. Lo siento, señor Goodwin, pero no puedo ayudarle más.

—Bueno, pues le doy las gracias y me voy —le dije con énfasis.

Me puse en pie y me dirigí hacia la puerta; estaba a medio camino cuando oí

su voz a mi espalda.

—Señor Goodwin.

Me volví. Había abandonado su silla y se dirigía hacia mí hablando en un tono de voz muy diferente.

—Soy un abogado, pero también soy un hombre. Hablando como un hombre le ruego que considere mi posición. Mi amigo y cliente ha sido asesinado y la policía está aparentemente convencida de que tiene al asesino en custodia. Nero Wolfe, actuando por cuenta de la señora Karnow, desea demostrarles que están equivocados. Eso solamente puede lograrlo culpando a otra persona. Es ésta la situación, ¿verdad?

—Ésta es la situación exacta.

—Usted me pide que colabore. Había de una reunión en esta oficina el viernes pasado. Además de mí, estaban cinco personas que usted sabe perfectamente quiénes eran. Ninguna de ellas, era o es, mi cliente. Todos ellos se veían afectados por el regreso a la vida de Sidney Karnow. Todos bajo la amenaza de la posibilidad de una calamidad financiera personal. Todos ellos solicitaron para que, de una manera o de otra, intercediera en su favor. Yo he dado, desde luego, toda esta información a la policía, y no veo impedimento en dársela también a Nero Wolfe. Aparte de esto, no poseo absolutamente ninguna otra información

o evidencia que pueda ayudarle. Quiero decirle con sinceridad que si Paul Aubry es culpable, espero que sea juzgado y castigado, pero que si el culpable es uno de los otros, esperaré también que él, o ella, sea castigado y que si sé algo, sea lo que sea, que crea ser un detalle interesante no dudaré en comunicarlo.

Me alargó una mano y pasándose la otra por la cabeza, finalizó:

—Quiero decirle también que como abogado no puedo ser vengativo, pero... como hombre, aun esforzándome, no puedo evitarlo del todo. Sea quien sea el que mató a Sidney Karnow debe ser castigado.

Dio media vuelta y volvió hacia su

silla.

—Un sentimiento muy natural —le dije dándole las gracias y cerrando la puerta.

La casa que la señora Savage se había comprado estaba en la Sesenta, al este de la avenida Lexington. No soy un experto en tasación de fincas, pero sólo mirando un poco la construcción, no era demasiado difícil calcular que se había gastado no menos de la décima parte de sus trescientos mil «pavos».

No obtuve respuesta a mis llamadas y como no podía perder tiempo, me marché.

Sólo había un paseo de diez minutos hasta la dirección del señor y la señora

Norman Horne en la Park Avenue. El portero me dijo que no estaban y le rogué que a pesar de ello telefonara. Llamó al piso y nadie contestó.

Me gusta pasear por Manhattan, observando los cien mil detalles de su fabulosa vida, las tiendas y los vendedores, las palomas y los gatos, las muchachas... pero aquel día no podía prestar atención a nada que no fuesen mis dos objetivos. Tuve suerte, pues cuando me estaba tomando un vaso de leche en una cafetería vi atravesar la calle a la monumental tía Margarita dirigiéndose hacia su casa. La seguí y esperé unos minutos. Luego volví a pulsar el timbre.

La puerta se abrió un palmo, y creyendo sin duda que era un periodista, se limitó a decir:

—No tengo nada que objetar.

Y hubiese cerrado la puerta en mis propias narices de no haber colocado yo mi pie estratégicamente para evitarlo.

—Espere un momento —le dije—. Hemos sido presentados, su hija nos presentó esta mañana. Mi nombre es Archie Goodwin.

Abrió un poco más la puerta para verme mejor y yo aproveché para retirar el pie que tenía aprisionado. Abrió del todo y crucé el umbral.

—Desde luego —dijo—, no fuimos muy corteses con usted. Le he dicho que

no tenía nada que decir, porque eso es lo que me han ordenado que diga a todos, pero debo reconocer que usted y yo hemos sido presentados y que hasta ahora no hemos sido corteses con usted. ¿Qué desea?

Aquellas palabras me sonaron agradablemente, y pensé que si lograba que ella viniese a la oficina y desde allí les llamaba a los demás diciéndoles que la teníamos con nosotros y que nos estaba prestando una ayuda excelente, tardarían muy poco en presentarse todos en la oficina para sacarla de la forma que fuese, aun llevándosela en volandas.

La miré y sonreí amistosamente, diciéndole:

—Quiero decirle, señora Savage, que tal como le dijo su hija, trabajo para Nero Wolfe. Él cree que existen algunos aspectos de la situación actual que no han sido suficientemente considerados. Para mencionar sólo uno, existe un principio legal que dice que el criminal no puede aprovecharse de su crimen. Si fuese probado que Aubry mató a su sobrino y que la señora Karnow era un accesorio, ¿qué ocurriría ahora tras la situación creada? ¿No les afectaría para nada a usted y a su hijo e hija? ¿Qué ocurriría con la mitad del legado que le corresponde a la señora Karnow? Todas estas cosas son las que el señor Wolfe quiere discutir con usted. Si usted

quisiese acompañarme a la oficina, él nos está esperando allí. Él quiere saber cómo piensa usted acerca de estos puntos y si es necesario, desea aconsejarla.

De pronto se escuchó ruido de pasos que venían de arriba.

—¿Qué ocurre, «mami»?

Alguien estaba descendiendo la escalera por detrás de la señora Savage. Ésta se volvió.

—¡Hola, Dickie, te suponía durmiendo!

El recién llegado, sin duda a expensas del legado de primo Sidney, vestía, incluso las prendas de estar por casa, de la mejor calidad, con camisa de

seda natural y sin faltarle ningún detalle. Seguramente, no le era demasiado simpático y en verdad, a mí, él no me lo era en absoluto. Después de haber ignorado olímpicamente mis llamadas al timbre, dos horas antes, aparecía ahora, en el momento en que estaba a punto de conquistarme a una estrella de primer orden.

—Conoces al señor Goodwin, ¿recuerdas? —le decía su madre—. Esta mañana nos lo presentaron. Desea acompañarme a ver a Nero Wolfe: el señor Wolfe quiere conocer mi punto de vista acerca de una interesante cuestión. Creo que debería ir, ¿no te parece?

—En absoluto —contestó fríamente

Dick.

—Pero Dickie —intentó apelar ella —, estoy segura de que tú también tienes ganas de que se acabe todo esto, sea como sea y de la forma que sea.

—En efecto, tengo muchas ganas y Dios lo sabe, pero ¿cómo puedo permitirte que vayas a discutir a casa de un detective privado? No, eso es imposible.

Se miraron mutuamente. Yo le observaba y apreciaba el total parecido de sus facciones, parecido tan grande que presentaba el rostro de Dick como idéntico al de la señora Savage, sólo que mucho más joven.

Cuando la mujer hablaba, pensé que

tal vez la había juzgado un poco a la ligera, sin valorarla correctamente. Su voz sonaba en un tono nuevo, seco y sensitivo a la vez.

—Creo que debería ir —seguía diciendo.

El sobrino seguía negando e intentando dar razones, pero cedió un poco para otorgar;

—Por favor, «mami», por lo menos debemos hablar antes y si es preciso, puedes ir más tarde, después de la cena —se volvió a mí y me preguntó—: ¿Puede el señor Wolfe verla esta noche?

—Sí, puede —admití—; pero hubiera sido mejor ahora.

—Realmente estoy muy cansada —

me dijo la señora hablando en un tono más bajo que el normal—; todo este asunto me tiene fatigada. Después de la cena será mejor. ¿Cuál es su dirección?

Me saqué de la cartera una tarjeta y se la alargué.

—Por cierto —le dije—, hay algo que me interesaría saber. En la reunión del viernes, en el despacho de Beebe. Aubry puso una de sus tarjetas sobre la mesa de Beebe y la dejó allí. ¿Sabe usted quién se llevó la tarjeta?

La señora Savage contestó rápidamente:

—Recuerdo perfectamente que puso allí su tarjeta, pero no...

—¡Basta ya! —interrumpió Dick al

tiempo que la agarraba con fuerza uno de sus brazos y ordenaba—: ¡Vete arriba!

Intentó desasirse, sin éxito y dejó de intentarlo. Él la miró fría y penetrante. Sólo fueron precisos cuatro segundos y la señora Savage abandonó toda resistencia, sin una palabra y sin siquiera despedirse de mí comenzó a subir las escaleras. Dick, enfrentándose a mí, me preguntó:

—¿Qué pasa con esa tarjeta?

—Lo que yo sé es que Aubry la puso encima de la mesa de Beebe.

—¿Quién se lo dijo?

—Aubry.

—¡Vaya! Un acusado de asesinato.

¡Márchese:

—Afortunadamente también me lo dijo Beebe.

Dick gruñó:

—¿Ese don nadie, ese microbio?

Se acercó un paso hacia mí y tras un breve silencio dijo señalándome con su dedo índice:

—Mire, amigo; si usted y su jefe quieren salvar a Aubry, no pienso hacer nada por impedirlo, pero no intente mezclar a mi madre o a alguno de nosotros en este asunto; ¿entendido?

—Lo único que deseo saber...

—¡Ahí está la calle! —me dijo de forma brusca al tiempo que me empujaba hacia la puerta que acababa

de abrir.

Estoy acostumbrado a meterme siempre en sitios en donde menos interesa mi presencia y por lo tanto estoy también acostumbrado a salidas más o menos violentas. Así pues, hice caso de su amable invitación y tras cruzar el umbral me encontré de nuevo en la calle.

En seguida guí mis pasos hacia las otras gestiones. De regreso a la dirección de la Park Avenue, en donde el portero y yo éramos amigos, me informó que la señora Horne había llegado y que al decirle que el señor Goodwin había venido varias veces y regresaría, había indicado que podía

hacerle subir.

En el apartamento D del piso duodécimo fui recibido por un criado, uniformado con toda propiedad, que me acompañó a una sala de estar en donde el dinero de Karnow se había usado con no demasiado buen gusto, pero sí con miras a un máximo de confort. Me senté y me disponía a observarlo todo con mayor detalle cuando entró Ana Horne. Acudió a mi encuentro con ambas manos extendidas.

—¿Qué me cuenta el señor Goodwin? —fueron sus primeras palabras.

—No demasiado. Sólo que me gustaría que usted me acompañase a la

oficina del señor Wolfe; quisiera abusar de su amabilidad haciéndole unas cuantas preguntas decisivas.

—Estoy esperando a mi marido. ¿Por qué no se sienta usted y charlamos un rato? ¿No puede hacerme sus preguntas aquí?

—No es posible. El señor Wolfe debe estar presente y él no abandona nunca su despacho. Le gustará conocerle, es un gran tipo. Lo mejor que podría usted hacer, sería dejarle una nota a su marido y que cuando llegue la venga a buscar al despacho de Wolfe.

La señora Horne rompió con una rutina muy frecuente de forma que me llamó la atención. Sabía que si se

acercaba un cigarro a los labios, inmediatamente me acercaría yo para ofrecerle fuego. Así pues, tomó un encendedor en sus manos y pulsó para encender la llama, sólo entonces abrió la caja del tabaco y cogió un cigarrillo.

—¿Y de qué van a tratar esas preguntas? —dijo tras aspirar una bocanada de humo y expelerla con fuerza a través de la circunferencia perfecta de su boca.

—Culpan al señor Aubry de asesinato —expliqué yo—, y el señor Wolfe tiene interés en aclarar algún punto que ve oscuro. Eso es todo. Antes de acusar a un hombre, hay que ligar todos los cabos precisos en previsión de

un error fatal. Debe ponerse pues en claro la verdad de la culpabilidad de Aubry. ¿Por qué no se pone usted su estola y nos vamos?

—Es usted un hombre irresistible. Ya me di cuenta cuando le conocí. Pero creo que Aubry no tiene escapatoria.

—Bueno, yo no me atrevo a afirmarlo de forma tan categórica y espero todavía ver a Aubry en libertad contrayendo matrimonio con su esposa.

—No lo creo. ¿Le gustan a usted los cuentos de niños?

—Sí, ya lo creo. He escrito varios.

—Pues entonces, recordará aquellos versitos:

Espinas y agujas,  
agujas y aguijones,  
cuando un hombre asesina...  
comienzan sus dolores.

—Sí que los recuerdo, forman parte de mis favoritos, sólo que no atañen a Aubry, porque Aubry no es un asesino.

—Ésa es su opinión, y se agarra usted a ella sin querer ceder. Ya cambiará.

Aspiró una última bocanada de humo y mientras lo expelía con fuerza arqueando sus labios, apretó el cigarro contra el cenicero. Sus ojos relampaguearon.

—Todo esto es una solemne idiotez,

sin sentido. Charla ridícula para demostrar que una vida es algo sagrado. Todo el mundo sabe que una vida es sagrada... ¡Yo también lo sé! La vida de Sidney era sagrada y Aubry se la quitó. Por eso, Paul Aubry debe pagar...

—Está usted equivocada, y si buscan bien, tal vez no le fuese demasiado difícil encontrar algo que le hiciese comenzar a sospechar que la verdad no ha hecho todavía su aparición.

—Es usted, el hombre que todo lo sabe, quien debería ayudarme.

—Tal vez le sirva una pregunta que voy a hacerle. El pasado viernes se reunieron ustedes en conferencia en el despacho de Jim Beebe. Aubry puso una

de sus tarjetas comerciales encima de la mesa de Beebe. ¿Por qué tomó usted aquella tarjeta y qué hizo con ella?

Me miró unos momentos con los ojos muy abiertos. Luego movió la cabeza y replicó:

—Creo que está equivocado en muchas cosas. No sé de qué me está hablando.

—¿No se llevó usted la tarjeta?

—No.

—Entonces, ¿quién se la llevó?

—No tengo ni idea, ni sé si allí había alguna tarjeta.

—¿No recuerda haber visto que Aubry la ponía sobre la mesa? ¿No la recuerda sobre la mesa?

—No, no la recuerdo. Pero en cambio, comienzo a darme cuenta de algo. Usted es un auténtico detective y se encuentra ahora en plenas funciones. ¿No es verdad?

Dudé un momento.

—Alguna vez da usted en el clavo —le dije—; de momento he conseguido que usted negara haber tocado la tarjeta de Aubry, pero imagínese que ahora saco de un sobre de celofán una tarjeta en la que le digo, aparecen sus huellas digitales. Le pido que me alargue sus dedos para comprobar sus huellas, ¿usted se negaría a esto?...

—No, en absoluto; venga y enséñeme cómo se toman las huellas

digitales. Nunca me las han tomado.

He de admitir que soy curioso y que sentía curiosidad por saber todas las reacciones de aquella mujer. Además no se puede negar que era una mujer atractiva y su invitación a aquel pequeño contacto físico, no era para ser despreciada. No obstante, en aquellos momentos me hubiese gustado saber si a aquella mujer en realidad le interesaba saber cómo se toman las huellas dactilares y si por el contrario estaba intentando embrujarme o sí lo único que perseguía era pasar el rato.

Fuese como fuese, me acerqué a ella y tomé entre mis manos la que ella me ofrecía. Desde luego me concentré en lo

que iba a hacer. No puedo ahora afirmar si la puerta del vestíbulo se abrió tan suavemente que yo no pude oírla, o si mis oídos captaron algún pequeño ruido, pero lo ignoraron; lo único que sé, es que mi investigación se vio interrumpida violentamente por un movimiento y exclamación de la mujer.

—¡No! ¡Me hace usted daño!  
¡Norman! ¡Gracias a Dios!

Intenté girar sobre mí mismo, pero su mano me frenó. A pesar de su sexo no hay duda de que tenía fuerza en sus brazos. Supuse que Norman Horne estaba avanzando, desde la puerta, hacia mí; podía haber parecido que yo la estaba maltratando, cuando en realidad

era casi lo contrario y me imaginé que Norman venía lanzado hacia mí. Logré desasirme de aquella tenaza femenina, pero al darme vuelta lo único que logra fue recibir en plena mandíbula un fuerte puñetazo que me derribó aparatosamente sobre la alfombra. A los cuatro tantos que siempre contaba, marcó para Yale contra Princeton, ahora podría añadir el quinto. El que acababa de marcar en mi mandíbula.

—Estaba intentando violentarme — dijo Ana con su «sentido del humor».

Probablemente me hubiese levantado y sin añadir nada hubiese salido de la casa, ya que Wolfe no aprecia demasiado las dificultades que salen a

mi paso cuando intento cumplir sus cometidos, a no ser por la actitud amenazante de Horne que con ambos puños crispados volvió a acercarse a mí con la intención sin duda de no esperar a que me levantase para aplicar por segunda vez su rechazazo. Por lo tanto, decidí actuar antes de verme machacado, di una voltereta y con una rápida flexión de cintura logré situarme de pie,, frente a él. Esta vez, no le di tiempo a repetir su hazaña, disparé mi puño a su barbilla y una fracción de segundo después Norman Horne descansaba plácidamente en uno de los sillones situados detrás de donde se encontraba al recibir el impacto.

Su atractiva esposa adelantó dos pasos hacia él, se detuvo, me miró y dijo:

—Por esto, pueden castigarle.

—Y lo harán si me consultan —le dije enfáticamente, di la vuelta, tomé mi sombrero, me lo puse y me dirigí hacia la puerta.

Cuando llegué a la oficina era exactamente la hora de cenar, las siete y media, y como en aquella casa no hay nada en el mundo que sea capaz de retrasar una comida, ni está permitido hablar de negocios en la mesa, mi reportaje completo de aquella tarde tuvo que esperar. Mi humor era, no obstante, distinto al de los demás días, y no tenía

tanto apetito; Wolfe no tardó en notarlo y contra su costumbre me preguntó:

—¿Qué diablos le pasa?

—¡Nada! ¿Qué me va a pasar?

—No come, sólo mordisquea: ¿qué ha sucedido?

—Nada, mi mandíbula rota, con los atentos saludos de Ana Horne.

Abrió los ojos exageradamente.

—¿Una mujer ha roto su mandíbula?

—Lo siento, cuando se come no se habla de negocios, luego le contaré.

Y así lo hice en el despacho, después de cenar y después de haber indagado acerca de un pequeño punto que me interesaba saber. En efecto, obedeciendo las instrucciones de Wolfe

dadas antes de la comida, había telefonado a Saúl Panzer y Saúl me había asegurado que estaría allí a las dos y media. A aquella hora yo ya me había ido. Cuando, yendo del comedor al despacho, pregunté a Wolfe si Saúl había venido, me respondió lacónicamente «sí», indicándome a las claras que aquello era todo lo que yo necesitaba saber. No obstante, pensé que no me haría ningún daño saber algo más y abrí la caja para sacar el librito de entradas y salidas de dentro del cajón. A menudo, Wolfe añadía al nombre, fecha y cantidad, una pequeña nota aclaratoria como concepto; aquella vez no había sido así. La última salida era de 1.000

dólares y como aclaración sólo figuraba la fecha. Aquello me hizo pensar que los gastos de Saúl en aquella ocasión se esperaba fuesen extraordinarios.

Mientras yo le daba cuenta de mis rounds de aquella tarde, Wolfe me escuchaba repantigado en su sillón con los ojos cerrados. Hice protagonista de mis aventuras a mi deteriorada mandíbula, pero ni esta mención le hizo reaccionar. Cuando terminé mi explicación Nero Wolfe seguía en idéntica posición que al comienzo. No abrió los ojos ni se dignó hacerme ninguna pregunta.

Yo, malhumorado, objeté:

—Como quiera que he malgastado

cinco preciosas horas y veo que de momento no tenemos nada más que hablar, voy a intentar que me vea el doctor Vollmer y me cure mi maltrecha mandíbula. Probablemente tenga que ponérmela en su sitio.

—No.

—No, ¿qué?

Abrió sus ojos.

—Estoy esperando una llamada telefónica. Es probable que no me llegue hasta mañana por la mañana, pero puede llegar esta noche. Si es así, le necesitaré.

—De acuerdo, estaré arriba.

Subí la escalera y me dirigí a mi habitación, encendí la luz y me encaminé

hacia el espejo del cuarto de baño para ver si sería suficiente ponerme una compresa. Mi impresión era de que no sería suficiente, pero de momento, incapaz de hacer otra cosa, me senté en mi más cómoda silla y me puse a mirar un montón de revistas.

Pasaron cerca de dos horas y comenzaba a bostezar, cuando oí la voz de Wolfe a través de la puerta abierta. Me levanté y acerqué el auricular del teléfono a mi oreja derecha. No se oía nada. Me había olvidado conectarlo al llegar de la calle. No obstante, me era fácil salir hasta la puerta de la habitación y escuchar la voz de Wolfe, pero ésta me llegaba a intervalos y no

podía comprender bien qué es lo que decía. Decidí pues volverme a mi silla cuando a mis oídos llegó con toda claridad mi nombre.

—¡Archie, Archie!

No descendí las escaleras de tres en tres, pero admito que no me entretuve ni un segundo. Wolfe, sentado frente a su mesa, me ordenaba:

—Localice al señor Cramer.

Localizar al señor Cramer de la Brigada de Homicidios, podía ser una cosa muy sencilla o podía ser imposible. Estaba en su oficina de la Calle 20, pero en una reunión y sin querer hablar ni recibir a nadie. Sólo logré convencerles al decir que si Cramer no accedía a

hablar con Nero Wolfe inmediatamente, sólo Dios sabía lo que los periódicos dirían de él al día siguiente.

Dos minutos después me llegó su característico refunfuño:

—¿Quién es? ¿Goodwin? ¿Está ahí Wolfe?

Hice una seña a Nero y éste tomó su teléfono.

—¿Señor Cramer? No sé si sabe usted que estoy investigando el asesinato de Karnow. Es por cuenta de mi cliente, la señora Karnow que me contrató este mediodía.

—Sí. ¡Vaya con Dios e investigue lo que quiera! ¿Qué quiere usted ahora?

—Entiendo que el señor Aubry está

inculpado de un asesinato que él no ha cometido. Es muy lamentable que suceda así, pero nuevamente se acusa a un inocente. Si usted lleva este caso, le ruego que vuelva a considerar todos los pormenores; le garantizo que lo que le digo es cierto: Aubry es inocente y al decir esto, me juego mi reputación profesional.

Hubiera incluso pagado entrada para ver la cara que ponía Cramer al oír aquello. Conocía perfectamente a Wolfe y sabía que incluso se quedaría un día entero sin comer antes de lanzar una afirmación como aquélla sin estar completamente cierto.

—Eso es todo lo que le quería decir,

señor Cramer. Esperaré hasta mañana por la mañana para devolver a Aubry su libertad. ¿Tendré tiempo?

—Para ello se requieren ciertas formalidades, pero dígame: ¿puedo hacerle una pregunta? ¿Cuántos, de los demás, la señora Savage, su hijo, el señor y la señora Horne, el señor Beebe, han sido eliminados por coartada?

—Aunque le parezca increíble, ninguno. Aubry tampoco tiene coartada, no solamente no la tiene, sino que admite que estuvo allí.

—Sí, ya lo sé. Desde luego, si no fue él, fue uno de los otros.

—Debo pensar qué es lo que voy a

hacer: o procedo independientemente a descubrir y echar el guante al culpable o le invito a usted a participar. ¿Qué prefiere usted?

Hubo un momento de silencio y me pareció que Cramer decía:

—¿Dice usted que prefiere participar?

—Digo solamente —repuso Wolfe— que estoy preparado para exponer el asesinato y que usted puede simplificar una cosa que para nosotros resulta muy complicada. Debo tener delante de mí a todos los protagonistas, aquí, en mi oficina. Si usted quiere que yo participe y quiere usted participar, ¿puede traérmelos aquí a todos dentro de media

hora?

Cramer no contestaba. Esperé escuchando hasta oír nuevamente su voz.

—Ahora voy para allá. Estoy ahí dentro de cinco minutos.

—No hace falta que venga —la voz de Wolfe no demostraba mal humor, pero sonaba con extraordinaria firmeza —; no hace falta que venga si no lo hace con toda esa gente. Tráigamelos o asegúrense que vendrán, al señor Goodwin ya le han roto la barbilla y no desea volver a probar fortuna. Le doy su suerte, usted puede elegir, sería lamentable que luego los periódicos hablasen. ¿Recuerda usted que cuando estuvo aquí esta mañana le dije que tenía

la última carta que el señor Karnow escribió a su esposa y me ofrecí a enseñársela?

—Sí.

—¿Y recuerda usted que me dijo que no le interesaba una carta escrita por Karnow hace cerca de tres años? Estaba usted equivocado. Le ofrezco otra vez enseñarle la carta antes de mandarla al fiscal del distrito, pero solamente bajo las condiciones estipuladas. ¿Vale?

Reconozco una virtud en Cramer. Sabe, cuando las situaciones no le favorecen, claudicar a tiempo.

—Irán todos —afirmó—, y naturalmente yo también iré.

Wolfe colgó el aparato y yo le

pregunté:

—¿Qué hacemos con nuestra cliente? ¿No sería mejor, que estuviese presente?

—Sí, supongo que sí. Mire de localizarla.

# CAPÍTULO V

Eran las once y media cuando entraron en la oficina de Wolfe, Norman Horne y su atractiva esposa y yo les acompañé hasta ocupar los dos asientos vacantes que quedaban en la fila de sillas colocadas delante de la mesa de Nero. A su izquierda estaba la señora Savage y detrás de ellos se sentaban Dick Savage, James M. Beebe y el sargento Purley Stebbins, sólo que no en este orden, porque Stebbins estaba en el centro, detrás de Ana Horne. En la misma fila había otra silla destinada

para Carolina Karnow, pero ella se la había colocado más hacia atrás exactamente en el momento en que yo entraba con la señora Savage y Dick.

El sargento Stebbins para ver a Carolina debía dar a su cabeza media vuelta completa y aquello no le agradaba, pero le dije que la cliente tenía derecho a sentarse donde quisiera y le dejé bastante convencido.

El sillón de piel roja era para Cramer que ahora estaba en el comedor con Wolfe. Cuando los Horne hubieron saludado a sus parientes, incluida Carolina, y se sentaron, yo me llegué hasta el comedor y le dije a Wolfe que todo estaba listo. En el acto se encaminó

hacia el despacho, llegó a su mesa y se sentó sin prestar demasiada atención a los presentes.

—¿Archie?

—Sí, señor —respondí dispuesto a comenzar la presentación—. Primera fila, de izquierda a derecha, señor Horne, señora Horne, señora Savage; segunda fila, desde la izquierda, señor Savage, señor Stebbins, a quien ya conoce, y señor Beebe.

Wolfe se movió en su asiento y volviendo hacia atrás su cabeza, preguntó:

—¿Señor Cramer?

—Sí, estoy aquí —contestó el inspector—, y quiero hacer constar que

aunque yo esté presente no se trata exactamente de un acto oficial y que ninguno de los que aquí están, se verá obligado a responder a las preguntas que se le formularán, ya que la presente reunión está exclusivamente organizada bajo responsabilidad del señor Wolfe.

—Incluso así —interrumpió Beebe — me parece un acto irregular.

—Si quiere usted llamarle infrecuente, le daré la razón; si cree que es impropio, se equivoca. Sólo les hemos rogado que viniesen, no se lo hemos ordenado. ¿Acaso quiere usted irse? ¿Quiere marcharse alguien?

En apariencia nadie quería irse o por lo menos nadie intentó demostrarlo.

Se intercambiaron miradas y alguien dijo algo que no pude entender. Beebe dijo:

—Bueno, nos reservamos el derecho de marcharnos cuando nos plazca o estemos aburridos.

—De acuerdo; si se marcha nadie se lo impedirá —replicó Cramer, y mirando a Wolfe exclamó—: ¡Adelante!

Wolfe se arrellanó en el sillón hasta alcanzar el máximo de comodidad y paseó sus ojos por todos y cada uno de los presentes. Luego comenzó a hablar.

—El señor Cramer les ha asegurado que no están ustedes obligados a responder a mis preguntas. Dudo que vaya a hacer una sola pregunta a alguno

de ustedes, pero si la ocasión se presenta, estén preparados y recuerden lo que Cramer les ha dicho. Lo único que me propongo es describir la situación tal como está ahora y al propio tiempo invitarles a ustedes a que la juzguen y comenten. Puede existir la posibilidad de que no haya comentario posible.

Entrelazó los dedos de ambas manos y entornó los ojos.

—La noticia de que el señor Karnow había sido asesinado nos llegó aquí por medio del señor Stebbins la pasada tarde, a primera hora, pero mi interés era sólo casual hasta que la señora Karnow vino este mediodía a

contratar mis servicios. Fue entonces cuando puse en el asunto toda mi atención y en principio me pareció que el motivo para cometer un asesinato por parte de alguno de ustedes, la señora Savage y su hijo e hija y el señor Horne como marido de la hija, no era demasiado apremiante. Por lo que mi cliente me contó acerca del carácter y temperamento del señor Karnow, me pareció improbable que alguno de ustedes hubiese tenido de él tales exigencias que el propio pánico le hubiera podido conducir hasta el peligroso y desesperado acto del asesinato. Ustedes, todos ustedes, han recibido sus correspondientes partes de

herencia, legalmente y con toda propiedad, y estoy seguro que también todos ustedes hubiesen apelado antes a todos los recursos razonables. Por lo tanto, mi deducción es que uno de ustedes ha debido tener una razón más poderosa.

Wolfe carraspeó para aclarar su voz.

—No obstante —dijo—, a simple vista se ve que existían dos personas cuyos motivos podían ser superiores: el señor y la señora Aubry o mejor dicho el señor Aubry y la señora Karnow. No solamente estaban expuestos a pérdidas materiales, sino que él perdería a ella y ella a él. Por lo tanto no es de extrañar que el señor Cramer y sus colegas se

vieran sorprendidos y engañados por tan poderoso motivo. Mi conclusión inmediata fue que ni la señora Karnow ni el señor Aubry habían cometido el asesinato. Si ellos lo hubiesen hecho, no hubieran llegado a mi despacho, tras cometer acto tan feroz, simulando una tranquilidad que no sentían y contratándome como lo hicieron, para negociar con el hombre al que acababa uno de ellos de matar y simulando al propio tiempo desconocer aquella muerte. Yo estuve sentado aquí mismo, hablando con ellos durante una hora y en todo aquel tiempo no descubrí ninguna sospecha de que me estuvieran engañando.

Volvió a carraspear y prosiguió:

—La segunda circunstancia es que mi entendimiento me sugirió la posibilidad de otro motivo que atañese a alguna de las otras personas. Y me lo sugirió una carta que la señora Karnow me enseñó ayer, la última carta que recibió de su marido, hace cerca de tres años.

Abrió un cajón y sacó unas hojas de papel.

—Aquí está —dijo, disponiéndose a leer sólo el trozo que interesaba.

«Hablando de muerte, si ese hombre desconocido a quien yo tai vez mate, me matase a mí, creo que te esperaríá una inmensa conmoción, superior incluso al

hecho de mi muerte y que a mi espíritu le divertiría contemplar. Se trata de algo que preparé antes de abandonar Nueva York. Tú has presumido siempre de que nunca has pasado angustias por falta de dinero. Creo que mi muerte te aportaría una sorpresa. De todas formas, ya sabes que tú me has dicho siempre que hablo en broma y que soy demasiado burlón. Es verdad, hablo siempre en broma y sé que tal vez éstas sean mis últimas bromas. Yo querría saber, porque aún no me he puesto de acuerdo, si en realidad te quiero o si te detesto. Me es difícil descifrar este enigma. No obstante, recuérdame en tus sueños.» Y basta.

Volvió a meter los papeles en el

cajón y tras cerrarlo continuó:

—La señora Karnow abrigaba la creencia de que su marido había cambiado su testamento, redactando uno nuevo y desposeyéndola a ella de su herencia. Pero a esta teoría se le puede oponer dos objeciones. Primera, una esposa no puede ser desheredada por su marido de forma tan sencilla, y segunda, tal acción no hubiese constituido una broma como él la llamaba, sino un acto maligno y cruel. A pesar de ello, la frase «hablando de muerte» implícitamente queda relacionada con su testamento, y yo me hago esta pregunta: ¿Qué podía haber hecho aquel hombre con su testamento que pudiera causarle a su

esposa, una seria conmoción, sin desheredarla? La respuesta no es difícil.

Dejó de hablar un momento, miró a sus ensimismados oyentes y prosiguió:

—En efecto, bajo las circunstancias expuestas, la respuesta sólo puede ser una: Karnow cambió su testamento y no solamente no desheredó a su esposa, sino que se lo dejó todo a ella. Tengan en cuenta que se trata sólo de una conjetura. Era su dinero, y él podía hacer lo que quisiera con él. Esto sí que era una auténtica broma que sólo podía causar pesar en todos sus otros parientes, pero que aseguraba el bienestar de su esposa. Además, había otra cosa que podía influir en el ánimo

de él y era la repugnancia que posiblemente sentía por los desmesurados gastos de sus familiares. Por la señora Karnow he sabido el tren de vida que llevan todos los parientes del fallecido Karnow...

Ana Horne volvió su cabeza hacia Carolina y fingiendo una mueca de afecto, dijo:

—Muchas gracias, Lina querida, por tus lamentables indiscreciones.

Carolina no respondió y a juzgar por su rostro y postura rígidos, de haber contestado lo habría hecho en forma violenta.

—Así pues —continuó Wolfe—, me pareció que la hipótesis de que Karnow

había redactado un nuevo testamento merecía una pequeña exploración. Preguntar a cada uno de ustedes acerca de ello, hubiese sido una necesidad. Es razonable suponer que todos hubiesen acudido, como uno solo, a su amigo y abogado, señor Beebe, y me parecía poco correcto mezclar al señor Beebe en este asunto. No sé si alguno de ustedes habrá oído hablar de Saúl Panzer...

No hubo ninguna respuesta. Nadie se movía. Parecía como si todos estuviesen atravesando un difícil trance.

—Empleo siempre al señor Panzer —dijo Wolfe— en importantes misiones que el señor Goodwin no puede realizar.

Sus cualidades y habilidad son extraordinarias. Le dije que si el señor Beebe había preparado un nuevo testamento para el señor Karnow, probablemente habría sido escrito a máquina por su secretaria, encomendándole la misión de ver a la secretaria del señor Beebe intentando obtener de ella toda la información posible sin despertar recelosas sospechas. En mi trabajo, sólo me han ayudado él y el señor Goodwin, no me gusta hacer intervenir a demasiada gente. A primeras horas de esta tarde, la llamó por teléfono haciéndose pasar por un agente de Seguridad Federal que deseaba poner en claro una confusión

existente con su número de Seguridad Social.

—Suplantando la personalidad de un oficial de la Ley —protestó Beebe.

—Posiblemente —aclaró Wolfe sin prestarle demasiada atención—. La cuestión es que al cabo de diez minutos tuvo a su disposición un verdadero arsenal de fechas y detalles. La secretaria del señor Beebe, cuyo nombre es Vera O'Brien, trabaja para él desde hace dos años y medio. Su predecesora, cuyo nombre es Helen Martin, dejó de trabajar con el señor Beebe en noviembre de mil novecientos cincuenta y uno para contraer matrimonio con un hombre llamado Arthur Rabson y

marcharse a vivir con él, en Florence, Carolina del Sur, en donde él posee un garaje. Por lo tanto, si Karnow había confeccionado un nuevo testamento antes de abandonar Nueva York, y el señor Beebe lo había redactado, y como es natural su secretaria lo había mecanografiado, no había duda que tal tarea habría sido llevada a cabo por la actual señora Rabson.

—Tres suposiciones —objetó Cramer.

—En efecto —añadió Wolfe—; pero suposiciones que abren de par en par las puertas de la investigación. Estuve tentado de telefonar a la señora de Rabson en Carolina del Sur, pero lo

consideré demasiado arriesgado; decidí pues, que el señor Panzer tomase el primer avión para Columbia, y por teléfono le alquilé otro pequeño aparato que le transportase desde allí a Florence. Hace una hora, tal vez un poco más, he recibido su llamada telefónica. Ha hablado con la señora Rabson que ha firmado su declaración, comunicando su voluntad de venir a Nueva York si las circunstancias lo requieren. La señora Rabson ha dicho que el señor Beebe le dictó un nuevo testamento para el señor Karnow en otoño de 1951, que ella pasó a máquina y que ella misma fue uno de los testigos para la firma de Karnow. El otro testimonio fue una mujer llamada

Nora Wayne, empleada en una oficina próxima. Supone que la señorita Wayne no conocía el contenido del testamento por el que Karnow dejaba toda su fortuna a su esposa, haciendo constatar que la beneficiaria se encargaría de procurar, si lo consideraba necesario, por el bienestar de sus familiares, cuyos nombres figuraban en el testamento. La señora Rabson no sabía que...

—¡Sidney no pudo hacer esto! —gritó tía Margarita—. ¡Yo no se lo hubiera permitido! ¡Jim! ¿Por qué no impide que siga diciendo mentiras?

Todas las miradas convergían en Beebe, menos la de Wolfe. La suya miraba hacia un punto indefinido del

techo.

—Les explicaré —dijo —que mientras esto ocurría también el señor Goodwin actuaba por su cuenta y había llegado a saber que la única circunstancia evidente que acusaba al señor Aubry era una tarjeta comercial suya encontrada en el bolsillo del señor Karnow, tarjeta que había sido accesible a todos ustedes el pasado viernes en la oficina del señor Beebe.

—¿Cómo es eso? —preguntó Cramer.

—En seguida lo verá —le aseguró Wolfe—, y por cierto que le gustará. —Centralizó su mirada en Beebe, diciendo —: La ocasión ha llegado, creo, para

que le haga una pregunta. Tal como le ha dicho el señor Cramer, no está usted obligado a responder. ¿Qué ocurrió con el último testamento del señor Karnow?

Pensando en aquella escena, más tarde, he llegado al convencimiento de que Beebe, hombre de Leyes al fin, eligió el mejor camino que podía elegir y dándose cuenta de que no podía eludir de ninguna manera la existencia de aquel segundo testamento, decidió seguir adelante demostrando la mayor naturalidad posible.

Se dirigió a Cramer y dijo a media voz:

—Querría hablar con usted en privado, inspector Cramer, con usted y

con el señor Wolfe, si es que desea usted que él esté presente.

Cramer miró a Wolfe. Wolfe se apresuró a decir:

—No, puede usted negarse a responder; pero si responde debe hacerlo aquí y ahora.

—Muy bien —respondió Beebe pasándose la lengua por sus resecos labios y disponiéndose a hablar.

Desde el ángulo en que yo me encontraba me era imposible ver el brillo de sus ojos a través de sus oscuras gafas negras.

—Esto me arruinará profesionalmente —comenzó a decir—, y no puedo por menos de reconocer que

lamento sinceramente haber jugado este papel. Aproximadamente un mes antes de que nos llegara la noticia de la muerte de Sidney en acción de guerra, yo le hablé a Ana acerca del nuevo testamento que él había redactado. Aquél fue mi primer error. Lo hice porque por aquellos días yo estaba locamente enamorado de ella y hubiese hecho cualquier cosa que ella me hubiese pedido. Cuando poco después nos llegó la noticia de que Sidney había muerto en combate, ella se apresuró a venir a mi oficina e insistió en que le enseñase aquel segundo testamento. Yo estaba incluso...

—¡Cállate ya, Jim! —le interrumpió

Ana gritando con la cabeza vuelta hacia él—. ¡No eres más que un embustero asqueroso y estás retorciendo a tu gusto el curso de los hechos! ¡No te va a servir...!

—¡Señora Horne! —ordenó Wolfe—. ¿Quiere dejarnos escuchar al señor Beebe o prefiere marcharse?

Todavía con la cabeza hacia el abogado, Ana exclamó:

—¡Sigue, Jim, sigue; pero ándate con cuidado que te vas a caer!

Beebe resumió:

—Yo estaba entonces más ciegamente enamorado de ella que antes. Saqué el testamento de la caja fuerte y se lo enseñé; le faltó tiempo a ella para

arrancármelo de las manos y escondérselo dentro de su vestido. Me dijo que lo único que quería era enseñárselo a su madre. Es fácil decir que yo tenía muchas soluciones para impedir aquello, sí, es fácil decirlo ahora... pero entonces me era imposible oponerme a ella. Se llevó el testamento con ella y nunca más volví a verlo. Dos semanas después fue anunciando públicamente nuestro compromiso. Presenté el primer testamento de Sidney para su homologación, cometiendo entonces mi mayor error, ya que solamente tenía la palabra de Ana que me garantizaba que el nuevo había sido destruido mientras que por otra parte la

muchacha que lo había escrito a máquina, se había casado y ya no trabajaba conmigo.

Beebe se ajustó con ambas manos sus gafas y prosiguió:

—No quiero afirmar que aquello curara mi encegamiento por Ana, la quería demasiado para dejar de quererla tan aprisa. Desde luego, si no quería arruinarme profesionalmente no podía dar a conocer la verdad de los hechos y debía seguir adelante con la homologación del primer testamento de Sidney. Así fue cómo en mayo se distribuyó la herencia y a finales de aquel mismo mes Ana se casaba con Norman Horne. Así terminaba aquel

desgraciado asunto. Yo había recibido una lección que nunca olvidaría y una herida difícil de cicatrizar.

Hizo una pausa, pareció meditar y prosiguió:

—Pasaron dos años y de pronto, cuando ya prácticamente todo había sido olvidado, llega la noticia de que Sidney está vivo y se dirige a Nueva York. Puede usted imaginarse el golpe que esta noticia representaba para mí. Casi sin tiempo de pensarlo, me di cuenta de que sólo tenía dos soluciones: o tirarme desde la ventana de mi oficina, o contarle a Sidney exactamente lo que había pasado. Fui a ver a varios compañeros de mi promoción que tras

escucharme me ofrecieron una serie de ridículas sugerencias; finalmente decidí lo que debía hacer. A la mañana siguiente, es decir ayer, telefoneé a Ana diciéndole que aquella misma tarde iría a ver a Sidney y le contaría la verdad. Antes de que pudiera realizar mi visita me enteré de que Sidney había sido asesinado. No sé quién lo mató. Todo lo que sé es lo que he contado hasta aquí. Y por mi parte no tengo nada que añadir.

Dejó de mirar a Wolfe para dar una mirada de conjunto a los demás y finalizó con estas palabras:

—Como abogado de muchos años que soy, he llegado hasta el fin.

Me había defraudado la actitud de

Norman Horne. Yo esperaba, recordando mi mandíbula, que hubiese reaccionado pronta y violentamente ante todas las insinuaciones que se habían hecho con relación a su atractiva esposa, pero no solamente no había reaccionado, sino que incluso no había mirado a Beebe en todo el rato. Sólo la miraba a ella, pero yo que le observaba atentamente, creía descubrir en aquella mirada una notable falta de confianza y fe.

Ella no podía verle porque sus ojos estaban puestos en Wolfe.

—¿Hemos llegado al fin? —le preguntó. —Aparentemente, sí, señora. ¿Acaso le gustaría a usted comentar

algo?

—No deseo hablar, ya estamos todos bastante cansados. Además, no creo que sea necesario. Lo único que quiero afirmar es que es un solemne embustero. Sólo eso. Wolfe movió la cabeza.

—Dudo de que su opinión sea adecuada. No veo mentira en nada de lo que nos ha contado. El señor Karnow hizo un nuevo testamento; usted y el señor Beebe estaban prometidos y se iban a casar, luego no lo hicieron; la herencia se distribuyó en los términos del primer testamento. El señor Karnow regresó vivo y fue asesinado. Le ruego, pues, que se abstenga de todo comentario que no encierre la auténtica

verdad. Ha llamado embustero al señor Beebe y yo le ruego que me aclare por qué ha empleado esa palabra. ¿Quiere usted?

Volvió su rostro hacia su marido, pero él estaba mirando a Wolfe. Miró luego hacia la izquierda, en donde se sentaba su madre, pero también ella miraba a Wolfe.

—Desde luego —dijo finalmente mirando a Nero—, es usted un detective perfecto.

—Sí —respondió él.

—Creo que usted ya conoce la verdad. —Si es así, puntualice sólo lo que crea conveniente. —Bien, intentaré puntualizar. Tiene usted razón al creer

que lo que Jim ha dicho es verdad, pero sólo parte de lo que Jim ha dicho. En efecto, me habló del testamento nuevo redactado por Sidney, pero me lo contó sólo tras conocer la noticia de su muerte, no antes. Lo sacó de la caja fuerte y me lo leyó. Sidney se lo había dejado todo a Carolina. Me dijo que nadie conocía el contenido de aquel texto exceptuando su antigua secretaria que se había casado y había ido a vivir a una pequeña ciudad del Sur, por lo que quedaba descartada de la lista de posibles peligros. Me dijo que no existía ninguna otra copia del testamento y que estaba seguro de que Carolina no sabía nada de aquello, pues Sidney no se

lo había contado. Me dijo que pensaba destruir aquel documento y que de aquella manera, yo y mi madre y hermano heredaríamos la parte estipulada en el primer testamento, siempre y cuando yo accediese a casarme con él. ¿Le interesa que prosiga?

—Me interesan sólo los puntos esenciales.

—Entonces no es preciso que le diga que yo no quería casarme con él, pero que accedí al plan que él presentaba. Sidney estaba muerto y no era cosa de perder la cantidad que nos correspondía poniendo en práctica su primer testamento. Por lo tanto, acepté, pero

siempre sin intención de casarme con Jim Beebe. Él quería que la boda se celebrase en seguida, antes incluso de homologar el testamento, pero yo logré convencerle y de momento lo único que hicimos fue anunciar públicamente nuestro compromiso. Cuando la documentación estuvo arreglada, la herencia distribuida y cobrada nuestra parte, me casé con Norman Horne. Yo no sé si Jim destruyó o no aquel segundo testamento que ahora ya no tenía valor. Se pasó una mano por su cabello y afirmó:

—Esto es todo.

—Creo que todavía no ha llegado al final —objetó Wolfe—. Falta lo último,

el regreso del señor Karnow.

—¡Ah, sí! —exclamó Ana en un tono de voz que parecía indicar se hubiese olvidado de algo que carecía de importancia—. Desde luego, Jim le mató. Si usted quiere saber qué pensé yo al conocer el regreso de Sidney, le diré que por una parte me alegré, ya que siempre le había apreciado mucho. Desde el primer momento tuve el convencimiento de que Sidney no nos privaría del dinero cobrado. Sólo había una persona que no podía enfrentarse a él, ése era Jim Beebe. Desde luego que Jim se enfrentó cuando se dirigió a la habitación del hotel, pero estoy segura que no llegó a mirarle de frente, ya que

la bala que le mató le atravesó la nuca.

Se volvió hacia Beebe.

—¿Le hablaste del testamento, Jim?  
¿O no le dijiste nada? ¡Seguro que no  
llegó a saberlo! —miró a Wolfe y  
preguntó—: ¿Considera todo esto como  
auténtica verdad?

—No es más que una serie de  
venenosas mentiras —refunfuñó Beebe.

Wolfe se dirigió al representante de  
la ley.

—Preferiría, señor Cramer —dijo  
—, que fuese usted quien concluyese  
afirmando quién ha dicho la verdad. Mi  
opinión es que el señor Beebe nos la ha  
escamoteado, pero la señora Horne, no.

Días más tarde, en una sala de

audiencia, un tribunal se encargó de dictaminar. No hay cosa más maravillosa que la justicia bien aplicada y aunque el caso se resolvió, yo soy testigo de que aquella noche, en la oficina de Wolfe, la justicia quedó burlada en un pequeño detalle que a mí me atañía. Después de que Cramer y Stebbins salieron escoltando a Beebe y los otros se fueron, Carolina Karnow, decidió que había llegado la ocasión de devolver el beso que ella misma había recibido en aquella habitación doce horas antes. Pero pasó junto a mí sin detenerse, dio la vuelta a la mesa de Wolfe, le rodeó el cuello con sus brazos, besándole con toda su fuerza en ambos

carrillos.

—Ha equivocado la dirección —  
reconocí amargamente.

# **MORIR COMO UN PERRO**

# CAPÍTULO PRIMERO

Con frecuencia me gusta pasear bajo la lluvia aunque debo reconocer que sigo prefiriendo los paseos de sol radiante y sobre todo sin viento molesto del que acostumbra a llenar nuestros rostros de polvo.

No obstante, aquel miércoles lluvioso era una obligación la que me impelía a darme un paseo bajo el agua pesada que moleestamente caía desde primeras horas de la mañana. Debía

recobrar mi impermeable desaparecido. Fue así, pues, como me puse aquella vieja gabardina, me encasqueté el sombrero y salí de casa tomando la dirección de la calle Arbor, unas dos millas más al Sur.

Contra lo que yo hubiese creído, a medio camino cesó la lluvia y como hasta entonces mi paso había sido rápido, de repente, sentí calor. Me quité la gabardina y me la puse al brazo y como tampoco podía aguantar por más rato el peso de mi sombrero, decidí llevarlo en la mano.

La calle Arbor es estrecha y sólo tiene tres manzanas de casas; todas ellas son viejas construcciones de ladrillo,

protagonistas de más de cuatro extrañas historias. En general, el aspecto de la calle no puede ser menos optimista. El número 29 correspondía aproximadamente a la mitad de la primera manzana.

Me encaminé hacia allí, pero no llegué a entrar. Un numeroso grupo de personas se aglomeraba a la puerta. En la calzada aparecía aparcado un coche patrulla y sobre la acera un policía, de rostro autoritario, atraía la atención de los curiosos. Al acercarme oí que preguntaba:

—¿Es de alguno de ustedes este perro? —refiriéndose evidentemente a un hermoso animal que se hallaba cerca

de él, con la piel completamente empapada de lluvia.

Nadie se dio a conocer como propietario del animal, o por lo menos yo no me enteré de que nadie lo reclamara; ya que mi atención estaba en aquellos momentos muy dividida. Acababa de llegar otro coche de la policía y tras aparcar junto al primero, había descendido de su interior un hombre que abriéndose paso entre la multitud, pasó junto al policía sin decirle nada y se dirigió a la entrada del número 29.

Desde luego, era fácil darse cuenta de que allí ocurría algo. Conocía sobradamente al hombre que acababa de

entrar para suponer que se trataba de algo interesante. La sola presencia del sargento Purley Stebbins de la Brigada de Homicidios de Manhattan Oeste hacía presumir que no lejos de allí debía rondar algún cadáver.

Mi súbita aparición en el escenario de un crimen era capaz de despertar los peores instintos en la conciencia de Purley, puesta ya en aviso después de bastantes precedentes. Además, si me descubría, tal vez me impidiera estar de regreso en casa a la hora de la cena y aquel día tenía anunciado un excepcional preparado de Fritz a base de pescado y una deliciosa salsa que él llamaba «Venetienne».

Afortunadamente Purley desapareció en el interior de la casa sin reparar en mi presencia. El policía que seguía en la acera me era completamente extraño. Cuando yo me acerqué despacio donde él se encontraba y pasé por detrás de él caminando por la estrecha acera, me preguntó también:

—¿Es suyo el perro?

El perro husmeaba en aquellos momentos mis rodillas y me paré un momento para no pisarle, haciéndole al propio tiempo una caricia en su negra cabeza empapada de agua.

Le dije al policía que no era mío el perro y comencé a alejarme del grupo. Al llegar a la primera esquina, torcí a la

derecha en dirección a la ciudad baja. Durante dos manzanas de casas no me fue posible descubrir ni un solo taxi y decidí acabar mi paseo a pie. Había comenzado a soplar un molesto vientecillo del Oeste que impelía las gotas de agua que comenzaban de nuevo a caer con fuerza sobre mi persona. Volví a ponerme la gabardina y me encasqueté el sombrero. Apreté el paso y todo fue bien hasta que volvió a aparecer el perro.

Estaba parado frente a un semáforo en una esquina de la Novena Avenida, cuando nuevamente noté que algo rozaba mis piernas; me volví sobresaltado y allí estaba el perro. Por un acto reflejo mi

mano se dirigió rápidamente hacia su cabeza, pero frené el gesto y me quedé mirando al animal que también me miraba impertérrito. Aparentemente podía darme cuenta de que le había caído simpático al perro, y por eso decidí no acariciarle más, si lo hacía era muy posible que me siguiese y no estaba el día para cruzar la Novena Avenida perseguido por un can. Podía despistarle tomando un taxi, pero aquella solución me parecía no estar de acuerdo con el aprecio que el animal demostraba por mi persona. Era portador de un collar y una chapa y por lo tanto podía ser identificado; la estación receptora de canes perdidos estaba sólo unas cuantas

manzanas más adelante, por lo tanto lo más fácil y barato que se podía hacer en mi caso, era seguir el paseo conduciéndolo hasta allí. Me llegué justo hasta la esquina para ver todavía si podía pillar un taxi, pero de pronto me vi envuelto en un torbellino de viento huracanado que arrancando el sombrero de mi cabeza lo lanzó en un segundo al centro de la avenida.

Yo no hubiese intentado aventurarme por la calzada, pero ustedes debían de haber visto a aquel perro. Cruzó bajo las ruedas de un gran camión, frenó justo para dejar pasar un coche a pocos milímetros de su cabeza, esquivó con extraordinaria agilidad dos coches más

y un segundo camión y en cuatro saltos más le vi situado ya en la acera opuesta. Corrió unos cuantos metros y finalmente logró capturar el sombrero que en su huida, arrastrado por el viento, acababa de quedar detenido a los pies de un viandante. Le vi lanzarse sobre el sombrero y levantarlo sobre su cabeza agarrándolo fuertemente con los dientes. El regreso no fue tan espectacular y el perro encontró más franco el paso; no tardó ni un minuto en estar junto a mí. Corrió a mi lado con el sombrero en la boca y meneando la cola alegremente; me agaché hasta situarse a su nivel y cogí el sombrero. Estaba bastante mojado y un poco sucio de barro, pero

creí que después de lo que había luchado por conseguir traérmelo, hubiese sido una descortesía no ponérmelo. Así es que me lo puse. Naturalmente aquello le había hecho ganar muchos enteros en mi apreciación y fue después de aquella escena cuando logré encontrar un taxi, meter al perro conmigo y dar al chófer la dirección de la casa de Wolfe.

Mi idea era llevarme mi cazador de sombreros escaleras arriba hasta mi habitación, darle algo de comer y un refresco y telefonar luego a la ASPCA para que se hicieran cargo de él. Pero resultaba imposible pasar por delante de Wolfe sin que él se diese cuenta de lo

que llevaba. Así pues, colgué la gabardina y el sombrero en el perchero y abrí la puerta para entrar en el despacho.

—¿Dónde diablos se había metido usted? —preguntó Wolfe con uno de sus característicos gruñidos—. Teníamos que confeccionar aquella lista a las seis y son las siete menos cuarto.

Se encontraba en una de sus más frecuentes posiciones, arrellanado en su cómodo sillón y con los ojos fijos en las páginas del libro que tenía delante. Apenas se levantaron sus ojos para darme una rápida mirada de poder penetrante, yo le respondí:

—He ido a buscar mi impermeable y

creo que...

—¿Qué es eso? —preguntó mirando a mi compañero.

—Un perro.

—Ya lo sé y creo que no es éste el momento de hacer bromas. Quítelo inmediatamente de aquí.

—Sí, señor; ahora mismo me lo llevo, solamente quiero advertirle que voy a subírmelo a la habitación y tendrá que permitirme pasar con él a través del despacho y vestíbulo cuando vuelva a sacarlo. Es un cazador de sombreros y tengo con él un problema. Su nombre es Nero que como usted sabe significa negro, pero desde luego no puedo seguir llamándole así. He pensado llamarle

Ébano o tal vez Negrito o Jet...

—¡Bah! Todo eso son tonterías.

—No, señor, no lo son. Usted se ensaña cuatro horas cada día con sus orquídeas, Fritz disfruta con su tórtola y Teodoro tiene su periquito. ¿Por qué no puedo yo tener un perro? ¿Acaso los derechos del hombre no son iguales? Admito que deberé cambiarle el nombre, a pesar de estar registrado como Nero, alias el campeón negro de Bantiscoot. Es un animal...

Dejé de hablar. Wolfe parecía no tener ganas de seguir escuchándome y se levantó del sillón dando la vuelta a la mesa por el lado opuesto sólo para evitar al perro. Luego se detuvo y desde

el otro lado se puso a contemplar a Nero de una forma como nunca le había yo visto contemplar a cualquier otro animal, incluido yo.

—No es un cazador —dijo sin dejar de mirar al perro—, es un recuperador de Labrador.

No me extrañó aquella aclaración pues conozco a Wolfe y no me extraña nada de un tipo que llega a leer tantos libros como él.

—Sí, señor —reconocí—, sólo que yo le he llamado cazador porque lo creo más adecuado tratándose del perro de un detective privado.

—Los Labrador —siguió explicando— tienen el cráneo más ancho que

cualquier otro perro. Cuando yo era joven, en Montenegro, tuve uno pequeño, era pardo y producto de un cruce, y tenía una cabeza mucho más pequeña que lo normal: sin duda ahora me hubiese dado cuenta de su defecto, pero por aquel entonces me era imposible encontrarle a mi perro defecto alguno. Ahora, ya no somos jóvenes. ¿Ha pensado usted el quebranto que la presencia de este perro puede causar en esta casa?

Wolfe es un tipo capaz de exasperar al más tranquilo. Ahora mismo era fácil darse cuenta de que le hubiese gustado tener al perro en su casa; pero que por el solo hecho de que el perro era mío y

para fastidiarme simulaba sentimientos que no sentía. Por mi parte he de reconocer que también tengo mi carácter, en el campo no me importaría tener un perro o dos o tres, pero odio los perros dentro de los pisos ciudadanos. Ahora bien, el gusto de enfrentarme a Wolfe era superior a lo que pudiese yo particularmente opinar.

—Sí —respondí presto—, lo he pensado, pero como siento necesidad de tener como muchos otros, algún animal favorito, si abandono el perro deberé hacerme con otro animalito. Intentaré encariñarme con un canario, o tal vez un camaleón... Bueno, devolveré el perro, al fin y al cabo ésta es su casa.

—No intento ni deseo ser el responsable de que usted se vea privado de este animal, pero le expongo todas mis objeciones a tal respecto.

—Olvídese de sus problemas; devolveré el perro; no quiero que sea motivo de fricción alguna entre nosotros.

—Otra cosa —insistió—, no me interesa enemistarme con el que le ha vendido o regalado ese perro.

—No, no ha habido vendedor ni regalo.

—¿Cómo? ¿De dónde lo ha sacado pues?

—Se lo explicaré.

Fui a mi sillón y me senté cómodamente; el cazador de sombreros

no se apartaba de mí en ningún momento y vino a sentarse bajo mis pies, rozando con su hocico la punta de mi zapato. Expliqué mi encuentro con Nero detalladamente y sin omitir nada, y creo que Wolfe se dio cuenta de que mi insinuación de añadir al padrón de habitantes de su casa el nombre del perro, fue una broma.

Cuando me levanté y me dirigí hacia el fondo del despacho seguido siempre por el animal, escuché la voz de Wolfe que me decía:

—Jet podría ser un nombre aceptable para este perro.

—Sí —dije dirigiéndome al teléfono—, voy a llamar a la ASPCA para que

vengan a buscarlo.

—No —contestó enfáticamente.

—¿Por qué no?

—Porque existe un sistema mejor y más seguro. Llame a alguien que conozca del departamento de Policía, da lo mismo uno que otro. Dele el número de placa del perro y que localice al propietario. Cuando sepa quién es podrá telefonarle directamente.

Meditando en ello, pensé que podían ocurrir varias cosas: el propietario podía haber fallecido o estar en la cárcel o quién sabe si tal vez no quería volver a saber nada de su perro. Fuese como fuese, no tenía ganas de discutir más ni exponer mis argumentos y decidí

telefonar a un sargento conocido que estaba seguro me haría toda clase de pequeños favores. Tomó el número de Nero y me dijo que necesitaría todo el día y que a última hora me telefonaría dándome cuenta del resultado. Acababa de colgar el auricular, cuando Fritz entró anunciando que la cena estaba preparada.

La salsa que había confeccionado estaba deliciosa, como todas las que él sabía prepararnos, pero las dos horas siguientes estuvieron ocupadas por un fenómeno que ya no fue tan delicioso. La sobremesa estuvo ocupada por una ininterrumpida disertación de Wolfe, cuyo tema fueron los perros. Explicó

que en su opinión, el perro de patas cortas, pertenecía a la raza más antigua de perros conocida sobre la tierra y que era originario del África Central en donde se le encontraba el año 5000 antes de Jesucristo, mientras que no era posible encontrar traza alguna del cazador Afgano hasta el 4000 antes de Jesucristo. Todo aquello, lo único que hacía era demostrarme que Wolfe había leído un libro del que yo no tenía noticia.

Nero comió en la cocina con Fritz a quien Wolfe había ordenado llamase Jet. Cuando Fritz trajo la ensalada, aprovechó para decir que Nero tenía muy buenas maneras y era

extraordinariamente listo.

—A pesar de ello —le preguntó Wolfe—, ¿no cree usted que su presencia aquí es inadmisibile?

Fritz contestó negativamente diciendo que la permanencia indefinida de aquel perro en la casa, sería por su parte, completamente bien recibida.

Después de cenar, actuando como un auténtico miembro de la Sociedad Canina, me llevé a Nero a dar una vuelta y al regreso subí las escaleras, seguido siempre por él, y lo metí en mi habitación. Tenía que admitir que se trataba de un animal dócil; desde luego, de verme obligado a tener un perro en la ciudad, le hubiese escogido a él. Una

vez en mi habitación, le dije que se echase sobre la alfombra y él se echó y cuando me dirigí hacia la puerta para marcharme, me miró con sus profundos ojos de caramelo como diciéndome que a pesar de que su deseo era acompañarme, se veía obligado a cumplir su obligación y quedarse allí.

Una vez en el despacho, Wolfe y yo nos pusimos a confeccionar las listas. Se trataba de unas ofertas especiales a cultivadores y coleccionistas de orquídeas de todo el mundo. Había miles de ellos y Wolfe iba entresacando sólo los que creía conveniente. Yo estaba sentado frente a él, en su misma mesa y estaríamos aproximadamente a la

mitad de nuestro trabajo, cuando sonó el timbre de la puerta.

Me levanté con la rapidez de siempre y al llegar al vestíbulo encendí la luz. Miré al exterior a través de nuestro cristal opaco y vi a una figura que me era enormemente familiar, el inspector Cramer de la Brigada de Homicidios.

Abrí la puerta y con cortesía, pero sin aspavientos pregunté:

—Y bien, ¿qué pasa ahora?

—Deseo ver a Wolfe.

—Creo que va a ser demasiado tarde. ¿De qué se trata?

—Se trata de un perro.

Sabido es que ningún visitante,

representante o no de la Ley, es introducido en la oficina de Wolfe sin que antes éste sea consultado, pero aquella vez, tras la conversación que acabábamos de sostener, parecía obvia cualquier consulta y merecía hacerse una excepción. De todas formas, Wolfe es Wolfe, muy poco amigo de visitas de inspectores o similares y capaz de reaccionar de la forma más violenta al saber que Cramer venía preguntando por un perro.

Tras mi rápida meditación decidí hacerle entrar y le invité a que traspasara el vestíbulo, diciendo:

—Por favor, entre, Wolfe está en el despacho.



# CAPÍTULO II

Una vez dentro, Cramer aclaró:

—Exactamente con quien deseo hablar y de quien deseo una información es de Archie Goodwin.

Estaba sentado en el sillón rojo, delante de la mesa de Wolfe y su redonda cara parecía menos encarnada que otras veces, sus ojos grises se me antojaban menos fríos y su voz no tan áspera como en otras ocasiones. Su aspecto era, pues, completamente normal.

Wolfe, frunció el ceño y

dirigiéndose a mí me preguntó malhumorado:

—Entonces, ¿por qué le ha hecho pasar sin preguntar antes de qué se trataba?

Cramer se adelantó a mi respuesta:

—Es que yo he preguntado por usted. Deseo saber dónde está el perro. ¿Dónde está, Goodwin?

El hecho de llamarme por el apellido formaba parte de su tono normal ya que Cramer sólo me llamaba Archie en alguna ocasión excepcional. Yo pregunté simulando extrañeza:

—¿El perro?

Se pasó la lengua por sus labios y replicó:

—Exacto. Le daré algunos detalles. Ha telefonado usted dando un número de placa de un perro y preguntando por el nombre y dirección del propietario. Cuando el sargento ha sabido que el perro pertenecía a un hombre llamado Philip Kampf, que ha sido asesinado esta tarde en un piso del número 29 de la calle Arbor, lo ha notificado inmediatamente a la Brigada de Homicidios. El policía que guardaba la entrada de la casa, nos ha dicho que el perro se marchó detrás de un hombre que le acababa de decir a él que no era su amo. Después de conocer su llamada telefónica, hemos enseñado una foto de usted al policía e inmediatamente le ha

reconocido como el hombre que se marchó con el perro. Está fuera, en el coche, ¿quiere que le haga entrar?

—No, gracias, no necesito verle.

—El perro le siguió, ¿no es verdad?

Gesticulé bromeando:

—Las mujeres me siguen, los perros también e incluso muchas veces también me veo seguido por alguno de sus lacayos, señor Cramer. ¿Qué culpa tengo yo?

—¡Basta de comedia! El perro pertenecía a un hombre asesinado y usted ha aparecido en el escenario del crimen llevándose al animal. ¿Dónde lo tiene ahora?

Wolfe intervino:

—Sigue usted persistiendo en su mala costumbre de imputar un hecho al señor Goodwin, careciendo de una orden para entrar en esta casa. Él no se llevó al animal. Le ruego que mida sus palabras si desea seguir hablando con nosotros.

Su tono era severo, pero no hostil. Le guiñé disimuladamente un ojo; sin duda se sentía de pronto indulgente conmigo al saber que el propietario de Jet estaba muerto.

—Todavía puedo contarle más —gruñó Cramer—. Un hombre, que vive en aquella casa llamado Richard Meegan y que estaba allí cuando Kampf fue asesinado, ha manifestado que vino a

verles a ustedes esta mañana intentando contratar sus servicios. Ha dicho también que el señor Wolfe se negó a aceptar el encargo.

Cramer calló un momento y prosiguió con una leve sonrisa.

—Así pues, un hombre que forma parte de la escena del crimen admite que esta mañana ha estado consultándoles. Goodwin aparece también por el mismo escenario media hora después de haberse cometido el crimen, el perro que pertenecía a la víctima le sigue mansamente y sin manifestar recelo alguno. ¿Qué les parece todo esto?

Se pasó la mano por la barbilla y continuó:

—Usted sabe que en un homicidio, lo último que yo hago es dirigirme a usted o a Goodwin, porque les conozco y sé lo que ocurre en cuanto entran ustedes en escena. Pero esta vez las cosas están demasiado claras para dudar. El señor Goodwin estaba allí y yo deseo saber cómo y por qué. Además, ¿dónde está el perro?

Wolfe movió la cabeza.

—Hoy por hoy, creo que está usted perdiendo el tiempo, porque lo que podemos contar no va a aclarar mucho sus dudas. El señor Meegan, en efecto, telefoneó esta mañana solicitando una entrevista y vino a las once. Nuestra conversación fue breve. Se interesaba

por un hombre desconocido, del que no llegó a dar nombre ni ningún otro detalle, porque de primera intención me habló de su esposa y viendo que sus problemas eran matrimoniales suspendí la conversación. Como usted sabe yo no toco esa clase de asuntos. Mi decisión le enfureció y se marchó sin siquiera despedirse de nosotros. Al llegar al vestíbulo, descolgó su sombrero de la percha y equivocadamente se llevó el impermeable del señor Goodwin. Archie, continúe.

Los ojos de Cramer se volvieron hacia mí. Yo obedecí.

—No me di cuenta —dije— de la desaparición de mi gabardina

impermeable hasta media tarde. Era del mismo color que la suya, pero la mía mucho más nueva. Cuando por la mañana telefoneó solicitando una entrevista, me dio su nombre y dirección y con aquellos datos yo intenté llamarle por teléfono, pero nadie contestó a mi llamada y en información me dijeron que no se trataba de ninguna avería. Fue entonces, cuando me decidí a ir. Me puse la gabardina de Meegan y me encaminé hacia el 29 de la calle Arbor. Al llegar vi a un policía y mucha gente aglomerados junto a la puerta; aparcado delante estaba un coche patrulla y cuando me aproximaba al grupo, llegó otro coche del que descendió Purley

Stebbins que entró en el número 29. Tan pronto como le vi decidí esquivarle y marcharme cuanto antes, sé que nuestros encuentros siempre acaban causándome dolor de cabeza. También vi por allí un perro que se me acercó y yo acaricié. El policía me preguntó si era mío aquel perro, le dije que no y me largué, regresando acto seguido a casa. Cuando estaba...

—¿Llamó usted al perro o le hizo alguna señal?

—No, pero cuando estaba en la veintiocho esquina Novena Avenida me di cuenta de que me había seguido. No hice nada por abandonarle, pero dispuesto siempre a devolverlo a su amo

o si no, ¿por qué cree usted que llamé dando su número de placa y preguntando el nombre del propietario?

—¿Qué sé yo! Con Wolfe y usted nunca sé el por qué de las cosas. ¿Dónde está ahora el perro?

Contesté antes de que Wolfe pudiera impedírmelo.

—Arriba, en mi habitación.

—Hágalo bajar.

—Inmediatamente.

Me puse en pie y cuando me dirigía hacia la escalera, Wolfe me gritó ásperamente:

—¡Archie!

Me volví.

—Sí, señor.

—No creo que exista una tan gran urgencia —dijo volviéndose hacia Cramer—. El animal parece inteligente, pero dudo que sea capaz de responder a sus preguntas. No deseo verle correteando por dentro de mi oficina.

—Ni yo tampoco.

—Entonces, ¿por qué quiere que lo bajemos?

—Quiero llevármelo, deseamos intentar una cosa con el perro.

Wolfe tragó saliva y dijo con voz extremadamente afable:

—Me parece que esto no va a ser factible. Siéntese. Archie. El señor Goodwin ha asumido una obligación y debe hacer honor a ella. Esta pobre

criatura no tiene amo y por lo tanto, carece de hogar. No tendremos más remedio que tolerar aquí su presencia hasta que el señor Goodwin tenga la absoluta seguridad sobre el porvenir del animal. ¿No es así, Archie?

Si hubiésemos estado solos, aquélla era la oportunidad para exponer mi punto de vista, pero allí estaba Cramer y no podía llevar la contraria al hombre que formaba en mi equipo.

—Exacto, señor —afirmé.

—Le aseguro —añadió dirigiéndose a Cramer— que lamento sinceramente no poder entregarle el perro.

—¡Basta de tonterías! ¡Voy a buscarlo!

—¿De verdad? ¿Qué papeles trae usted? ¿Alguna orden de arresto para presentarle al jurado, tal vez, como testigo material?

Cramer abrió su boca pero volvió a cerrarla, inmediatamente. Reclinó su espalda contra el respaldo del sillón, entornó los ojos y entrelazando los dedos de sus manos, volvió a abrir la boca para hablar.

—Mire —dijo—, tanto usted como Meegan son dos obstáculos para mi trabajo. Y yo de la forma que sea, tengo que aclarar cuál ha sido su participación en este asunto. Por de pronto, debo llevarme el perro. Kampf, el hombre que ha sido asesinado, vivía en la calle

Perry, a cuatro pasos de la calle Arbor. Llegó al número 29 de la calle Arbor, con el perro atado a una correa, hacia las cinco y veinte de esta tarde. El portero de la casa, llamado Olsen, vive en la portería y estaba sentado frente a su ventanilla cuando vio llegar a Kampf con el perro. Diez minutos después vio salir al perro, solo y sin correa, e inmediatamente después del animal, salió a la calle un hombre. Se trataba de Víctor Talento, abogado, inquilino del apartamento situado en el primer piso. Talento dice que salió de la casa para ir a una reunión y vio al perro en el vestíbulo, parecía estar perdido y le obligó a salir. Olsen dijo que Talento se

alejó pero el perro se quedó en la acera, cerca de la puerta.

Cramer separó sus manos y se rascó una mejilla.

—Unos veinte minutos después, alrededor de las seis menos diez. Olsen oyó que alguien gritaba su nombre, subió en dos zancadas hasta el vestíbulo del primer piso y vio allí a dos hombres: uno estaba vivo, el otro muerto. El vivo era Ross Chaffee, pintor, inquilino del estudio situado en el ático, es decir en el cuarto piso. El muerto era el hombre que había llegado poco antes con el perro. Había sido estrangulado con la correa y su cuerpo aparecía tendido sobre la escalera. Chaffee ha dicho que lo

encontró cuando bajaba a la calle y que todo lo que sabía era aquello. Permaneció junto al cadáver mientras Olsen bajaba a telefonar. A las cinco cincuenta y ocho minutos llegó un coche patrulla. El sargento Stebbins llegó a las seis y diez. Goodwin llegó a las seis y diez. Oportuno momento para llegar, ¿no le parece?

Wolfe se limitó a gruñir.

Cramer continuó:

—Usted puede ser la solución de este embrollo. La correa del perro estaba en el bolsillo de la gabardina de Kampf que él llevaba puesta. El laboratorio ha afirmado que fue usada para estrangular a Kampf. Los demás

trámites rutinarios se están llevando a cabo a esta hora. Hago preguntas que a simple vista pueden parecer sin razón, pero yo tengo mis razones para hacerlas. Los cuatro inquilinos de la casa estaban allí cuando llegó Kampf: Víctor Talento, el abogado del primero; Richard Meegan, cuya oferta no aceptaron ustedes esta mañana, segundo piso: Jerome Aland, inquilino del tercero que trabaja en un cabaret y Ross Chaffee, el pintor del estudio. Aland dice que durmió profundamente hasta que le despertaron llamando a su puerta para que bajara a donde habían encontrado el cadáver. Meegan dice que ni oyó nada ni sabe nada.

Cramer descansó un segundo y todavía prosiguió:

—Muy bien, ¿qué ha pasado pues? Kampf fue a aquella casa a ver a alguno de aquellos cuatro hombres llevando consigo a su perro. Es posible, pero no probable, que al entrar en la escalera Kampf soltase a su perro. Es algo más probable, que Kampf llamase a la puerta de uno de los cuatro pisos y que al no dejar, el inquilino, entrar al perro en su casa, Kampf lo soltase. Otra posibilidad es que el perro estuviera presente cuando Kampf fue asesinado, pero podremos saber todo esto mejor, cuando veamos al perro y lo tengamos en nuestro poder. Queremos hacer una

prueba, metiendo al perro en la escalera y observando hacia qué puerta se dirige y esta prueba la precisamos hacer ahora. Fuera, en mi coche, hay un hombre que es un excelente conocedor de perros. Wolfe movió su cabeza y al ver que Cramer no proseguía, habló él.

—Y dice usted que el señor Kampf vivía en la calle Perry... ¿con algún familiar?

—No, era soltero. Creo que era escritor.

—Bien, bien; en resumen, no hay duda de que el pobre animal se ha quedado huérfano. ¿Está en su habitación, Archie?

—Sí, señor —contesté poniéndome

en pie y dirigiéndome hacia la puerta.

Wolfe me detuvo.

—Un momento, Archie. Vaya a su habitación, entre, cierre la puerta y permanezca allí hasta que yo le diga algo.

Obedecí. El perro era ahora un tesoro y Wolfe reconociendo que existía una auténtica razón para rehusar entregar el animal a los policías, estaba justificado. Cramer no necesitaba ninguna orden judicial para penetrar en la casa desde el momento en que ya estaba dentro y estando allí no hubiese dudado en subir a mi habitación y actuar por su cuenta. Intentar detenerlo por la fuerza era algo que encerraba ciertos

puntos delicados. En cambio cerrar una puerta con llave era una solución mucho más fácil.

No obstante, no cerré la puerta y no la cerré porque hacía muchísimos años que no lo había hecho y no recordaba en cuál de mis cajones debía guardar la llave. Pensé que mientras la buscaba, podía Cramer subir las alfombradas escaleras sin que yo lo oyese y presentarse de improvisto dentro de la habitación. Así es que la dejé abierta y me situé detrás escuchando atentamente cualquier ruido sospechoso. Si le oía subir, apretaría con fuerza la puerta poniendo mis pies de palanca. Nero o Jet, como ustedes prefieran, vino hacia

mí meneando la cola, le ordena que se tendiese y me obedeció sin un solo gruñido. De abajo me subía un murmullo de voces, que no parecían cordiales, pero que me llegaban demasiado desdibujadas para poderlas comprender. Luego escuché perfectamente los decididos pasos de Cramer encaminándose hacia el vestíbulo y después el ruido de la puerta al cerrarse.

Saqué la cabeza y grité:

—¿Ha pasado el peligro?

—No —contestó Wolfe—, espere hasta que haya pasado el cerrojo.

Transcurrieron unos segundos y volví a oír su voz.

—Puede bajar.

Cerré la puerta de mi habitación y descendí las escaleras. Wolfe estaba sentado otra vez en su mesa de trabajo. Tan pronto estuve a su lado, me espetó:

—¡Bonito jaleo! Trae usted un perro a casa para fastidiarme, ¿y ahora qué?

Me dirigí hacia mi mesa, me senté y hablé con calma.

—Creo que detrás de todo esto estamos nosotros. Si usted me pregunta, ¿y ahora qué?, es fácil responder; bajaré el perro de mi habitación y lo entregaré a la Brigada de Homicidios, pero aquí no se acaba la cosa, detrás del perro estamos nosotros. No solamente ha afirmado usted que el perro se ha quedado huérfano, cosa ya de por sí

lamentable, sino que le ha expuesto su opinión a Cramer y por lo tanto, no puede volverse atrás. Ahora bien, si nos quedamos aquí encerrados con el perro, ¿quién no dice que mañana no van a presentarse esos papanatas con una orden judicial?

Wolfe se inclinó hacia atrás y cerró los ojos. Miré el reloj de pared, marcaba las once y dos minutos. Miré mi reloj de pulsera, también marcaba las once y dos. Los dos relojes marcaban las once y seis minutos cuando Wolfe abrió los ojos.

—De las informaciones dadas por Cramer —dijo— deduzco que es posible que este caso no encierre

excesivas dificultades.

No hice ningún comentario.

Wolfe prosiguió:

—Naturalmente, no tenemos obligación de intervenir, pero ya que mantenemos al perro encerrado aquí, la única forma de congraciarnos es intentar saber quién mató al señor Kampf. No creo que nos cueste demasiado trabajo. Para ello es preciso realizar una inmediata exploración y para esa exploración necesitamos un pretexto. Tenemos ese pretexto. Usted puede presentarse allí en busca de su gabardina y para devolver al señor Meegan la suya. A partir de ese momento, proceda de la mejor forma

posible. Lo ideal sería traerse al señor Meegan a la oficina, pero eso sólo podrá hacerse con la discreción y disimulo que usted, estoy seguro, posee.

—Muchas gracias —dije secamente—. ¿Quiere usted decir ahora mismo?

—Sí.

—Es posible que tengan a Meegan retenido y no esté allí.

—No lo creo, si acaso será mañana por la mañana cuando necesitarán otra vez su presencia. Lo más probable es que ahora ya esté en su casa.

—Primero sacaré un momento al perro.

—No, Fritz se encargará de bajarlo unos minutos al patio.

—Tengo muy mala pata —dije dirigiéndome hacia el vestíbulo—; no hay cliente, no nos van a pagar, no hay nada a no ser un perro negro con una cabeza enorme.

Descolgué mi sombrero, cogí la gabardina de Meegan y antes de salir todavía me volví a Wolfe para repetirle:

—Reconozca usted que tengo muy mala pata.

# CAPÍTULO III

El viento y la lluvia habían cesado. Tras despedir al taxi a la entrada de la calle Arbor, me dirigí a pie hacia el número 29 con la gabardina al brazo. Se veía luz a través de las cortinas del primer piso, pero aquélla era la única señal de vida en todo el edificio. Entré en él vestíbulo inferior y me dirigí al tablero de timbres; junto a los botones aparecían respectivamente los cuatro nombres correspondientes a Meegan, Alan y Chaffee. Pulsé el timbre correspondiente a Meegan y esperé. No

se oyó nada. Volví a llamar y seguí sin obtener respuesta. Llamé cuatro veces, siempre sin éxito.

Abandoné el vestíbulo y me tropecé con dos parejas que no cesaban de mirarme a mí o a la entrada de la casa. Intercambiaban palabras y me di cuenta de que no significaban ningún impedimento para sí lo creía oportuno volver a entrar. Lo hice así y de nuevo en el vestíbulo, medité un momento sobre si debía apretar el botón correspondiente al piso de Víctor Talento, el abogado que vivía en el primer piso, cuyas ventanas había visto iluminadas momentos antes. Decidí no hacerlo y esperar en la puerta de la casa,

la posible llegada de Meegan, por lo menos durante unos minutos. Salí pues hasta la calle y me apoyé en un farol cercano.

No estuve allí mucho rato, pues poco después se apagó la luz del primer piso del número 29 y al cabo de un momento un hombre atravesaba la puerta de la calle. Me miró al pasar a mi lado y se alejó sin hacerme caso. La noche estaba fresca y la juzgué muy poco propicia para paseos nocturnos sin un motivo importante.

Miré, a ambos lados y vi que de entre las sombras de la acera opuesta emergía una figura que tomaba la misma dirección de aquel hombre. Moví mi

cabeza desaprobando aquella forma de actuar. Yo hubiese esperado a que el tipo hubiese estado diez pasos más allá. Saúl Panzer hubiera esperado aún diez pasos más, pero sabido es que Saúl es el mejor rastreador de Nueva York.

Pensé que la policía era capaz de retener a Meegan todavía durante dos horas o más o que incluso, tal vez estuviese durmiendo tranquilamente en su cama. Y concluí que lo mejor que podía hacer era dar alcance al hombre que acababa de abandonar el número 29 de la calle Arbor. Aquélla era por lo menos, la primera oportunidad de entrar en contacto con el asunto. Aceleré el paso y pronto me situé unos metros

detrás de él. Me dio la sensación de que forzaba la marcha y apreté yo también hasta situarme a sólo dos pasos. Al llegar al primer cruce, me puse a su lado; se volvió para mirarme, pero no redujo su paso y seguimos caminando juntos. Al cabo de unos minutos, le pregunté:

—¿Víctor Talento?

—No quiero hacer ningún comentario —respondió sin detenerse.

—Gracias por el cumplido —dije yo —, pero no soy ningún periodista. Mi nombre es Archie Goodwin y trabajo para Nero Wolfe. Si se para usted un segundo le enseñaré mis credenciales.

—No me interesan sus credenciales.

—De acuerdo, si es que usted ha salido a respirar el aire de la noche, está claro que no quiera ver mis credenciales. Si no es así, es posible que le interesen. Por favor, no se vuelva ni mire a su alrededor, pero un hombre de la Brigada de Homicidios le viene siguiendo. No sé si se dará cuenta de que estamos hablando. Va por el otro lado de la calle y se encuentra a unos veinte metros por detrás de nosotros.

—Sí —contestó siempre caminando con el mismo paso—; todo esto es muy interesante. ¿Es ésta la mejor hazaña que ha llevado a cabo usted hoy?

—No. Le he dicho que trabajo para el señor Wolfe y él está investigando un

asesinato por el solo hecho de practicarse; yo lo único que puedo buscar rondando por aquí es que me den un cachiporrazo. Repito que si usted ha salido sólo a pasear debo pedirle excusas y rogarle que olvide el incidente.

Mi compañero se volvió hacia mí y me preguntó:

—¿Me ha hablado usted de credenciales?

—Exacto. Podemos pararnos un momento debajo de alguna luz y se los enseñaré. El policía seguirá guardando su distancia y no nos molestará.

Por fin nos detuvimos. Saqué mi cartera y le mostré mis licencias de

detective y de conducir.

—Desde luego —dijo—, estaba seguro de que me seguirían.

—¿Sí?

—Sí; intenté tomar precauciones; pero no he podido evitarlo y me imagino que no debe ser tan sencillo como parece. No tengo experiencia en este tipo de maniobras. ¿Quién ha contratado a Wolfe para que investigara?

—No lo sé. El dice que lo hace porque necesita practicarse.

Aunque no había demasiada luz, podía observarle más y mejor de lo que hasta entonces lo había hecho. Era un hombre unos centímetros más bajo que yo y algo mayor de edad. Su piel era

oscura, sus ojos también y tenía una nariz marcadamente aguileña.

—Tengo una cita —me dijo.

No hice ningún comentario y prosiguió:

—Me telefoneó una mujer y preparé una entrevista, pero estoy seguro que la llamada pudo ser oída por alguien que interviniese la línea.

—Lo dudo, ¿le creen a usted sospechoso?

—Supongo que sí. La mujer no tiene nada que ver con el asesinato y desde luego, yo tampoco: pero me imagino que cualquier cosa que yo haga y cualquier persona que yo visite inmediatamente se convierten en materia sospechosa. No

tengo derecho a exponerla a posibles contratiempos y no estoy seguro de poder esquivar a ese hombre que me viene siguiendo.

Yo le susurré en voz baja:

—Ni a mí, tampoco.

—¿Quiere usted decir que piensa seguirme?

—En efecto, para practicar y tengo ganas de ver cómo logra llevar a cabo esa entrevista.

—Mire Goodwin, no dudo de su reputación, pero creo que esta vez está usted perdiendo el tiempo, ya que esa mujer no tiene ninguna relación con este asunto. Ahora bien, podemos hacer una cosa. No iré a verla. Su casa está sólo a

tres manzanas de aquí, puede ir usted a decirle de mi parte que yo no iré y que mañana me pondré en contacto con ella. ¿Quiere?

—De acuerdo, si es que sólo está a tres manzanas de aquí y si usted accede a devolverme el favor acudiendo conmigo a ver a Wolfe para cambiar con él cuatro palabras.

Dudó un momento y respondió:

—Esta noche, no.

—Sería mucho mejor que fuera esta noche.

—No, esta noche ya no puedo más.

—Mañana a las once, ¿le va bien?

—Sí, estaré a esa hora.

—Perfecto —le dije dándole la

dirección—, si se olvida recuerde que está en el listín.

Se sacó de su bolsillo un respetable montón de billetes y contó hasta veinte dólares.

—Ya que usted va a actuar como si fuese mi agente, creo que debo gratificarlo.

Sonreí y obligándole a guardar su dinero dije:

—No está mal la idea, usted es un abogado, pero yo no soy su agente. Le estoy haciendo un favor que espero me devolverá mañana. ¿Dónde es la cita?

—La mujer se llama Jewel Jones y está en la esquina sur de las calles Christopher y Grove, o estará allí dentro

de unos minutos.

Miró su reloj y prosiguió:

—Debíamos encontrarnos a medianoche. Es una mujer de tamaño mediano, delgada, cabello y ojos oscuros, muy hermosa. Dígale por qué no he ido yo y que mañana sabrá de mí.

—De acuerdo. Lo mejor que puede hacer usted, es tomar una dirección opuesta a la que ha llevado hasta ahora y llevarse tras de usted a ese pesado policía. Sobre todo no mire atrás.

Quiso estrecharme la mano para demostrarme su agradecimiento pero, para mí, aquello hubiese sido tan peligroso como aceptar los veinte pavos, ya que antes de que llegara otra

medianoche Wolfe podía estar acusándole de asesinato. Por lo tanto, pretendí no darme cuenta. El se dirigió hacia el Este y yo hacia el Oeste, caminando sin volverme a dar una mirada al policía. Sólo miré hacia atrás cuando llegué a la calle Christopher. Vi a una pareja de enamorados y a un sujeto que cruzaba muy aprisa, pero ni rastro del policía. Llegué al cruce de la calle Grove y no vi a ninguna mujer, caminé un trecho más y eran las doce y ocho minutos cuando frente a la esquina se detuvo un taxi. Descendió una mujer y el taxi se alejó.

Me aproximé. No había mucha luz, pero me pareció ajustarse a la definición

recibida de Talento. Me acerqué a ella y pregunté:

—¿Jones?

Ella reaccionó y yo dije:

—Vengo de parte de Víctor.

Se me acercó más para verme mejor y me preguntó:

—¿Quién es usted?

Me pareció que jadeaba.

—Me envía Víctor para darle un recado, pero naturalmente debo estar seguro de que es usted la persona que yo busco. Le he dado la mitad de su nombre y la mitad de él. Complételes usted.

—¿Quién es usted?

Meneé la cabeza.

—Conteste usted primero si quiere

conocer el mensaje que Víctor me ha dado para usted.

—¿Dónde está él?

—Nada. Voy a contar hasta diez y me iré. Uno, dos, tres, cuatro...

—Mi nombre es Jewel Jones. Él es Víctor Talento.

—Bien, usted es la muchacha que busco. Voy a explicarle lo que quiere usted saber.

Acto seguido le conté lo que había yo hecho desde el momento en que esperaba a Meegan apoyado en el farol de frente al número 29 de la calle Arbor. Su ceño se fue frunciendo a medida que adelantaba en mi narración.

—¡Qué mala suerte! —exclamó y

acercándose a mí y poniéndome una mano sobre mi brazo dijo—: ¡Acompañeme y métame en un taxi!

No me moví.

—Con mucho gusto —le dije—, es lo que pensaba hacer. Vamos a ir a ver a Nero Wolfe.

—¿Los dos? —preguntó quitando su mano—. ¡Está usted loco!

—Mire, señorita, usted y Talento preparan una entrevista en la esquina de una calle a las doce de la noche. Esto quiere decir que no desean ser vistos juntos. No obstante, existe algo urgente que les obliga a verse. Admito que la urgencia no tenga ninguna relación con el asesinato de Philip Kampf, pero creo

que de todas formas es algo que debe ser discutido. No deseo ser arbitrario. Podría llevármela a visitar a un sargento de la Brigada de Homicidios llamado Stebbins y discutir el asunto con él, pero creo que para usted le será mejor una visita al señor Wolfe. ¿Verdad que prefiere usted hablar con el señor Wolfe?

Por un segundo sus ojos relampaguearon como dos centellas, luego insinuó una sonrisa suplicante y apoyando ahora sus dos manos en mi brazo, me rogó:

—¿Por qué no podemos discutirlo nosotros dos? Vamos a cualquier parte y charlaremos.

Nos pusimos en marcha, ella no soltaba mi brazo y caminamos así bastante rato. Cerca de la Séptima Avenida localicé un taxi y le hice señas. Se paró a nuestro lado y una vez dentro le dije al conductor:

—Nueve, dieciocho, Oeste, Treinta y cinco.

El taxi se puso en marcha.

—¿Qué dirección es ésta? — preguntó la muchacha.

Le dije que era la dirección de Nero Wolfe. La pobre no sabía qué hacer ni qué decir. Sabía que si pataleaba y protestaba airadamente, lo único que lograría es que diese al taxista otra dirección más peligrosa. Lo mejor que

podía hacer era intentar seducirme y si hubiese tenido más tiempo para su campaña, estoy seguro de que hubiese logrado grandes progresos, porque hay que reconocer que tenía maña para ello. No intentó coaccionarme ni presentar ninguna clase de argumentos, se limitó a decir que sabía que yo era de la clase de hombres en los que podía confiar y estaba segura de que la comprendería y la ayudaría; que podíamos ir a cualquier sitio y hacer cualquier cosa porque estaba segura de que nos entenderíamos; tan segura estaba de aquello, como de que yo por mi cuenta, no me tomaría ciertas libertades...

El tiempo se acababa. El taxi tomaba

la última curva y yo tenía ya preparado un billete para pagarle. Descendí, alargué una mano a la mujer y subí los escalones que conducían a la entrada de casa, aplaudiendo en mi interior su decisión de no malgastar el tiempo en más protestas. Mi llave no fue suficiente porque la puerta estaba cerrada por dentro con el cerrojo. Llamé pues al timbre y unos segundos después se encendió una luz y Fritz nos abrió.

—¿Está todavía el señor Wolfe? — pregunté.

—Sí, en la oficina.

Fritz estaba mirando a la señorita Jones con una de las miradas características que acostumbra a dar a

toda mujer extraña que entraba en la casa. En su mente albergaba siempre la remota posibilidad de que la recién llegada fuese capaz de hechizar a Wolfe de tal manera que le obligara a casarse. Le ordené que la hiciese sentar un momento y tras colgar mi sombrero y la gabardina en el perchero, atravesé el vestíbulo y entré en el despacho.

Wolfe estaba en su mesa leyendo y echado sobre la mejor alfombra de la casa, un regalo que le hizo a Wolfe un armenio agradecido, estaba el perro. El animal me dio la bienvenida levantando su cabeza y azotando con la cola el pelo de la alfombra. Wolfe me dio la bienvenida, levantando un segundo sus

ojos del libro y gruñendo ostensiblemente:

—Traigo compañía —le dije—, antes de presentársela querría...

—¿Presentármela? ¿No son hombres todos los inquilinos de esa casa? ¿Debo entender que ha metido en mi casa a una mujer?

—Si no desea verla puedo volvérmela a llevar. Le contaré por qué la he traído.

Di cuenta de todos mis pasos de aquella noche, sin inventarme nada pero incluyendo todo lo esencial. Para terminar añadí:

—Podía habérmela llevado a un rinconcito que conozco y tratarla yo a

solas, pero era algo demasiado arriesgado. Sólo en seis minutos qué ha durado el viaje en taxi ha estado a punto de convencerme. ¿Quiere o no hablar con ella?

—Bueno, no perdamos más tiempo —dijo levantando sus ojos del libro—. ¡Hágala pasar!

Abrí la puerta del vestíbulo y dirigiéndome a la muchacha, le rogué:

—Por favor, señorita Jones, pase usted.

Así lo hizo y al cruzarse conmigo me sonrió de forma que se me antojó extraña, pero que no dejaba de ser deliciosa. Tan pronto penetró en el despacho, el perro se levantó de la

alfombra y corrió a sus pies, saltando y meneando alegremente la cola, demostrando una inequívoca alegría.

—¿Cómo está usted, señorita Jones? Soy Nero Wolfe. ¿Quiere decirme cómo se llama el perro?

Creí que no estaría en condiciones de contestar; me imaginaba que la presencia del perro le habría causado enorme sorpresa. No obstante, no fue así. Sin un solo signo de nerviosismo, se agachó para acariciar al perro, dio una mirada a su alrededor y se dirigió hacia el sillón rojo en donde se sentó.

—Creo que es una pregunta completamente tonta —exclamó—, no comprendo por qué me pregunta el

nombre de su perro.

—¡Vaya! —gruñó Wolfe disgustado—. Desconozco qué posición piensa usted tomar, pero según lo que el señor Goodwin acaba de decirme me imagino que piensa usted contarme que el motivo de su cita con el señor Talento nada tenía que ver con el señor Kampf y su muerte, que era un asunto personal, y que usted sólo conocía al señor Kampf de referencias o que acaso no lo conocía en absoluto. No obstante el perro le ha demostrado claramente que debe decirnos la verdad. Está claro que la conoce perfectamente y está claro que pertenecía al señor Kampf. Por lo tanto, usted conocía bien al señor Kampf. Si

intenta negar esto, el señor Goodwin y otros entrenados señores lograrán en muy poco tiempo descubrir todos los detalles, por insignificantes y secretos que sean, de su pasado y su presente y naturalmente esto será extremadamente desagradable. Creo que a usted no le gustaría nada llegar a ese extremo. ¿Cuál es el nombre del perro?

La muchacha me miró y yo sostuve su mirada. Ahora la podía ver a plena luz y estaba de acuerdo con la opinión de Talento de que era «muy hermosa». Sólo tardó unos pocos segundos en decidir cuál debía ser su respuesta.

—Se llama Bootsy<sup>11</sup>.

El perro levantó la cabeza y volvió a

menear alegremente el rabo.

—¡Gracias a Dios! —exclamó Wolfe—; ¿ningún otro nombre?

—Que yo sepa, no.

—¿Se llama usted Jewel Jones?

—Sí, canto en un club nocturno, el Flamingo, pero ahora no trabajo — adoptó una pose muy atractiva y dio a su voz un tono capaz de descongelar a cualquiera, no obstante era Wolfe quien debía resistirla y no yo—. Créame, señor Wolfe, no sé nada acerca de ese crimen. Si supiese algo que pudiese ayudarle con mucho gusto se lo diría porque estoy segura de que usted es de la clase de hombres con los que es fácil entenderse y en los que se puede confiar.

—Intento entender —dijo Wolfe secamente— que usted conocía al señor Kampf íntimamente.

—Así es —afirmó ella sonriendo conspiradora—, pero todo pasó y prácticamente durante estos dos últimos meses no nos habíamos visto.

—¿Vio usted al perro en su apartamento de la calle Perry?

—Exacto. Durante cerca de un año fui muy a menudo a aquel piso.

—¿Riñeron usted y el señor Kampf?

—Oh, no, no nos peleamos. Sencillamente no volví a verle. Tenía otro, estaba muy ocupada.

—¿Cuándo le vio por última vez?

—Bueno, ¿quiere usted decir

íntimamente?

—No, de cualquier modo.

—Hará unas dos semanas, en el club. Vino una o dos veces y hablamos allí.

—¿Pero no se pelearon?

—No, no teníamos por qué pelearnos.

—¿No tiene usted idea de quién, o por qué, pudieron matarle?

—En absoluto.

Wolfe se inclinó hacia atrás.

—¿Conoce usted íntimamente al señor Talento?

—No tal como usted dice, desde luego somos amigos. Yo viví allí.

—¿Con el señor Talento?

—No «con» él. Nunca vivo con un hombre; yo tenía el apartamento del segundo piso.

—¿En el 29 de la calle Arbor?

—Sí.

—¿Durante cuánto tiempo?

¿Cuándo?

—Durante cerca de un año. Me marché de allí hace dos meses. Tengo ahora un pequeño apartamento en la Calle 49 Este.

—Por lo tanto conoce también a los otros. ¿Conoce a los señores Meegan, Chaffee y Aland?

—Conozco a Ross Chaffee y Jerry Aland, pero no a Meegan. ¿Quién es?

—El inquilino del segundo piso del

número 29 de la calle Arbor.

Dudó un momento.

—Bueno, es fácil, se trata del piso que yo tenía —sonrió y continuó—, espero que le hayan arreglado aquella mesa. Fue una de las razones por la que me fui. Odio los apartamentos amueblados, ¿no opina así?

Wolfe se encogió de hombros.

—En principio, sí —dijo—; me imagino que ahora habrá elegido usted sus propios muebles, ¿los ha pagado el señor Kampf?

Rió con fuerza y señalando a Wolfe exclamó:

—¡Veo que no conoce cómo era Phil Kampf!

—¿No los pagó él?

—¡No!

—¿El señor Chaffee o el señor Aland?

—¡No y no! Mire, señor Wolfe. Archie me ha dicho que está usted interesado en este asunto, pero esto no es motivo para que yo tenga que decirle cómo pago los muebles de mi casa. Olvide mi mobiliario y vaya a otra cosa.

Wolfe no insistió. Se inclinó hacia delante y dijo:

—Hablemos de su cita con el señor Talento en una esquina de la calle. ¿Motivos?

La muchacha vaciló, pero no tardó en responder:

—Sabía que me lo preguntaría y mi respuesta no puede ser más sencilla. Le telefoneé cuando oí por radio que Phil había sido asesinado allí, en la calle Arbor, en donde yo sabía que todavía vivía Vic. Lo hice simplemente para que me diese detalles.

—¿Le dio alguno por teléfono?

—Parecía no querer hablar de aquello telefónicamente.

—Pero ¿por qué en la esquina de una calle?

La señorita Jones volvió a reír estrepitosamente.

—Señor Wolfe, me pregunta por mis muebles y ahora me pregunta por qué elegí la esquina de una calle. Bueno,

creo que una muchacha como yo puede elegir una esquina para encontrarse con un hombre como Vic Talento.

—Bien, ¿y qué le dijo?

—Oh, no me dijo nada y como ya sabe, no hemos llegado a vernos.

Wolfe alargó el interrogatorio hasta después de la una y yo podría explicarles todo lo que ella dijo aunque prácticamente lo saben ya todo. No había estado en la calle Arbor desde hacía dos meses. No había visto a Chaffee ni a Aland ni a Talento durante las últimas semanas y desde luego, no conocía a Meegan de quien no había oído hablar nunca. La única cosa que había quedado demostrada a lo largo de

la investigación era que Bootsy la conocía perfectamente y que ella ignoraba la existencia de alguien que pudiese reclamar sus derechos sobre el perro; es decir, ignoraba la existencia de herederos de Kampf. Terminada la entrevista, la acompañé hasta la Décima Avenida, la puse en un taxi y regresé.

Tomé de la cocina un vaso de leche y volví al despacho. Wolfe estaba bebiendo cerveza y no me gruñó. Raramente gruñe cuando bebe cerveza.

—¿Dónde está Bootsy? —pregunté.

—No —replicó enfáticamente.

—De acuerdo —rectifiqué—.

¿Dónde está Jet?

—Abajo, en la habitación de Fritz.

Dormiré allí. A usted no le gusta.

—Eso no es cierto, pero de todas formas no va a estar mucho tiempo con nosotros, pues mañana por la mañana se presentarán los de Homicidios provistos de una orden judicial y se lo llevarán queramos o no.

—No vendrán.

—Apuesto veinte contra uno, a que estarán aquí antes de mediodía.

—Perdería la apuesta, Goodwin; cuando estaba usted fuera, he llamado al señor Cramer. Le he sugerido un arreglo y ha aceptado. Yo también estaba seguro de que si no hacía algo mañana vendrían a por el perro.

—Ya, ¿qué es lo que han acordado?

—Sencillamente, que usted deberá estar mañana a las nueve en punto en el 29 de la calle Arbor, naturalmente acompañado del perro. Permitirá que el perro esté a disposición de la policía para que efectúen con él la prueba que desean. Vigilará usted todos sus movimientos y observará cualquier detalle interesante, luego me dará cuenta de sus resultados. Si lo desea puede entrar antes de marcharse en mi habitación, tal vez pueda sugerirle algo.

—De acuerdo, le pediré que me aconseje sobre lo que debo hacer si vuelvo a encontrarme con esa mujer. Tengo mis dudas.

# CAPÍTULO IV

La mañana se presentaba espléndida y como ya no necesitaba ningún pretexto, no me molesté en llevarme la gabardina de Meegan que sólo me hubiese representado un estorbo.

Los representantes de la Ley me esperaban delante de la casa; el técnico en perros era un individuo de mediana edad que tras saludarme y antes de hacerse cargo del animal me preguntó cómo se llamaba. Le dije que Bootsy.

El sargento Purley Stebbins que también se encontraba allí y no quería

perder la ocasión de dar señales de vida, exclamó a mi espalda:

—¡La lástima es que no te mordiese ayer, cuando te dedicaste a secuestrarlo!

Me volví. Purley es unos dedos más alto que yo y bastante más grueso.

—Stebbins —le dije—, a mí los perros no me muerden, sólo recibo mordiscos de las mujeres y no todos los hombres pueden decir lo mismo. Eso lo sabes tú muy bien.

Continuamos intercambiándonos delicadezas mientras el técnico en perros, llamado Loftus, procuraba hacerse con la amistad de Bootsy. Pasó bastante rato hasta que anunció que estaba listo para actuar.

—Creo —dijo— que será mejor que yo lo entre en la casa sujeto con la correa y al llegar a la escalera lo desate. Así es como lo debía hacer el señor Kampf.

—La situación, no es la misma hoy que ayer —intervino Purley Stebbins—, cuando Kampf entró con el perro estaba lloviendo y el animal iba completamente empapado. Kampf lo soltó en el vestíbulo del primer piso, le quitó la correa y se la llevó en la mano cuando se dirigió a uno de los pisos. El inquilino del piso al que se dirigió, le hizo pasar y cambiaron unas cuantas palabras, luego Kampf se vio golpeado por sorpresa y la correa que llevaba en

la mano fue usada para acabar con él. El asesino metió luego la correa en el bolsillo de la gabardina de la víctima y tuvo todavía fuerza para arrastrar el cadáver hasta el vestíbulo del primer piso, en donde fue encontrado. Luego regresó a su piso. Hasta aquí el crimen pudo ser cometido por uno cualquiera de los cuatro inquilinos. Mientras tanto, el perro, suelto, estaba ya en la acera de la calle, pues cuando Kampf estaba siendo víctima de su asesino, Talento se encontró al perro en el vestíbulo del primer piso y le hizo salir a la calle.

—Entonces —objetó Loftus—, Talento queda libre de sospechas.

—No, en absoluto; ninguno de los

cuatro inquilinos está libre. Talento también pudo haber sido. De ser así, tras haber matado a Kampf debió salir al vestíbulo, vigilar que nadie le viera y volver al piso para cargarse el cadáver y arrastrarlo hasta la escalera. Acto seguido abandonó la casa, saliendo a la calle y llevándose al perro por delante. Usted que es el técnico en perros, ¿ve algo raro en la reacción del perro al salir a la calle sin oponer resistencia?

—No, no hay nada raro en todo esto. No hubo sangre, ni extremada violencia.

—Pues bien, vamos a proceder. De momento estudiaremos las reacciones del perro y el resto del día podrá usarse para interrogar a los inquilinos y hacer

entrar en funciones a otros expertos.

Purley se dirigió hacia la puerta de la casa y volviéndose hacia mí, me invitó diciendo:

—Vamos, Goodwin, entra detrás de Loftus.

El puesto que me había asignado no me convenía demasiado, me hubiera gustado ver el experimento desde primera fila y subiendo detrás de Loftus me lo iba a perder todo. De todas formas, no discutí y entré con Purley en el vestíbulo inferior. Un colega de Homicidios mantenía la puerta abierta y saludó a nuestro paso. Nos encaminamos hacia la escalera y la puerta de la calle se cerró. Loftus comenzó a subir con el

perro. Subió dos escalones, se paró, lo mismo hizo el perro.

Nadie se atrevía a hablar. La correa colgaba floja y Bootsy husmeaba moviéndose alrededor de Loftus. Loftus le soltó suavemente y le hizo un gesto para que se diese cuenta de que ya no estaba sujeto. Bootsy comenzó a moverse con más libertad y se me acercó, levantando la cabeza y sin parar de menear la cola.

—Maldito perro —gruñó Purley disgustado.

—Actúa como yo creía —intervino Loftus—, nunca pensé que fuera a enseñarnos a qué puerta se dirigió Kampf ayer: en cambio, siempre he

creído que el perro se dirigía al sitio donde apareció el cadáver en la escalera o al sitio de donde fue sacado un momento antes, la puerta de Talento o algún otro lugar de más arriba. Goodwin, cójale por el collar y comience a subir desde la puerta.

Obedecí y fui con el perro hasta el lugar en donde el día anterior había sido encontrado el cuerpo. El animal no dio señal alguna de demostrar algún especial interés por aquel lugar.

—Nada —dijo Loftus—; por ahora nada en absoluto anormal.

Volvió a hacerse cargo del perro y al llegar a la puerta del primer piso, llamó al timbre. Segundos después Víctor

Talento, con la gabardina puesta, abrió la puerta.

—Hola Bootsy —exclamó al tiempo que se agachaba para acariciar la cabeza del perro.

—¡Diablos! —gruñó Purley—. ¿No le había dicho que no hablase?

Talento se golpeó la frente e intentó excusarse diciendo:

—Es verdad, tiene usted razón, lo había olvidado. ¿Quiere que volvamos a repetir la escena?

—No, de momento, esto es todo.

Talento saludó y cerró la puerta.

Purley se puso en marcha y Loftus y yo le seguimos hacia el segundo piso.

El vestíbulo superior era estrecho y

con poca luz. Me hice a un lado y lo mismo hizo Purley y dejamos avanzar a Loftus con el perro en dirección a la puerta. Bootsy meneaba la cola cuando llamó. La puerta se abrió y dentro apareció el tipo que el día anterior había venido a la oficina de Wolfe y se había marchado llevándose mi gabardina. Iba en mangas de camisa y con el cabello completamente despeinado.

—Le presento al sargento Loftus, señor Meegan —dijo Purley—; eche una ojeada a este perro. ¿Le había visto alguna vez antes de ahora? Acarícielo.

—Acarícielo usted y váyanse todos al cuerno.

—Dígame si lo había visto alguna

vez.

—¡No!

—De acuerdo, gracias. Vámonos Loftus.

Apenas terminó aquellas palabras, la puerta se cerró con gran estruendo.

—Vaya, vaya... —comentó Purley.

—Parece que no le ha gustado nuestra visita —objetó Loftus—, pero hay mucha gente a quienes no les gustan las visitas con perros.

El tercer vestíbulo era exactamente igual que el anterior y Purley y yo hicimos la misma operación. Loftus llamó a la puerta. No contestó nadie y el sargento técnico hizo otra tentativa. La puerta se abrió despacio, pero sólo unos

centímetros y desde dentro se oyó una voz chillona que decía:

—¿Han encontrado al perro?

—Sí, lo tenemos aquí —respondió

Loftus.

—¿Está usted ahí, sargento?

—Sí, estoy aquí —respondió ahora

Purley.

—Pues bien, ya le he dicho que este perro no me hace ninguna gracia. En una reunión con Phil Kampf... ¡bueno, ya se lo he dicho!

—Abra la puerta y no tema, que el perro está sujeto.

—No quiero abrir, le digo que no quiero. Purley se había ido acercando a la puerta y con un rápido movimiento,

apoyó con fuerza su espalda, empujando hacia dentro. La puerta vaciló un momento, pero acabó abriéndose de par en par. Al otro lado apareció un tipo delgaducho, jocosamente uniformado con un pijama verde y rojo que nos miraba asombrado. El perro pareció insinuar un gruñido.

—Estamos investigando, señor Aland —dijo Purley—, y no podemos hacer una excepción con usted.

No continuó porque la puerta había vuelto a cerrarse nuevamente de golpe.

—No me diga —dijo Loftus dirigiéndose a Purley— que Aland esperaba ya nuestra visita.

—No, pero al oír la llamada no ha

dudado de que éramos nosotros.  
Vámonos.

Seguimos subiendo. El último rellano era el más original de todos, y al observar sus paredes se comprendía fácilmente que era objeto de una atención personal. Estaban pintadas de delicados colores y aparecían plagadas de pequeños dibujos; se notaba la mano de un artista.

Loftus llamó a la puerta y dentro se escucharon unos pasos que se acercaban. La puerta se abrió de par en par. Era el pintor Ross Chaffee quien la había abierto. El artista iba tocado como tal y llevaba puesto un viejo blusón gris.

Chaffee sabía que recibiría aquella

visita y siguiendo las instrucciones de Purley no habló nada, limitándose a sonreír agradablemente. El perro no reaccionó. Al cabo de unos minutos Purley le preguntó:

—Conoce usted al perro, ¿no es verdad?

—Ya lo creo que sí, es un animal precioso.

—¡Acarícielo, por favor!

—Con mucho gusto —dijo inclinándose hasta tocar cariñosamente al perro—. ¡Hola, Bootsy! ¿Sabes que tu amo se ha ido? Sí, Bootsy, se ha ido para siempre... Se puso en pie y preguntó:

—¿Algo más, señores? Estoy

trabajando y desearía poder aprovechar la luz de la mañana que es la que prefiero.

—Eso es todo, gracias —dijo Purley dando media vuelta y comenzando a descender la escalera. Loftus y el perro, y yo detrás, le seguimos.

Al llegar al piso de Talento, vi que su puerta estaba abierta y que el abogado estaba esperándonos.

—Ha telefoneado el fiscal del distrito —dijo—. ¿Pueden llevarme en su coche? Desean verme cuanto antes.

—De acuerdo; le esperaremos abajo.

Talento dijo que estaría preparado en un minuto. Purley ordenó a Loftus que

me devolviera a Bootsy y el técnico me alargó la correa.

—Pienso —dijo— darles un detallado análisis de la conducta del perro. Necesitaré una semana.

—¡Al diablo tú y tu maldito perro! —gritó malhumorado Purley dándome la espalda.

Me marché. En la calle pude comprobar que la mañana seguía maravillosa. La presencia de dos coches patrulla frente a la puerta de la casa en donde se ha cometido un asesinato, había reunido a un nuevo grupo de curiosos y Bootsy y yo éramos objeto de interés tan pronto aparecimos a la entrada de la casa.

No hice caso de las miradas y fui alejándome a lo largo de la calle Arbor, parándome aquí y allá, para dar oportunidad a Bootsy de que inspeccionase cuanto le venía en gana. A la cuarta o quinta parada, me volví y vi al cuarteto abandonando el escenario del número 29. Stebbins y Talento subieron a un coche y Loftus y el colega, al otro.

Reduje la correa y sujeté con fuerza a Bootsy hasta que apareció un taxi vacío, lo paré y subí con el perro. Me saqué de la cartera un billete de cinco dólares y se lo ofrecí al chófer.

—Gracias —dijo—; pero ¿por qué quiere usted pagarme por adelantado?

—Usted se lo ganará, hermano —le

aseguré—. ¿Hay algún sitio a una manzana más o menos, de la calle Arbor en donde pueda usted aparcar de treinta minutos a tres horas?

—No puedo estar aparcado tres horas.

—Desde luego que no —dije alargándole otros cinco pavos—: no creo que sea necesario esperar tanto.

—Bueno, conozco un lugar no lejos de aquí en donde creo podré aparcar, pero estando en la calle y sin llevar ningún pasajero continuamente me solicitarán.

—Llevará un pasajero, el perro.

Se puso en marcha y atravesamos varias zonas de aparcamiento hasta

llegar a la que él se había referido. A aquella hora del día todavía era posible, en Manhattan, encontrar algún rincón libre para aparcar. Paró el coche junto a la calle Court, sólo a dos manzanas de la calle Arbor. Descendí y bajé las ventanas, dejando sólo unos centímetros para que a Bootsy le entrara aire puro. Me encaminé hacia la vecina calle Arbor.

No se veía ningún coche de policía frente al número 29 y tampoco había curiosos. Aquello era satisfactorio. Atravesé el vestíbulo y pulsé el timbre de Meegan. Nadie contestó, probé dos veces más y seguí sin obtener respuesta. Pulsé el botón correspondiente a Aland.

Vi que se abría una puerta y subí al correspondiente piso; la puerta se cerró.

Cuando llegaba oí la voz chillona de antes que preguntaba:

—¿Quién es?

—Soy Goodwin —respondí—; acabo de estar aquí con los otros. No traigo al perro. Ábrame, por favor.

La puerta comenzó a abrirse despacio y finalmente se abrió del todo. Jerome Aland seguía disfrazado con su pijama.

—Pero ¡por Dios! —exclamó—. ¿Qué es lo que quiere ahora? ¿Por qué no me deja dormir?

No intenté excusarme.

—Cuando estuve aquí quería haber

aprovechado para hacerle unas cuantas preguntas —le dije—; pero el perro lo complicó. No voy a entretenerle. ¿Puedo entrar?

Me hizo pasar a una habitación en donde se alineaban varias sillas. Eran ese tipo de sillas que hacían odiar los apartamentos amueblados a Jewel Jones. El resto del mobiliario no mejoraba el panorama. Se sentó él primero y me preguntó:

—Muy bien, ¿qué es lo que quiere preguntarme?

Mi situación tenía algo de falsa. Él estaba convencido de que yo pertenecía a la Brigada de Homicidios y por lo tanto debía andarme con pies de plomo;

no podía, por ejemplo, hablarle de Jewel Jones, porque la chica no había tenido ningún contacto con la policía.

—Estoy comprobando algunos puntos —dije—. ¿Cuánto tiempo hace que Richard Meegan ocupa el apartamento de debajo?

—Pero, ¡diablos!, se lo he dicho ya una docena de veces.

—A mí no. Le repito que estoy comprobando varias cosas. ¿Cuánto tiempo hace?

—Nueve días. Entró aquí el martes hizo una semana.

—¿Quién era el anterior inquilino? Exactamente, el anterior a él.

—No vivía nadie. El piso estaba

vacío.

—¿Vacío desde que usted vive aquí?

—No, ya se lo he dicho, lo tenía una chica, pero ella cambió de domicilio hace tres meses. Se llama Jewel Jones, es una excelente artista y ella es quien me facilitó el empleo que ahora tengo en un club nocturno.

Descansó un momento y prosiguió:

—Ya sé lo que está usted pensando; querría verla a ella mezclada en este asunto y querría descubrir que estoy retorciendo mi declaración. Se equivoca, amigo, no me gustan los perros y eso es todo, no tengo por qué permitir la entrada de un perro en mi casa.

Se pasó ambas manos por su cabello como un artista profesional de cabaret y prosiguió mirando a un punto en el vacío:

—Morir como un perro, esto es lo que hizo el pobre Phil, murió como un perro. ¡Pobre Phil! Querría no volver a hablar más de este asunto.

—¿Quiere usted decir —aventuré— que usted y el señor Kampf eran buenos amigos?

Movió la cabeza negativamente.

—No, no he dicho eso. ¿Verdad que no?

—Más o menos, lo ha dicho: no con las mismas palabras, pero lo ha dejado entender. ¿Lo eran o no?

—No, nunca he tenido buenos amigos.

—Acaba usted de decir que la chica que vivía aquí le proporcionó su trabajo. Eso hace pensar que eran buenos amigos. ¿Tampoco lo eran?

—¿Por qué se empeña en mezclarla en esto?

—No la mezclo. Solamente le he preguntado quién era el anterior inquilino y si eran ustedes buenos amigos. ¿Por qué se empeña usted en excluirla?

—No intento excluirla porque ella no tiene nada que ver.

—Quizá no. ¿Sabe si conocía a Phil Kampf?

—Me imagino que sí. Seguro que le conocía.

—¿Cree usted que le conocía mucho?

Gesticuló meneando los hombros.

—Está usted haciéndome preguntas de índole personal —dijo—; si Phil viviese podría preguntárselo a él y él podría informarle. Yo no puedo contestarle.

Le sonreí.

—Todo esto, señor Aland —le dije—, no hace más que despertar mi curiosidad. Alguien en esta casa, asesinó a Kampf. Le estoy haciendo una serie de preguntas y parece que usted no tiene ganas de contarme nada acerca de

Kampf y esa muchacha. Si no me lo cuenta, dará pie a que mi imaginación trabaje y piense, por ejemplo, que la muchacha le pertenecía y Kampf se la quitó y fue por eso por lo que usted le mató ayer cuando vino a esta casa. O tal vez...

—¡Ella no era mía!

—Muy bien, tal vez fuese la misma historia pero al revés. No era suya, pero usted quería lograrla. Kampf le dominaba y la muchacha le pertenecía a él, la única manera era liquidarle.

Levantó la cabeza y me miró a los ojos fijamente.

—Está usted muy equivocado —afirmó—. Podría usted dedicarse a

escribir seriales para la televisión. Tiene madera.

Permanecí con él sólo unos pocos minutos más y decidí marcharme tras haber obtenido lo máximo que podía esperarse bajo aquellas especiales circunstancias. Como él seguía creyendo que yo era un representante oficial de la Ley, no pude hablarle de una visita al despacho de Wolfe y di por terminada mi visita. Lo único que había sacado en claro de mi charla con Jerome Aland era que no intentaba echar las culpas del asesinato sobre ninguno de sus compañeros de escalera y que carecía de opinión e ideas acerca de quién había matado al pobre Phil. Cuando me

marché se puso en pie, pero dejó que yo mismo me abriese la puerta.

Bajé al vestíbulo de abajo y volví a llamar a la puerta de Meegan. Ya iba a repetir mi llamada cuando oí pasos dentro y la puerta se abrió. Meegan seguía en mangas de camisa y despeinado.

—¿Bien? —preguntó.

—Ya vuelvo a estar aquí —le dije con firmeza pero amablemente—. Quiero hacerle unas pocas preguntas. ¿Querrá usted contestarme?

—Ya sabe usted que esto nos resulta agotador.

—Naturalmente que sí. El señor Talento ha sido llamado a la oficina del

fiscal del distrito. Tal vez estas preguntas le ahorren a usted un viaje como el del señor Talento.

Abrió más la puerta y con el brazo me indicó que entrara. La habitación era casi idéntica a la del piso de Aland y el mobiliario, aun siendo distinto, no resultaba en modo alguno envidiable. La mesa que se apoyaba contra la pared, parecía nueva y era sin duda, la sustituía de la que Jewel Jones había citado. Me senté en una silla del fondo y él se sentó frente a mí.

—¿No le he visto yo antes? —me preguntó.

—Desde luego que sí, he venido antes con el perro.

—No, no, quiero decir antes de ahora. ¿No estaba usted en la oficina de Nero Wolfe, ayer?

—Exacto.

—¿Cómo es que ha venido? Levanté las cejas y afirmé:

—Creo, señor Meegan, que está usted confundiendo los papeles. He venido aquí a hacerle varias preguntas, no a responderlas. Yo estaba en el despacho de Wolfe por un asunto de negocios. A menudo voy a allí. Ahora...

—Wolfe es un presuntuoso y arrogante fanfarrón.

—Es posible que sí que lo sea, pero no es éste el momento de discutirlo. Estoy aquí para averiguar unas cuantas

cosas. —Tomé el lápiz y el cuaderno de notas y continué—: Se trasladó usted a este apartamento hace nueve, días. Por favor, dígame, ¿cómo vino a parar a este piso? Me miró admirado.

—Por lo menos lo he dicho ya tres veces.

—Ya lo sé, y no crea que intento atraparle en discrepancia alguna, lo que deseo es saber si no ha omitido usted algún detalle importante. Repita exactamente lo que ha dicho y procuraré captar algo que no haya oído antes. Adelante, señor Meegan.

—Pero ¡por Dios! —exclamó apretándose ambas sienes con sus manos.

Normalmente debía tratarse de un bello ejemplar masculino, cabellos rubios, ojos grises y anguloso rostro, pero en aquellos momentos, tras haber pasado la noche con los de la Brigada de Homicidios y el DA, estaba desconocido y sus ojos aparecían hinchados y enrojecidos. Se inclinó hacia atrás.

—Soy fotógrafo comercial, en Pittsburgh. Hace dos años me casé con una muchacha llamada Margaret Dyan. Siete meses después me dejó plantado. No sé todavía si se marchó sola o acompañada, lo único que sé es que se me fue. Abandonó Pittsburgh y cualquier lugar en donde yo pudiera encontrarme;

su familia nunca más supo de ella. Unos cinco meses después, hace aproximadamente un año, un hombre que conozco y con el que tengo negocios, me dijo que la había visto en Nueva York, en un teatro y en compañía de un hombre. Él fue a su encuentro y le habló, pero ella se excusó diciendo que se equivocaba. No obstante, mi conocido estaba seguro de que era ella. Vine a Nueva York y me pasé una semana intentando localizarla sin éxito. No me dirigí a la policía porque no quise. Tengo mis razones, pero me las callo.

—No me interesan —dije sin dejar de escribir en mi bloc—; siga.

—Hace dos semanas fui a visitar una

exposición de cuadros en el Instituto de Pittsburgh. Había un enorme cuadro al óleo, presidiendo la sala: se titulaba Muchachas comiendo. Se trataba de un interior, una habitación en la que aparecían tres mujeres jóvenes. Una estaba sobre una cama y las otras dos echadas en una alfombra. Las tres comían manzanas. La que estaba en la cama era mi mujer. La reconocí desde el primer instante en que miré el cuadro y luego estudiándola con todo detalle, ratifiqué mi opinión con toda seguridad. No había ninguna duda.

—¿Y qué hizo usted?

—La firma del artista parecía decir Chapple, pero al leer el catálogo vi que

se trataba de un tal Ross Chaffee. Me dirigí al despacho del Instituto y pregunté por él. Creían que vivía en Nueva York pero no estaban seguros. Tenía importantes trabajos entre manos y no pude dejarlos hasta haberlos finalizado. Una vez terminados me tomé dos días y vine a Nueva York. No tuve demasiadas dificultades para encontrar a Ross Chaffee estaba en el listín telefónico. Fui a verle a su estudio, aquí en esta casa. Primero le dije que estaba interesado en aquella figura del cuadro, que yo creía me sería un modelo ideal para ciertas fotografías que deseaba hacer. Chaffee me dijo que su opinión era que la fotografía no podía ni debía

robar a la pintura ningún modelo y que no se prestaba a traspasar un modelo de pintor, a la material cámara de un fotógrafo. Ya me había despedido, cuando yo, para no perder todo lo que hasta entonces había logrado, le conté la verdad sin omitir ningún detalle. Su actitud cambió de forma manifiesta. Simpatizó conmigo y me dijo que le gustaría ayudarme, pero que había pintado aquel cuadro hacía más de un año y que como usaba tantos modelos diferentes le era completamente imposible recordar quién era aquella mujer.

Meegan se paró y yo levanté la vista de mi bloc de notas.

—Como usted puede imaginarse — dijo—, me di cuenta de que Chaffee no me decía la verdad. Un fotógrafo usa cientos de modelos y es posible que no pueda recordarlos todos, pero un pintor, un pintor que se pasa horas junto a los modelos, es imposible que pueda olvidarlos tan aprisa. Y menos olvidar los modelos de un cuadro como aquél, insistí una y otra vez y acabó por decirme que intentaría hacer un esfuerzo y refrescar su memoria. Me dijo que le llamara al día siguiente. En lugar de llamarle, al día siguiente volví a presentarme en su estudio, pero Chaffee me dijo simplemente que no había podido recordar quién era la mujer del

cuadro. Cuando me marchaba me di cuenta de que había un apartamento por alquilar, fui a ver al portero y allí mismo, firmé el contrato. Fui hasta mi hotel, hice las maletas y me trasladé. Sabía que mi mujer había sido el modelo de aquel cuadro y sabía que estando aquí podría encontrarla. Quería estar lo más cerca posible de Chaffee y de cuantas personas acudieran a su estudio.

Le hubiese querido pedir una fotografía de su mujer, pero estaba seguro de que se las había enseñado y seguramente entregado a la policía y no quería levantar sospechas ahora que mi interlocutor estaba totalmente lanzado.

Por lo tanto, me limité a preguntar con indiferencia:

—¿Logró descubrir algo?

—No mucho. Intenté ganarme la amistad de Chaffee, pero no llegué muy lejos. Conocí a los otros dos inquilinos, Talento y Aland, pero su amistad no me condujo a nada. Finalmente decidí que debía solicitar la ayuda de algún experto y fue cuando ayer, fui a visitar a Nero Wolfe. Usted estaba allí y sabe cuáles fueron sus reacciones. ¡Valiente gordinflón!

—¿Y qué es lo que usted quería de él?

—Ya se lo he dicho.

—Otra vez, por favor.

—Quería que interviniese el teléfono de Chaffee.

—Pero eso es ilegal —afirmé con severidad.

—Bueno, da lo mismo; al fin y al cabo no le he hecho.

Pasé una página de mi cuaderno y dije:

—Vamos a ver, retrocedamos un poco. Durante esta mañana, aparte de los inquilinos de la casa, ¿con cuántos amigos y conocidos de Chaffee ha conversado usted?

—Solamente con dos, tal como le he dicho. Con una mujer joven, modelo, en su estudio y de la que ya no recuerdo el nombre y con un hombre que estaba allí

el otro día, un hombre que Chaffee dijo compra sus pinturas. Su nombre es Braunstein.

—¿No cita a Philip Kampf?

Meegan levantó la cabeza extrañado y contestó:

—No, no lo cito porque nunca le vi, no oí hablar de él.

—¿Qué diría usted si yo le dijese que habían sido vistos ustedes juntos?

—Le diría que era usted un solemne embustero —contestó haciendo centellear sus cada vez más enrojecidos ojos—. Como si todavía no me hubiese causado suficientes extorsiones este maldito asunto, quiere usted todavía intentar meterme en el crimen de un

hombre del que nunca oí hablar. Se presentan en mi casa con un perro y me lo hacen acariciar. Pero, por Dios, ¿están ustedes locos?

—Cálmese, señor Meegan, no es usted el primer hombre que tiene un asesino por compañero sin saberlo.

Cerré mi cuaderno y me lo metí en el bolsillo.

—Haría usted mejor intentando solucionar sus problemas sin intervenir los teléfonos. —Me puse en pie y finalicé mi entrevista diciendo—: Esté preparado, pues tal vez tengamos que volver a molestarle.

Se dirigió a la puerta y me la abrió. Me hubiese gustado obtener más detalles

de sus progresos con Ross Chaffee y sus contactos con los otros dos inquilinos, pero me pareció más importante tener algunas palabras con Chaffee antes de regresar a casa. Mientras subía la escalera hasta el último piso, miré mi reloj y vi que señalaba las diez y veintiocho minutos.

# CAPÍTULO V

Sé que no tengo derecho a quejarme por las interrupciones que están ustedes provocando en mi trabajo. Pero creo que aun bajo las actuales circunstancias, abusan ustedes —me dijo Ross Chaffee al abrirme la puerta mirándome con una cara que se me antoja humorística.

El último piso de la casa era completamente distinto a los demás. No vi las habitaciones interiores, pero la central, dedicada a estudio, era mucho más alta y ancha que las correspondientes de los demás pisos.

Esparcidas por la habitación se veían numerosas esculturas, grandes y pequeñas y apoyados en las paredes o en los caballetes vi muchos bocetos de pinturas. Había varias banquetas planas, dos sillas tapizadas y un diván. Me senté en una de las tapizadas y Chaffee se acercó una banqueta hasta colocarse delante de mí.

—Solamente le ruego —me dijo— que procure ser lo más breve posible.

—De acuerdo; seré breve. Quiero solamente aclarar un par de puntos que me parecen poco claros. Es posible, desde luego, que sea una coincidencia el que Richard Meegan viniese a la ciudad buscando a su mujer, acudiese a su

estudio y alquilase en esta misma casa un apartamento exactamente nueve días antes de que Kampf fuese asesinado. Pero, de todas formas, creo que es una coincidencia que merece ser revisada. Francamente, señor Chaffee, soy de los que creo que no es posible que usted pueda haberse olvidado por completo de la modelo utilizada en uno de sus mejores cuadros.

—Señor mío —sonrió Chaffee—, ¿está usted insinuando que soy un embustero?

—No, no digo eso: pero no comprendo su actitud tras haber dicho a Meegan que le ayudaría a encontrar a su esposa.

—Yo no dije exactamente eso, dije tan sólo que deseaba ayudarle a buscar a su esposa. No sabía cómo quitármelo de encima y tuve que decírselo para que no siguiese haciéndome perder tiempo.

—Pero, ¿hizo usted algo por ayudarle?

—Ya les he dicho todo lo que hice. Intenté refrescar mi memoria. Uno de sus colegas me preguntó esta noche que por qué no había ido a Pittsburgh a ver el cuadro; me imagino que debía estar loco.

Parecía cansado y tenía la seguridad de que todo aquello era una repetición absurda, ya que yo debía haber leído su declaración completa, en la que había

invertido ocho pesadas horas.

—Mire, señor Chaffee —le dije—; este asunto es muy desagradable para todos y se arreglará en el momento en que lleguemos a saber quién mató a Kampf. Usted vive en esta casa y forzosamente tiene que saber interioridades de los demás inquilinos y seguramente detalles relacionados con Kampf y que hasta ahora no ha revelado. Si usted sabe algo que pueda ayudarnos y no lo ha dicho hasta ahora, voy a creerlo más loco de lo que parece.

—Bonito discurso —replicó sonriendo.

—Muchas gracias; espero ahora el suyo.

—Yo no tengo la elocuencia que usted posee —dijo moviendo la cabeza—, y además, creo que aun proponiéndomelo me sería imposible poderle ayudar. Ya les he dado mi opinión sobre Kampf que era a quien conocía mejor; un hombre admirable en ciertos aspectos, pero que no dejaba de tener sus defectos. Lo mismo puedo decir, aproximadamente, de Talento. Con Aland sólo he tenido una amistad casual y ciertamente poca íntima, y de Meegan no sé más de lo que pueda usted saber. Naturalmente, no tengo la menor idea de que alguno de ellos pudiese tener algún motivo para matar a Kampf. Si usted espera...

Sonó el teléfono. Chaffee se levantó y descolgó el auricular situado detrás del diván, sobre una pequeña mesa adosada a la pared.

Contestó que sí varias veces y luego le oí decir:

—...Pero si uno de sus hombres está aquí ahora... No sé cómo se llama, no se lo he preguntado... Sí, es posible... No lo sé... Bien, en el ciento cincuenta y cinco de la calle Leonard, de acuerdo, salgo dentro de un momento.

Colgó y se volvió hacia mí.

Antes de que pudiera hablarme, me puse en pie y le dije:

—Solicitan su presencia en la oficina del fiscal, ¿no es verdad? Ya

sabía que le llamarían. Si desean saber mi nombre no pase cuidado que lo sabrán, y rápidamente.

Me fui hacia la puerta, la abrí y salí.

En la calle seguía sin verse ningún coche patrulla. Me dirigí hacia la esquina de la calle Court y después de bajar dos manzanas, descubrí al taxi que aún permanecía donde lo había yo dejado. El pasajero del asiento trasero miraba aburrido a través de las ventanillas y pareció animarse al apercibirse de mi presencia. Si no hubiese encontrado el taxi en su sitio, o si Stebbins hubiera acertado a pasar, antes que yo por aquel lugar, les aseguro que no me hubiese atrevido a volver a

casa. Pero allí seguía el taxi y su visión me puso de buen humor como le había puesto al perro la mía. Durante el trayecto hasta la Calle 35, no paró de menear la cola y avasallarme con sus zalamerías. El taxímetro marcaba solamente seis dólares y un poco más, pero no quise pedirle el cambio. Si Wolfe se divertía haciéndome investigar en un asesinato por el mero hecho de que no le había hecho gracia mi perro, justo era que se gastase su dinero.

No obstante, me di cuenta al entrar en casa, que Jet corría hacia Wolfe meneando alegremente la cola y saltando sobre sus patas traseras, cosa que de pronto, me demostraba que la tarde

anterior durante mi ausencia, Wolfe había hecho amistad con el perro y quién sabe si incluso había estado acariciándole. Hubiese querido hacer sabrosos comentarios, pero aquél no era el momento oportuno para ello.

Wolfe apoyó su vaso vacío de cerveza sobre la mesa y me preguntó:

—¿Y bien? ¿Qué?

Yo le conté todo lo que había hecho. No omití detalle y creo que reflejé la situación tal y como estaba en aquellos momentos. Cuando terminé, no se molestó en hacerme ninguna pregunta, cerró los ojos y permaneció en silencio unos minutos, luego comenzó a decir:

—Llame a...

No le dejé continuar.

—Espere un minuto, por favor.

Después de una mañana tan laboriosa como la que he llevado a cabo, creo que tengo derecho a sugerir yo mismo lo que tengo que hacer. He pensado en ello. ¿Cuál es el nombre del Instituto de Pittsburgh en donde se presentan exposiciones?

—En realidad eso va a ser un disparo al azar.

—Ya lo sé, pero hay que intentarlo; nos va a costar sólo un dólar y acabo de gastarme diez en un taxi.

—Es el Instituto de Arte de Pittsburgh. Me dirigí al teléfono, pedí conferencia y sin esperarme me pusieron

en comunicación con el Instituto. No obstante, por lo menos esperé un cuarto de hora, pasando por tres personas distintas, hasta localizar a la persona que me interesaba.

Después de colgar, me volví a Wolfe.

—La exposición se clausuró ayer hizo una semana. Gracias a Dios no va a ser necesario ir a Pittsburgh; el cuadro fue comprado por el señor Herman Braunstein, de Nueva York. Se lo enviaron urgentemente hace cuatro días, pero no han sabido darme la dirección aquí.

—El listín de teléfonos.

Lo tenía en mis manos y ya estaba

buscando el nombre.

—Aquí está —dije—, tiene la oficina en la calle Broad y la residencia en la Park Avenue. Sólo hay un Herman.

—Localícelo.

—No estoy seguro de lograrlo; a lo mejor no contesta a las llamadas telefónicas. ¿Por qué no voy a su casa antes de llamarle por teléfono? Probablemente le encuentre allí, si no es así puede usted abroncarme cuanto quiera; estoy resignado a todo.

Wolfe tenía sus dudas y no sabía si debía autorizarme ya que la idea había sido mía. Meditó un momento la cuestión y me dio su permiso. Fui a buscar la cámara fotográfica «Veblex»

con todos sus accesorios y le dije a Wolfe que no regresaría hasta haber visto el cuadro, estuviese donde estuviese.

Antes de salir llamé a Talento para decirle que no se molestase en acudir a la entrevista preparada, pero nadie contestó a mi llamada. Posiblemente todavía debía seguir en la oficina del fiscal, o ya estaba viniendo hacia la Calle 35. Desde luego, si se presentaba en mi ausencia, no había nada que temer, pues quedaba Jet para proteger a Wolfe.

Un taxi me condujo hacia una de las varias casas que como auténticos palacios se levantan en el sector de la Park Avenue y las Setentas. Intenté pasar

por delante del portero sin mirarle, pero él me detuvo. Yo le dije, en tono profesional:

—Braunstein, asunto cuadros. Tengo mucha prisa.

El portero me señaló hacia el ascensor.

Crucé un lujosísimo vestíbulo totalmente alfombrado y me dirigí hacia el ascensorista que me esperaba con la puerta abierta.

—Braunstein, por favor —le dije mientras cerraba las puertas.

Apretó el botón y subimos hasta el piso 12 en donde paramos. Me abrió la puerta y salí de prisa. Vi que había una puerta a la derecha y una a la izquierda,

me dirigí hacia la derecha sin preguntar. Era una fanfarronada a cara o cruz, pero me salió bien y el ascensorista que seguía a la puerta del ascensor no me corrigió.

Fue uno de los aciertos más bien logrados de mi carrera, hay que reconocerlo. Pulsé el timbre e inmediatamente me abrieron la puerta. Era una mujer de mediana estatura, uniformada con un delantal blanco que cuando oyó que le decía que venía a tomar una fotografía me hizo pasar y esperar un momento. Dos minutos después vino a mi encuentro una dama de elevada estatura, que volvió a preguntarme lo que deseaba. Pedí

disculpas por las molestias que pudiera ocasionarles y le rogué me permitiese tomar unas fotografías del cuadro llamado Muchachas comiendo, que el señor Braunstein acababa de adquirir en el Instituto de Pittsburgh. Un cliente mío de Pittsburgh había admirado el cuadro y al ir a tomar unas fotografías para su colección, le habían dicho que el cuadro iba vendido, camino de Nueva York.

Me pidió algunos detalles, tales como mi nombre y la dirección de mi cliente en Pittsburgh que yo me inventé, luego me acompañó hasta una sala, elegantemente adornada y tan grande casi como el Madison Square Garden. Hubiera sido delicioso poder echar una

mirada a las cortinas, mobiliario, alfombras y cincuenta mil objetos más, especialmente la docena o más de cuadros que llenaban las paredes de la sala, pero no quería perder tiempo. Me acompañó hasta la pared más alejada y señalándome un hermoso cuadro que ocupaba el centro, me dijo:

—Ahí lo tiene usted.

Era, repito, una hermosa pintura. Creía que las muchachas habrían sido pintadas desnudas, pero me equivoqué, ya que las tres aparecían completamente vestidas. Al darme cuenta de ello, pensé jocosamente que no comprendía por qué mi cliente quería una foto de aquello. La mujer se sentó sin dejar de observarme.

Preparé como un auténtico profesional de la fotografía mi cámara y disparé el flash desde varios ángulos distintos. Guardé el instrumental, le di las gracias a la mujer en nombre de mi cliente, prometí enviarle algunas fotos y me despedí. Aquello era todo lo que debía hacer.

Una vez en la calle, anduve hacia Madison, me metí en la primera cabina telefónica que encontré y marqué un número.

Me contestó la voz de Wolfe:

—¿Sí? ¿Qué desea?

Le había dicho cientos de veces que es una mala costumbre esa de contestar a las llamadas telefónicas preguntando,

pero no hay nada que hacer. Las manías no desaparecen fácilmente.

—Deseo hablar con usted —respondí—. He visto el cuadro. Es una mezcla deslumbrante de vida y color y parece como si la sangre bullera bajo aquella piel caliente. Las sombras son transparentes y en sus trazos se descubre un armonioso...

—¡Cállese ya! ¿Sí o no?

—Sí. Conocemos a la señora Meegan. ¿Quiere que se la traiga otra vez a la oficina?

—Me interesa. ¡Vaya a buscarla!

No necesité buscar en el listín su dirección, porque ya lo había hecho.

Salí de la cabina y tomé otro taxi.

No había problema de porteros en aquel número de la Calle 49, Este. Era una vieja casa de ladrillo que había sido pintada de amarillo y modernizada hacía muy poco. Lo mejor que le habían puesto era su ascensor en el que me apresuré a entrar. Pulsé el botón sobre el que se leía «Jewel Jones» y en un minuto estuve en el piso.

Llamé a la puerta y una voz me preguntó inmediatamente:

—¿Sí?

—¿La señorita Jones?

—Sí, ¿quién es?

—Archie Goodwin. Deseo verla. No le traigo ningún mensaje de Víctor Talento.

—¿Qué quiere usted, pues?

—Ábrame y se lo diré.

—No, ¿de qué se trata?

—Es algo muy personal. Si usted no quiere oírmelo a mí, me iré y le traeré a Richard Meegan, tal vez sea más fácil.

Oí una especie de suspiro. La acústica de aquella casa era perfecta. Hubo una pausa.

—¿Por qué dice esto? Ya le he dicho que no conozco a ningún Meegan.

—Creo que se equivoca. Acabo de ver un cuadro llamado Muchachas comiendo. Ábrame.

Otra pausa y un largo silencio. Me esforcé en escuchar y me llegó un leve clic. Apreté suavemente y la puerta se

abrió. La señorita Jones estaba de pie frente a mí, ataviada por un impresionante deshabillé. Iba a hablarme, pero se lo impedí.

—Óigame —le dije—, no tengo por qué prolongar más esta situación. Ayer le hice elegir entre el señor Wolfe y el sargento Stebbins; ahora entre el señor Wolfe y Meegan. Me imagino que preferirá usted al señor Wolfe, porque es de la clase de hombres capaz de comprenderla, tal como usted dijo. Me voy a esperar aquí mientras usted se cambia, pero no intente telefonar a nadie porque sería peor. Le será muy provechoso hablar primero con Wolfe. Además, es muy posible que su línea

esté intervenida. No se ponga nada rojo, al señor Wolfe no le gusta. Si puede, vístase de amarillo, le gusta.

Me cogió un brazo como ella sabía hacerlo al tiempo que preguntaba:

—Archie, ¿dónde ha visto usted ese cuadro?

—Se lo diré durante el camino. Vámonos.

—Bueno, de acuerdo —dijo con voz descongelante—; pero no espere aquí, pase dentro y estará más cómodo.

Me empujó levemente con su hombro invitándose a entrar. No puedo saber cómo, pero lo cierto es que no entré.

—Lo siento —dije—, no me gustaría

que me mordiese como a las manzanas del cuadro.

Me dio la espalda y desapareció dentro de su habitación. Naturalmente, no se preocupó en cerrar su puerta.

# CAPÍTULO VI

¡No me llame señora Meegan! — gritaba Jewel Jones. Wolfe estaba de mal humor, por lo menos tanto como ella. Cierto que la señorita Jones se veía en un mal momento y había sido traída casi por la fuerza, pero cierto, también, que la glotonería de Wolfe había tenido que hacer un verdadero esfuerzo para decir a Fritz que suspendiese la comida hasta nueva orden.

—Lo único que quiero —decía crudamente—, es dejar constancia del hecho de que su identidad no es materia

de discusión. Legalmente usted es la señora Meegan. Aclarado esto, puedo llamarla del modo que usted crea conveniente. ¿Señorita Jones?

—Sí.

Estaba solamente apoyada en el sillón rojo, sin llegar a sentarse del todo. Daba la sensación de estar dispuesta a levantarse de un salto a cada momento.

—Muy bien —afirmó Wolfe mirándola fijamente—. Puede usted imaginarse, señora, que cualquier cosa que pueda usted decir va a ser escuchada con escepticismo. Es usted una embustera de primer orden. Su demostración de desconocimiento hacia

el señor Meegan la pasada noche, fue una obra maestra. Ahora, dígame, ¿cuándo le dijo el señor Chaffee que su marido estaba en la ciudad buscándola?

—No he dicho que el señor Chaffee me lo dijese.

—Bueno, alguien lo hizo. ¿Quién y cuándo?

Parecía no tener ganas de responder.

—¿Cómo sabe usted que alguien lo hizo?

Wolfe la señaló con un dedo.

—Le recomiendo, señorita Jones, que se dé cuenta del lío en que está usted metida. Es increíble que el señor Chaffee no fuese capaz de recordar el nombre de la modelo que figura en su

cuadro. La policía no se lo ha creído, pero ellos no han tenido la suerte como nosotros de saber que era usted y que vivió en aquella casa durante un año y más aún, que usted y el señor Chaffee siguen viéndose ocasionalmente. Cuando su marido acudió al señor Chaffee y le preguntó el nombre de la modelo, fingiendo el señor Chaffee ser poseedor de una memoria fatal y cuando Meegan alquiló aquel piso demostrando a las claras su deseo de perseverar en su búsqueda, es absurdo que el señor Chaffee no le dijera nada a usted. Le aseguro que no me gustaría estar en su pellejo cuando la policía sepa quién es usted.

—No deben saberlo. No lo saben, ¿verdad?

—Bah, estoy sorprendido de ver que todavía no la han descubierto. No creo que tarden demasiado en localizarla. Y no será gracias a mí. Sé que no le resulta muy divertido estar aquí conmigo, pero le aseguro que si vienen se divertirá menos.

Parecía meditar sus palabras cuando preguntó:

—¿Sabe que estoy pensando que lo mejor que puedo hacer es ponerme en sus manos? Mire, señor Wolfe, usted es un experto detective privado, un experto de la ayuda al prójimo que se halla en situación apurada y tal como usted ha

dicho, yo lo estoy. Deseo que usted me ayude y voy a pagarle por ello. Si usted quiere puedo hacerle ahora mismo un adelanto.

—Ni ahora ni después, señorita Jones —contestó Wolfe todavía malhumorado—. ¿Cuándo le dijo el señor Chaffee que su marido estaba aquí buscándola?

—Todavía no me ha escuchado usted.

—Contésteme primero y la escucharé después.

La señorita Jones se recostó un momento en el sillón y habló con voz más reposada:

—No conoce usted a mi marido. Era

extraordinariamente celoso antes de casarnos, pero después de nuestro matrimonio empeoró mucho más. Me resultaba imposible aguantar su carácter y arrebatos celosos y ésta fue la causa de que le abandonase. Sabía que si me quedaba en Pittsburgh acabaría por localizarme y me mataría, por eso decidí trasladarme a Nueva York, adonde había venido un amigo mío, repito, solamente un amigo. Encontré empleo en una agencia de modelos y a partir de aquel momento me relacioné con muchas personas. Ross Chaffee es una de ellas. Dijo que le interesaba para un cuadro que pensaba pintar y acepté el contrato, posando para él. Desde luego, me pagó

lo estipulado y poco después conocí a Phil Kampf que me proporcionó trabajo en un club nocturno. Antes de que esto ocurriera, cierto día tuve un encuentro peligroso. Un hombre de Pittsburgh me vio en un teatro y vino a hablarme. Le dije que se equivocaba, ya que yo no había estado nunca en Pittsburgh, le aseguré.

—¿Esto era hace un año? —preguntó Wolfe a media voz.

—Sí, más o menos. Seguí trabajando en el club nocturno y me consta que he gustado al público. Nada más ocurrió hasta que, de pronto, un día Ross Chaffee, me telefoneó diciendo que mi marido había venido y le preguntaba por

el cuadro. Yo le recomendé que por Dios, no le dijese dónde me encontraba. Ya le digo que no conoce usted a mi marido y sé que me estaba buscando y que si me encontraba me mataría.

—Es la segunda vez que dice usted esto. ¿Es que acaso, ha matado su marido alguna vez a alguien?

—Yo no he dicho a alguien, sino a mí. Soy una mujer que gusto a los hombres y eso él no puede soportarlo. A partir de aquel momento vivo en un continuo pánico, y he dejado de trabajar en el cabaret por miedo a que Dick, bueno, así llamaba a mi marido, pueda un día encontrarme. Le dejé hace aproximadamente un año y medio y hasta

ahora no ha cesado de buscarme. Imagínese cómo debe estar. No he querido salir de casa hasta la pasada noche.

—¿Es que salió para reunirse con el señor Talento? ¿Para qué?

—Ya se lo dije.

—Sí, pero ayer era usted solamente la señorita Jones; hoy es además y principalmente la señora Meegan. ¿Por qué, pues?

—Esto no cambia las cosas. Oí por radio que Phil había sido asesinado y quise saber por qué había ocurrido. Llamé a Ross Chaffee y llamé a Jerry Aland, pero ninguno de los dos me contestó. Llamé luego a Víctor Talento

que no quiso contarme nada por teléfono, pero me citó en aquella esquina.

—¿Sabían el señor Aland y el señor Talento que había usted posado para aquel cuadro?

—Desde luego.

—¿Sabían también que el señor Meegan había visto el cuadro y la estaba buscando?

—Sí, lo sabían todo; Ross se lo había contado porque pensó que tal vez Dick les preguntaría directamente quién había servido de modelo para aquel cuadro y les avisó para que no se lo dijeren. Prometieron no decirlo y efectivamente no dieron mi nombre. Los

dos son muy buenos amigos míos.

Dejó de hablar y abrió su bolso. Se sacó de dentro una pequeña cartera y mirando otra vez a Wolfe, dijo:

—Mire, puedo adelantarle cuarenta dólares. No es que me encuentre en situación apurada, es algo mucho peor, peligra mi vida. No puede usted permitir que me maten. ¡Debe usted ayudarme! ¿Me escucha, señor Wolfe?

Aparentemente no estaba escuchando. Tenía sus labios apretados y observaba distraídamente los círculos que con uno de sus dedos iba trazando sobre la carpeta secante de su mesa. Ni siquiera pareció haberse dado cuenta de la pregunta que acababa de hacerle la

muchacha. De pronto, levantó la cabeza y dirigiéndome su mirada ordenó:

—¡Búsqueme al señor Chaffee!

—No —gritó ella—, no quiero que sepa...

—Cállese y no diga tonterías —le gruñó—; todos van a tener que saberlo todo. ¿Por qué vamos a excluirle a él? Localícelo, Archie. Quiero hablar con él.

Me dirigí al teléfono y marqué el número de Chaffee. No estaba seguro de encontrarlo, pues posiblemente seguiría en el despacho del fiscal del distrito. No obstante, tuve suerte, y al escuchar «dígame» no me fue difícil reconocer su voz. Yo disimulé la mía para que no me

reconociera y le dije simplemente que Nero Wolfe quería hablarle.

Wolfe tornó el aparato de su mesa.

—¿Señor Chaffee? Le habla Nero Wolfe... Estoy interesado en el asesinato de Philip Kampf y estoy llevando a cabo ciertas investigaciones... Por favor, no cuelgue, un momento... Sentada delante de mí, aquí en mi oficina, está la señora de Richard Meegan, alias señorita Jewel Jones... Por favor, déjeme terminar... Debo, desde luego, retenerla aquí y comunicar con la policía, ya que a ellos les interesa su presencia como testigo material en un caso de asesinato; no obstante, primero me gustaría discutir la cuestión con usted y los demás

inquilinos de la casa. ¿Quiere usted localizarlos y decirles que estén aquí lo antes posible?... No, no le diré nada más por teléfono, les espero aquí a todos ustedes. Si el señor Meegan se resiste, puede decirle que su mujer está aquí. Esperaré.

La muchacha, como una fierecilla, acababa de levantarse e intentaba quitar el aparato de las manos de Wolfe.

—¡No, no se lo diga, Ross! ¡No le traiga! ¡No...!

Me abalancé con ciertas reservas sobre la señorita Jones, que en su afán de liberarse de mí e impedir que Wolfe siguiese hablando, intentó morderme y arrancarme el pelo. Su vigorosidad era

extraordinaria y me vi obligado a realizar verdaderos esfuerzos hasta forzarla a que se sentara en el sillón de piel rojo, sujetando con fuerza sus dos brazos sobre los del sillón. Intentó deshacerse de mí hasta el momento en que Wolfe dejó de hablar con Chaffee. A partir de aquel momento cesó toda oposición y Jewel Jones quedose en el sillón sumida en una especie de letargo.

Wolfe me miró y dijo:

—No tardará en reaccionar; está agotada.

# CAPÍTULO VII

La presente situación era digna de estudiarse en sus diferentes aspectos. A Wolfe le resultaba inadmisibile tener compañía extraña a la hora de comer, tratándose naturalmente de una mujer que momentos antes acababa de abalanzarse sobre él intentando arañarle. De todas formas, aquel problema era de fácil solución. A ella y a mí nos sirvieron en el comedor y él y Fritz almorzaron en la cocina. En realidad, nos sirvieron y sólo comí yo, pues ella estuvo todo el rato pendiente

del vestíbulo, temiendo ver aparecer en cualquier momento a su furibundo marido.

Un segundo aspecto era la forma en que podían reaccionar los inquilinos del número 29 de la calle Arbor al descubrir mi identidad. De esto me hice cargo personalmente yo. Cuando sonó el timbre de la puerta y los hice entrar, a las dos y cuarto, lo primero que cuidé fue decirles que tendría mucho gusto en discutir más tarde, con cada uno o todos ellos, sobre mí, a simple vista, duplicada personalidad, si así lo deseaban. Pero me vi sorprendido al oír hablar que querían aclarar aquel punto antes de hablar con Wolfe. Víctor

Talento tenía su opinión propia, ya que me conocía de cuando me ofrecí a comunicar su mensaje a la señorita Jewel Jones y quería discutir aquello inmediatamente, hablando en privado con Wolfe. No me preocupé demasiado y me limité a decirle que procurase calmar sus nervios, porque de momento no podía acceder a su petición. Le dije sonriendo que todo se andaría, cosa que únicamente logró aumentar su grado de mal humor. El tercer aspecto tenía dos ángulos distintos y su solución corrió también de mi cuenta. Por un lado, existía la teoría de la señorita Jones, según la cual su marido estaba dispuesto a matarla en cuanto la descubriera,

teoría que bien fundada o no, no dejaba de ser una realidad, y por el otro, existía el hecho de que uno de ellos era el asesino de Kampf y podía llegar a peligrosas reacciones si se veía acosado. Para hacer frente a aquella situación, tomé tres precauciones. En primer lugar, saqué mi «Carley 38» y se la enseñé a todos, me la metí en el bolsillo y les dije que estaba cargada: como segunda precaución, me preocupé de cachearlos de arriba abajo a medida que fueron entrando y por último, mi tercera precaución fue esconder a Jewel Jones en el comedor y no traerla a la oficina hasta que todos estuvieron debidamente sentados frente a la mesa

de Wolfe. Una vez llegó éste y se sentó, me dirigí hacia el comedor, abrí la puerta e hice salir a la muchacha.

Meegan se levantó de un salto y se lanzó contra nosotros. Estaba preparado para aquella reacción y me aposté a pasar al ataque al tiempo que la señorita Jones intentaba defender su integridad, escondiéndose detrás de mí y usándome como coraza. Talento y Aland se levantaron, también, precipitadamente de sus sillas, lanzándose tras Meegan; me imaginé que trataban de detenerlo y así fue. Tras un breve forcejeo, lograron impedir que llegase hasta donde nosotros nos encontrábamos y uno por cada brazo le devolvieron a su asiento,

sentándose uno a cada lado sin dejar de sujetarle. Renació la calma y acompañé a la señorita Jones hasta sentarla junto a mi mesa, en un lugar desde el que podía impedir cualquier movimiento de ataque que se produjese. Wolfe fue el primero en hablar:

—Después del incidente ocurrido —dijo—, creo no equivocarme al reconocer en estos señores, de izquierda a derecha, a Talento, Meegan, Aland y Chaffee, ¿no es verdad? —Exacto, señor —afirmé.

—Entonces, procedamos —dijo una mirada al reloj de pared y prosiguió—: Hace veinte horas que fue asesinado Philip Kampf, precisamente en la casa

habitada por ustedes. Las circunstancias de su muerte indican claramente que uno de ustedes le asesinó. No obstante, no crean que voy a rehacer toda la investigación e interrogatorio llevados a cabo por la policía, que me imagino que a estas horas ya debe serles familiar. No he sido contratado para investigar en este caso, el único cliente que tengo es un perro, un perro que llegó a esta casa inopinadamente. De todas formas, yo...

Sonó el timbre de la puerta. Me puse en pie y Wolfe se levantó también. Todas las miradas se dirigieron hacia el vestíbulo en donde Fritz, que acababa de abrir la puerta, hablaba a los recién llegados. Wolfe con el ceño fruncido

parecía dispuesto a dictar órdenes, pero no se decidió a hablar hasta ver entrar a Fritz diciendo:

—El inspector Cramer, señor.

Wolfe cerró sus ojos como esforzándose en mantener la paciencia y preguntó:

—Bueno, ¿y qué dice?

—Le he dicho que estaba usted muy ocupado y me ha respondido que ya lo sabía, pero que los cuatro hombres que habían venido aquí habían sido seguidos y al coincidir todos en esta oficina, había sido informado. Me dice que está seguro de que usted va a llevar a cabo un experimento con el perro y que desea estar presente. El sargento Stebbins

viene con él.

Wolfe gruñó, y señalándome dijo:

—Archie, dígale... —no prosiguió lo que había comenzado, y cambiando sin duda de opinión, añadió en tono distinto —: No, no le diga nada. Fritz, hágalos pasar y dígale al inspector Cramer que puede ver y escuchar con tal de que no me interrumpa durante treinta minutos. Si no acepta esta condición, no le deje entrar y...

—Espere —interrumpió Ross Chaffee puesto en pie—; usted dijo que discutiría con nosotros el asunto antes de informar a la policía.

—Y así lo he hecho, la policía está aquí, pero no he sido yo quien ha

comunicado con ellos.

—¡Usted les ha dicho que viniesen!

—No les he dicho nada. Ellos han venido. Hubiera preferido hablar primero con ustedes, pero ellos les han venido siguiendo y henos ahora todos reunidos. Fritz, hágalos entrar, pero con esa condición.

—Sí, señor.

Fritz regresó al vestíbulo. Me pareció que Chaffee quería decir algo más, pero lo pensó mejor y se sentó sin añadir nada. Talento le dijo algo en voz baja y Chaffee afirmó con la cabeza. Jerry Aland estaba mucho más presentable que la primera vez que le vi, vestía correctamente y su cabello

aparecía perfectamente peinado. No intervenía demasiado en aquellos primeros conatos de discusión y se contentaba con mirar fijamente a Wolfe. Para Meegan no había en apariencia nadie más en el despacho que él y su mujer.

Entraron Cramer y Stebbins y antes de llegar a donde nosotros nos encontrábamos se detuvieron cortésmente.

—Siéntese —invitó Wolfe—; afortunadamente, señor Cramer su sillón preferido está libre.

—¿Dónde está el perro? —preguntó Cramer cansado de cumplidos.

—En la cocina, pero hará usted

mejor suspendiendo sus preguntas. Quiero entender que va a ser un mero espectador durante los próximos treinta minutos: ¿no es así?

—Eso es lo que he dicho.

—Entonces, siéntense, por favor, y antes de comenzar les facilitaré una pequeña información. Conoce ya usted a estos señores, pero no a la señora. Corrientemente se llama señorita Jewel Jones. Su nombre legal es señora de Richard Meegan.

—¿Meegan! —exclamó Cramer asombrado—. ¿La mujer del cuadro que pintó Chaffee? ¿La esposa de Meegan?

—Exacto. Pero siéntese, por favor.

—¿Dónde la encontraron?

—Esa aclaración puede esperar. Pero, ¡diablos!, siéntese de una vez.

Cramer avanzó unos pasos y fue a acomodarse en el sillón de piel roja. Purley Stebbins lo hizo en una silla amarilla y se colocó detrás de los demás, entre Chaffee y Aland.

Wolfe miró al cuarteto y dijo con voz extremadamente pausada:

—En primer lugar quiero decirles, caballeros, que fue algo que hizo el perro lo que me señaló a las claras quién era el asesino. Pero antes...

—¿Qué es lo que hizo? —preguntó Cramer casi gritando.

—Usted lo sabe perfectamente —contestó Wolfe en tono amable—. El

señor Goodwin se lo relató exactamente tal y como había ocurrido. Pero le aseguro que, si sigue interrumpiéndome, voy a despedirles a todos ustedes y usted se las compondrá.

Volvió a mirar a los cuatro y continuó:

—Pero, tal como les decía, antes quiero comentar una o dos cosas. No tengo nada que objetar al engaño de que tres de ustedes hicieron objeto al señor Meegan. Todos ustedes eran amigos de la señorita Jones y supongo, habiendo disfrutado diversos grados de intimidad con ella, no querían descubrirla al marido que ella misma había abandonado y por quien sentía

verdadero terror. Puedo considerar que existió cierto aspecto galante en su conducta. Ahora bien, considero idiota su forma de actuar, intentando no mezclarla en el asunto, a partir del momento en que el señor Kampf fue asesinado. ¿No se dan cuenta de que era seguro que la policía no tardaría en encontrarla? He tenido la suerte de dar yo primero con ella, gracias solamente a la admirable demostración de vista y sentido del señor Goodwin.

Hice una pequeña inclinación de cabeza mientras Wolfe proseguía:

—También resulta idiota confundir al señor Goodwin con un agente de la policía y que se aviniesen ustedes a

responder a sus preguntas, sin hacerle primero presentar sus credenciales, solamente porque le habían visto durante el abortado experimento con el perro. Ninguno de ustedes tenía la menor idea de quién era. Incluso el señor Meegan, que le había visto en esta oficina, ignoraba la personalidad de él y he querido hacer mención de estos detalles anticipándome a cualquier reclamación oficial en el sentido de que el señor Goodwin suplantase la personalidad de un agente.

Se movió en su sillón y prosiguió:

—Otra cosa. Ayer por la mañana el señor Meegan me llamó por teléfono solicitando una entrevista en la que me

rogó aceptase trabajar para resolverle un problema. Tras sus primeras palabras, descubrí que se trataba de algo relacionado con su mujer y como quiera que yo no me hago nunca cargo de asuntos de esta índole, fui brusco con él y no acepté su proposición. Se ofendió y salió malhumorado, tanto es así, que al salir al vestíbulo, equivocadamente se llevó su propio sombrero, pero la gabardina del señor Goodwin. Después, por la tarde, el señor Goodwin se dirigió a la calle Arbor, con la gabardina olvidada equivocadamente en casa, naturalmente con la sencilla intención de cambiarla. Cuando llegaba, vio que frente al número veintinueve

aparecían estacionados dos coches patrulla de la policía y que en la acera montaba guardia un agente uniformado; numeroso público se aglomeraba a su alrededor y por las inmediaciones, vagaba un perro. Goodwin regresó a casa y habría caminado unas dos millas cuando se dio cuenta, extrañado, de que el perro le estaba siguiendo. Se hizo cargo del animal, le metió en un taxi y juntos se presentaron aquí.

Se inclinó hacia delante y continuó su disertación:

—Ahora bien, señores. Yo pregunto: ¿por qué el perro siguió al señor Goodwin a través del torbellino de la ciudad? La opinión del señor Cramer me

parece sin sentido. El señor Goodwin me quería hacer creer que él, como muchos hombres piensan, era tan irresistible a las mujeres como pudiera serlo a los perros; pero es fácil darse cuenta que cuando esto aseguraba, su vanidad le impedía pensar de forma más razonable, ya que de haberlo hecho así, hubiera llegado a la misma conclusión que yo. El perro no le seguía a él, seguía la gabardina que él llevaba. Ustedes se preguntarán, como yo me lo hice, cómo puede explicarse que el perro del señor Kampf siguiese el rastro de la gabardina del señor Meegan. Más que una conjetura es una certidumbre lo que voy a decirles: aquella gabardina era la del

señor Kampf.

Su mirada se fijó ahora en el marido.

—Señor Meegan —dijo—. Hace un par de horas me enteré por el señor Goodwin de que usted afirmaba no haber nunca visto ni oído hablar del señor Kampf. Creo que esto es definitivamente concluyente, pero antes de acusarle a usted debía verificar mi conjetura de que la modelo que había posado para el cuadro del señor Chaffee era su esposa. Desearía, señor Meegan, hacerle una pregunta. ¿Vio usted alguna vez a Philip Kampf?

Meegan se apresuró a responder tranquilo:

—No.

—¿No desea usted modificar su respuesta?

—No.

—Entonces, ¿de dónde sacó su gabardina?

Meegan no respondió. Luego arqueó sus cejas y dijo:

—No era su gabardina, y si lo era yo no lo sabía.

—Quiero advertirle que está usted en peligro grave. La gabardina que usted trajo a esta casa y dejó aquí está todavía colgada en el perchero del vestíbulo. Puedo fácilmente demostrar, por lo tanto, que pertenecía al señor Kampf y fue usada por él. ¿De dónde la sacó usted?

Meegan comenzaba a dar pruebas de desasosiego.

—Nunca la tuve yo si es que se trata de una gabardina de Kampf. Esto no es más que una sucia invención. Usted no puede probar que yo me dejé aquí esa maldita gabardina.

Wolfe siguió hablando a media voz.

—¿Puede usted darme una explicación de cómo la gabardina de Kampf fue a parar a su poder?

—No, ni necesito dársela.

Meegan era ya presa de desconcierto, y como probablemente hasta aquel momento no había sabido que había cambiado su gabardina por la mía, no tenía tiempo de improvisar sus

respuestas.

Wolfe siguió dirigiéndose personalmente a él.

—Desde luego, su gabardina debe encontrarse ahora en algún sitio y no es difícil adivinar dónde podemos encontrarla. En el laboratorio de la policía. El señor Kampf la llevaba puesta cuando usted le mató y arrastró su cuerpo hasta la escalera, cosa que explica el por qué cuando hacían esta mañana el experimento, el perro no demostraba ningún interés por el lugar en donde había sido encontrado el cuerpo. Naturalmente, su olfato no le delataba nada porque el cadáver iba envuelto, no en su gabardina, sino en la

de usted. Esto puede también ser demostrado. Si no quiere usted explicar cómo llegó a su poder la gabardina del señor Kampf, explique entonces cómo fue a parar a él su gabardina, señor Meegan. ¿O cree que también esto es una sucia invención?

Wolfe le señaló con su índice.

—Noto que sus ojos brillan y creo que sé lo que esto significa. Si después de haberle asesinado tomó usted su gabardina y se la quitó, poniéndole al cadáver la que usted creía le correspondía, no crea usted que arregló con ello algo, pues en ese caso, y ciertamente se puede demostrar, al ser encontrado, la gabardina que llevaba el

cadáver era la del señor Goodwin. Creo que está usted desahuciado, y...

Meegan intentó levantarse, pero antes de que lo lograra las enormes manos de Purley le obligaron a permanecer en su asiento. Una voz nueva intervino entonces.

—¡Ya le dije que quería matarme!  
¡Lo sabía perfectamente! ¡Él mató a Phil!

Jewel Jones no miraba a su marido, que estaba ya bajo vigilancia, sino a Wolfe. Éste preguntó:

—¿Cómo lo sabe usted?

—Porque Phil me dijo..., me dijo que sabía que Dick estaba aquí buscándome, él conocía perfectamente

el miedo que yo le tenía a Dick, y que si yo no volvía otra vez con él, le diría a Dick dónde podía encontrarme. No creí que realmente fuese a hacerlo, no creía que Phil pudiese llegar a cometer tal villanía, y naturalmente le dije que no. No obstante, ayer mañana me telefoneó diciéndome que había visto a Dick y le había dicho que creía saber quién era la modelo del cuadro y que tenía que volver a verle por la tarde para darle mis referencias, si es que antes no accedía yo a sus requerimientos. No tuve más remedio que hacerle la promesa. Pensé que el actuar así me daría tiempo a decidir qué es lo que podía hacer. Pero, sin duda, Phil debió

haber ido a ver a Dick otra vez, pues...

—¿Dónde se habían visto por la mañana?

—En el apartamento de Phil, él me lo dijo. Y me dijo también, y ésta es la razón por la que sé que Dick le mató, que Dick se había marchado llevándose su gabardina, y se rió diciendo que ya le regalaba a Dick la gabardina con tal de que él pudiera llevarse a su esposa.

Ahora sus movimientos y gesticulaciones eran ya más violentos.

—¡Y estoy segura de que esto es lo que le repitió a Dick! ¡Que era tan canalla como Phil! Le dijo, estoy segura, que a partir de aquel momento yo iba a vivir con él y que no le parecía mal

negocio cambiar una gabardina por una mujer. Usted no...

Estalló en una carcajada desenfrenada y sin sentido. Siempre que en esta oficina ocurre algo parecido soy yo el encargado de calmar los nervios de la protagonista y ya me he visto en estos líos más de cuatro veces; no obstante, en aquella ocasión tres hombres se levantaron a la vez, capitaneados por Ross Chaffee, dirigiéndose hacia ella. Francamente, reconozco que me quitaron un peso de encima. Wolfe, como cada vez que se producía una escena semejante ahuecó el ala y se largó. Si hay una cosa en el mundo que no es capaz en absoluto de

resistir, es el permanecer en una habitación en la que una mujer está gritando. Se puso pues en pie y abandonó el despacho. En cuanto a Meegan, Purley y Cramer se encargaron de él.

Cuando se fueron, no se llevaron al perro, y para aclarar la idea, que alguno de ustedes pueda tener de que cuando se cambia de nombre a un perro éste se vuelve neurótico, atiende por Jet como si su madre le hubiese llamado así desde el momento en que abrió los ojos.

En cuanto a la gabardina, Wolfe tenía razón al hablar del centelleo en los ojos de Meegan. Kampf llevaba la gabardina de Meegan al ser asesinado,

pero su asesino se encargó de cambiársela antes de arrastrar su cuerpo hasta la escalera, creyendo que al ponérsela, le ponía la suya propia y con el único error de que aquélla era la mía.

Recibí una citación de la oficina del fiscal y fui a identificarla. Una vez efectuada esta operación pensé que legalmente podía reclamarla, pero ciertamente, la idea no me atraía demasiado. Me he comprado otra, y desde luego la he escogido de un color distinto.

***FIN DE «TRES TESTIGOS»***



# Notas

Pequeño limpiabotas. (N. del T.)<<